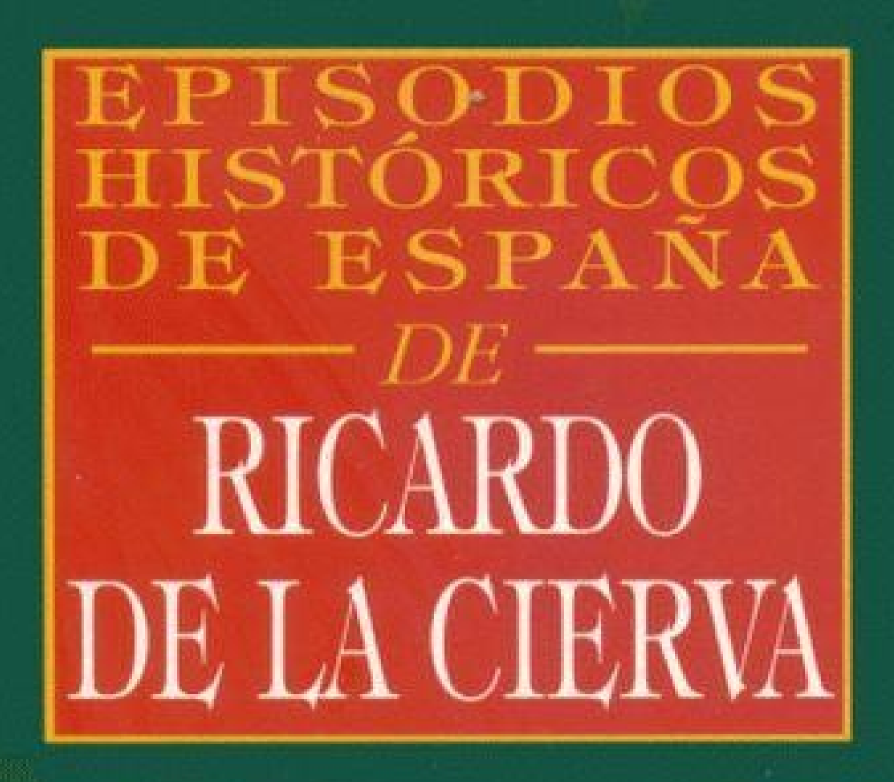



1932

# LA MASONERÍA EN ESPAÑA: LA LOGIA DE PRÍNCIPE 12

«En 1988, cuando el financiero Mario Conde se encontraba en el apogeo del poder y la gloria, los innumerables españoles que le admiraban y los innumerables jóvenes que le tenían por ídolo se quedaron de una pieza al saber, por el libro de Jesús Cacho *Asalto al poder*, aparecido en ese mismo año, que Conde era masón, y más todavía, al oír las palabras que Cacho pone en su boca para explicar su iniciación y proselitismo.

Pero ni las andanzas de Mario Conde, ni el siguiente capítulo de la historia de la Masonería, ni su confrontación con la Iglesia católica en el mundo de hoy, son todavía historia. Entretanto el lector tiene en este libro las que son, a mi entender, las líneas maestras de la historia masónica, sin ira ni obsesión, sólo con serena pasión por la verdad».

Ricardo de la Cierva

# La masonería en España: La logia de Príncipe, 12

## Episodios históricos de España - 6

**ePub r1.0**
**Titivillus** 01.02.15

Título original:*La masonería en España: La logia de Príncipe, 12*
Ricardo de la Cierva, 1996

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

Para Mercedes 64

# La iniciación masónica de Manuel Azaña en 1932

El miércoles 2 de marzo de 1932 el presidente del gobierno de la República, don Manuel Azaña, salía en su coche oficial del ministerio de la Guerra, el palacio de Buenavista, sobre la Cibeles, a las diez menos cuarto de la noche. Iba solo, con el chófer Antonio Ávila Izquierdo, que dejó ante el portal número 12 de la calle del Príncipe, en el centro de Madrid, donde tenía su templo la Logia Matritense, adscrita a la obediencia del Gran Oriente Español, cuyo Gran Maestre era el miembro del partido radical, don Diego Martínez Barrio, que había sido ministro de Comunicaciones en el primer gobierno de la República. El jefe de ese partido era don Alejandro Lerroux, ministro de Estado en aquel primer gobierno. Cuando don Manuel Azaña fue designado para la jefatura del gobierno el 14 de octubre de 1931, por dimisión de don Niceto Alcalá Zamora (disconforme con el tono anticlerical de la Constitución que se estaba discutiendo), conservó en el gobierno provisional a los dos ministros radicales, pero prescindió de ellos el 16 de diciembre cuando asumió la jefatura del primer gobierno constitucional, y también don Niceto volvió, tragándose sus escrúpulos de conciencia, a la presidencia de la República, Desde aquel momento, entre don Manuel Azaña y don Alejandro Lerroux se abrió una enemistad profunda que nunca se cerró.

Don Diego Martínez Barrio era grado 33, supremo en la masonería de rito escocés que adoptaba el Gran Oriente, del cual, como acabo de indicar, era Gran Maestre. El señor Lerroux era también masón de antiguo, pero no había pasado del tercer grado, Maestro masón, y además se hallaba en situación de durmiente, es decir, que no participaba en la vida masónica activa; pero los durmientes siguen siendo íntegramente masones y pueden regresar a la situación de actividad cuando lo soliciten y se les autorice. Don Manuel Azaña no era masón. Sinceramente católico en su infancia, su confesión religiosa era entonces (y debería ser hoy, pero ésa es, como veremos, otra historia) absolutamente incompatible con la obediencia masónica; poco antes de la República, el señor Azaña había contraído matrimonio católico con doña Dolores Rivas Cherif, que era católica practicante, en la iglesia de san Jerónimo el Real de Madrid y, aunque no era practicante nunca, ni entonces ni después abjuró de su religión. Aquella noche del 2 de marzo de 1932 había accedido, por fin, a los insistentes megos de sus amigos que le pedían, desde muchos años antes, que ingresara en la masonería. Éste es uno de los muchos episodios de la vida de don Manuel Azaña al que nunca se refiere su extraño discípulo de nuestro tiempo, don José María Aznar. Dedicamos un libro completo de esta serie al Azaña que no conoce Aznar (cuya situación es tan alta que su ejemplo resulta desorientador y

peligroso) pero anticipamos ahora un epígrafe fundamental, la iniciación masónica del señor Azaña y la descripción de su contexto.

Durante su estancia como observador de la Primera Guerra Mundial en Francia, de la que surgió el libro sobre política militar que le llevó, trece años después, al ministerio de la Guerra, don Manuel Azaña había frecuentado la amistad de varios miembros de la masonería francesa, que durante la última década del siglo XIX y la primera del XX había mantenido un combate a muerte, de signo jacobino, contra la Iglesia católica, a la que pretendía expulsar de la enseñanza y arrancarle todo su vasto e intenso influjo social. La amistad con esos masones era tan grande que el señor Azaña pasaba generalmente por masón en los ambientes franceses. De vuelta a España se reincorporó a las actividades del Partido Reformista, un fallido intento de equilibrio centrista también plagado de masones, que abundaban igualmente entre los republicanos, a quienes se sumó Azaña durante la dictadura de Primo de Rivera y también figuraban entre los socialistas. Ahora dirigía, en la República, un nuevo partido llamado Acción Republicana que adoptó durante los debates constitucionales una actitud anticlerical semejante, aunque algo menos exaltada, que otros partidos republicanos de mayor influjo masónico, como los radicales, los radical-socialistas y los propios socialistas, que contaban con numerosa militancia masónica en sus filas. Gracias en buena parte a los trabajos de don Alejandro Lerroux, muy interesado siempre en la actividad proselitista entre el estamento militar, la masonería se había extendido mucho, durante la época monárquica, entre los militares destinados en África, muchos de los cuales aceptaron con entusiasmo a la República y se mostraron decididos partidarios de don Manuel Azaña, el reformador militar de la República. Es casi seguro que la masonería buscó el contacto con el general Francisco Franco, que poseía la carrera más brillante del Ejército, pero es completamente seguro que Franco nunca fue iniciado en la Orden —como ella suele llamarse— por su fe católica practicante, que cultivó toda su vida, antes y después del 18 de julio de 1936. En cambio dos hermanos de Franco —su hermano menor Ramón, el famoso aviador, y su hermano mayor Nicolás, ingeniero de Armas Navales— pertenecieron a la masonería, así como el padre de los tres, el intendente de la Armada don Nicolás Franco.

A principios de 1932, cuando Manuel Azaña se decidió por fin a solicitar el ingreso en la masonería, ya estaba en la cumbre de su poder y de su gloria. La mayoría de los candidatos dan ese paso cuando no son conocidos y piensan que la Orden les puede facilitar el camino, como suele hacer con sus adeptos. Una minoría, casi siempre seleccionados y tentados tiempo antes por la propia masonería, ingresan para conservar sus posiciones de poder o de influencia en cualquier campo de actividad. No descarto, por supuesto, que algunos postulantes se muevan por tradición familiar o incluso por idealismo ilustrado y otras formas de comunicación con el horizonte masónico, del que luego hablaremos. Pero la masonería no cultiva entre sus virtudes la abnegación cristiana y sus candidatos pretenden casi siempre

ventajas tangibles al decidirse a ingresar. En el caso de los políticos, la masonería les confiere unas señas de identidad, una red vastísima de relaciones internacionales y, en definitiva, un apoyo para sus ambiciones personales.

Manuel Azaña, que no era sólo una inteligencia crítica sino hipercrítica y que, después de casi un año de gobierno y combate político de excepcional dureza, estaba ya de vuelta de casi todo, no subía al templo de Príncipe 12 movido por la ilusión o el altruismo sino con una fría y desnuda finalidad política. Todos los observadores serios de su gesto están de acuerdo. Pero de momento no nos preguntemos por qué lo hizo sino cómo lo hizo. Insisto, se encontraba en la cumbre. Había sido el ministro más brillante del Gobierno Provisional; el reformador implacable de las Fuerzas Armadas; el gran impulsor de la secularización para eliminar el influjo social de la Iglesia, tarea que no había hecho más que comenzar; el administrador de la reforma agraria; el gran componedor del proyecto de Estatuto para Cataluña, a satisfacción de Cataluña y el resto de la República. Los republicanos le aclamaban como «revelación de la República», y en cierto sentido la República era Azaña, a quien temían y odiaban hasta la exasperación los enemigos personales e institucionales de la misma. Era el triunfador del presente y parecía haberse situado como el dominador del futuro. «Azaña —me dijo en 1972 el hombre a quien don Manuel consideraba como su enemigo potencial más peligroso, el general Francisco Franco— era el más inteligente de todos ellos». Y Franco es uno de los personajes de la República a quien Azaña, excepcionalmente, no insulta en sus Memorias.

Una notable concurrencia de la masonería madrileña esperaba en el interior de la logia. Primer dato importante: la ausencia del Gran Maestre de la obediencia del Gran Oriente, en la que figura como decana la Logia Matritense, que hunde su nombre y sus raíces en el siglo XVIII, durante el alba de la masonería española. Don Diego Martínez Barrio no ocupaba su sillón preferente en la hilera oriental del Templo. Sí esperaban, en cambio, con sus mandiles, bandas y collares, grandes personajes de la masonería española, como Augusto Barcia, Demófilo de Buen, Santiago Casares Quiroga, José Giral, Mateo Hernández Barroso, Fernando de los Ríos…

El candidato aguardaba en el vestíbulo del piso —la antelogia—, fuera de la logia, cuyo portón exterior custodiaba, por fuera, el Guardián Exterior o Hermano Terrible con su espada desenvainada. El Venerable Maestro da los toques del Primer Grado —Aprendiz—, que se repiten sobre el portón por el Guardián Interior para comunicárselos al Hermano Terrible. Hay que imaginarse a Manuel Azaña, solo en la antelogia, vestido de oscuro, cuando se le acerca el Guardián Exterior con el rostro velado, le despoja de su chaqueta, chaleco, cuello y corbata, le toma todos los artículos de metal que lleva consigo —monedas, llaves, anillos, reloj— le desabrocha la camisa y la abre para dejar el pecho izquierdo al descubierto, le enrolla sobre el codo el guante derecho, vuelve la pernera izquierda del pantalón sobre la rodilla, le sustituye el zapato derecho por una zapatilla, le coloca alrededor del cuello un cordón anudado de seda azul con el extremo colgando de la espalda y le cubre la cabeza con

un capuchón de terciopelo negro. He tomado estos detalles del Ritual para la iniciación en el Primer Grado —el que recibió Azaña aquella noche— que se refieren a la Gran Logia, pero me consta que los que corresponden al Gran Oriente son semejantes aunque algo más ridículos. No puedo evitar una sensación de comicidad irresistible al imaginar a Manuel Azaña sometido a todas esas vejaciones[1], entre las que no faltaba la de arrastrarse unos metros a gatas por el suelo. Permite que le llamen «pobre candidato en estado de oscuridad», que le coloquen, ya en el recinto del templo, los pies en ángulo recto, que le doblen la rodilla izquierda y así, a medio vestir, como un adefesio, lo que realzaba su falta de dotes físicas, pronuncia el juramento de no revelar los secretos y misterios de los masones, so pena de «que mi cabeza sea cortada, mi lengua arrancada de raíz y enterrada en la arena del mar sobre la línea de la marea baja o a distancia de un cable desde la playa donde la marea regularmente fluye y refluye dos veces en veinticuatro horas…» Luego el candidato pide la Luz, recibe las tediosas explicaciones sobre el Libro, la Escuadra y el Compás, aprende los Pasos y los Contactos, conoce la palabra—sagrada BOAZ. Después de otro sermón masónico ininteligible, escucha con atención aparente las explicaciones sobre la Plancha de Trazar del Primer Grado, las Tres Columnas, los emblemas del Sol y de la Luna, el «dosel celeste» al. que se llega por la Escala de Jacob, el pavimento ajedrezado de mosaico.

Daría cualquier cosa por oír la explicación de don José María Aznar a esta ridícula actuación de su modelo. Pero de momento me quedo con la explicación del propio Azaña, cuando tres días después se refiere a su iniciación masónica con estas palabras de su diario:

«En la ceremonia del miércoles, enorme concurrencia. No se cabía en los salones de la calle del Príncipe. No me importó nada aquello y durante los preliminares estuve tentado de marcharme.

«Había cuatro ministros y Barcia, con una cadena de oro; Martínez Barrio, que es gran gerifalte de la Casa, no asistió; quizás por los resquemores de estos días. Quien verdaderamente es terrible es Hernández Barroso, por los discursos que suelta. Teósofo, además[2]».

Ni una palabra más. El comentario de Azaña a su iniciación es puro sarcasmo. Lo comprendo, pero ya sabía antes más o menos de qué se trataba y sin embargo se sometió a la humillación de aceptar seriamente toda esa sarta de bobadas anacrónicas. Era uno de los intelectuales con más aguzado sentido crítico que había en Europa durante los años treinta. No suele ocultar en sus Memorias su desprecio olímpico por personas, instituciones, antiguallas y ritos. ¿Por qué hizo esto?

La respuesta de su cuñado y confidente, Rivas Cherif, es que los amigos de Azaña le venían impulsando a que pidiera el ingreso en la Orden masónica desde los años veinte. Pero se había negado porque, como él mismo dice, todo el ritual le parecía ridículo y no le importaba nada. Entonces ¿por qué lo hizo? Parece muy claro; porque deseaba la marca masónica, para reducir la ventaja que le llevaba el masón Alejandro

Lerroux, jefe del Partido Radical, el más numeroso de la República, que triplicaba al pequeño partido de Azaña, Acción Republicana. Porque deseaba contar con las poderosas relaciones internas e internacionales que la masonería pone a disposición de sus adeptos, pasando para ello sobre la diversidad de obediencias. Porque estaba empeñado en una lucha contra la Iglesia, y en favor de la secularización total, que ha sido, desde su fundación, la seña principal de identidad de la masonería especulativa.

Como ya había adquirido, con el Primer Grado, la iniciación masónica, aunque no hubiera llegado aún a la plenitud de la Oscuridad Visible, Manuel Azaña no prosiguió una carrera masónica, donde hubiera llegado a lo más alto. Todo el mundo pudo enterarse del grave paso que acababa de dar porque la reseña del acto apareció, entre grandes elogios, en *El Liberal·,* la masonería era también la cifra del liberalismo. Parece que algún adulador propuso que en la misma ceremonia se le confirieran no sólo el aprendizaje sino los tres primeros grados masónicos, incluido el de Maestro, que ya es una primera plenitud. Pero decayó la propuesta y Azaña, a quien para sus fines le bastaba esta primera iniciación, no siguió subiendo por la escala de Jacob hacia el dosel de estrellas. No consta su asistencia a más *tenidas*, se quedaría, como su rival Alejandro Lerroux, en situación de durmiente. Pero algo muy importante tendría que ser la masonería en los años treinta —en el siglo XX de España— para que una personalidad tan definida y tan dotada de sentido crítico se hubiera sometido conscientemente a este absurdo ritual de iniciación. A explicar qué es la masonería española en la Edad contemporánea se dedica el resto de este libro.

## Fuentes para la historia de la masonería

Quisiera, ante todo, ofrecer al lector un conjunto de fuentes sobre la verdadera entidad e historia de la masonería, en general y sobre todo en España, para que pueda comprobar por su cuenta la solidez de las posiciones que voy a asumir en este libro, escrito —de eso sí puedo responder— con la máxima sinceridad. Me ha interesado mucho la masonería casi desde la infancia; cuando tuve la suerte de leer, poco después de terminar nuestra Guerra Civil, un libro muy interesante, muy informativo y que merecería la reedición, el de F. Ferrari Billoch, *La masonería al desnudo.* Después no me dediqué expresamente al estudio de la masonería hasta que, andando los años, me la fui encontrando por muchas revueltas y rincones de mi investigación histórica general, tanto en fuentes secundarias como primarias, sobre todo cuando estudié la vida y la obra histórica del general Franco, que desde su juventud militar mostró siempre un interés casi desmedido por la que sus enemigos llaman secta. Iba leyendo desordenadamente fuentes favorables y fuentes contrarias; conocí a varios masones de diversos pelajes, fiché cuidadosamente las controversias sobre la masonería y la Iglesia católica y me decidí a adentrarme en el problema con intensidad monográfica, aunque no exclusiva, cuando ya en los años setenta el almirante Luis Carrero Blanco me hizo observar, en una conversación ya próxima a su trágica muerte, la extraña relación que él creía detectar entre la masonería y algunos jesuítas muy interesados en su estudio, concretamente el que pasa por primer especialista en el problema masónico, el padre José Antonio Ferrer Benimeli, que se había hecho eco, con bastante interés, de algunas opiniones históricas mías sobre la Orden en alguno de mis libros[3]. Bien, pues el almirante Carrero, durante mi última conversación con él pocos días antes de su muerte en diciembre de 1973, me dijo taxativamente: «El padre Ferrer Benimeli es masón». Carrero podía tener ideas exageradas sobre la masonería pero por lo general su información era excelente y además me entregó un informe de la policía sobre algunas andanzas del padre Ferrer que entonces no me convenció del todo. Me enseñó, además, una larga lista que acababa de recibir con los nombres de todos los masones de Algeciras, donde la secta, por contagio de Gibraltar, florecía desde la Guerra de la Independencia. Seguí acumulando datos, cotejando fichas, estudiando interpretaciones. Poco después de la conversación con Carrero la masonería oficial me distinguió con su atención, lo cual es siempre de agradecer. El señor Zaplana, que era entonces Gran Maestre adjunto del Gran Oriente de Francia, nada menos, me escribió para decirme que algunas ideas sobre la masonería que yo adelantaba en determinados escritos le habían interesado mucho. Era de origen murciano; su abuelo, me decía, coronel de la Guardia Civil y jefe de la Comandancia de Murcia, había sido muy amigo de mi abuelo Juan de la

Cierva y Peñafiel, y el señor Zaplana me comunicaba que los archivos de la masonería española se encontraban a salvo en Francia y me los ofrecía para que pudiéramos escribir juntos una historia de la misma. Agradecí vivamente la propuesta, pero no la pude aceptar porque andaba entonces en oposiciones a cátedra y además nunca he sido capaz de escribir una obra en colaboración, seguramente por exceso de individualismo; por eso siento algunas veces envidia de algún conocido historiador, que por lo visto lleva su ausencia de racismo a tales extremos que suele utilizar a equipos enteros de negros en sus discutibles producciones.

Un día me envió un familiar próximo, con gran indignación, un artículo aparecido en un diario murciano en que se decía por primera vez que mi abuelo había sido masón, y por más señas de la Logia Vigilancia, a la que por fin había solicitado la «plancha de quite», lo que en la insufrible jerga masónica significa la baja, el abandono total de la masonería, a la que por lo visto llevaba ya meses sin entregar su donativo mensual. Yo sabía ya que mi abuelo, arquetipo de fidelidad monárquica, había sido, en su juventud republicano, cosa que divertía extraordinariamente a don Manuel Azaña cuando se enteró; y la verdad es que casi todos los republicanos de fines del XIX eran también masones. Apareció, en efecto, un libro muy interesante de don José Antonio Ayala, *La masonería en la Región de Murcia*[4], en cuya página 127 aparece mi abuelo como afiliado a la Logia Vigilancia, que había llevado el sobrenombre *Rossini* (era, realmente, aficionadísimo al gran compositor italiano de ópera) y permaneció en la Logia entre 1885 y 1888. En sus *Notas de mi vida* mi abuelo no dice nada sobre su breve filiación masónica, pero reconoce que se sintió obligado a seguir durante unos años de su juventud las ideas progresistas por cariño a su hermano Julián, que era republicano y masón ferviente (llegó a Venerable de la misma Logia) y estaba gravísimamente enfermo, tanto que murió muy pronto. Los masones de la Vigilancia se habían permitido algunas rechiflas sobre la Virgen de la Fuensanta y eso un murciano cabal, por muy masón que sea, no lo puede aguantar; a este sentimiento debió de unirse el noviazgo de mi abuelo, ya maduro, con una jovencísima cartagenera de origen catalán, de carácter muy enérgico, hija de don Ricardo Codorníu, el repoblador de Sierra Espuña, y que como «apóstol del árbol» tiene un busto en el Retiro; de él heredé mi nombre y el amor a los árboles (llevo plantados más de mil). Mi abuela era profundamente católica y al enterarse de la adscripción masónica de don Juan debió de darle a elegir entre la masonería y ella. El caso es que, entre la Virgen de la Fuensanta y mi abuela, don Juan de la Cierva no dudó en pedir la «plancha de quite» y es tradición familiar que abjuró formalmente en una iglesia murciana. Cuando me enteré, el estudio del problema masónico se convirtió casi en un asunto personal. Luego he comprobado la presencia de masones de signo liberal-radical en otras ramas de mi árbol genealógico, como les sucede a muchos descendientes de aquellos progresistas, que luego se hicieron conservadores sin dejar de ser liberales al comprobar los desastres de la Primera República y la Guerra Cantonal.

Mi biblioteca y archivo masónico, sin llegar a la magnitud de los del padre Ferrer Benimeli, que no ha hecho otra cosa en su vida y es un gran trabajador, están bastante cuajados y por supuesto anotados y fichados hasta la última línea. Me he asomado al complicado edificio de la Gran Logia de Inglaterra, incluida la rama masónica de la Orden de Malta y los caballeros del Temple masónico; he seguido algunas pistas de la logia londinense Royal Alpha, donde se han iniciado miembros de la realeza de toda Europa, y tal vez —lo tengo muy cerca pero me falta abrir la última puerta— de la propia España; soy cliente habitual de las grandes y pequeñas librerías masónicas de Londres y París. En el Gran Oriente de la *rue Cadet*, ahora con la fachada revestida de bandas de acero, he visitado muchas veces la librería, espléndida, y he recorrido algunas de sus maravillosas exposiciones, como la que organizaron hace unos tres años sobre judaísmo y masonería; ante la que no pude reprimirme y sugerí al director, que me creía masón porque le había saludado ritualmente, aunque se me olvidó desabrocharme el botón de la manga: «Aquí les falta a ustedes el retrato del hombre que proclamó insistentemente la conjunción de judíos y masones». «¿Y quién era?» —preguntó—. «Naturalmente, el general Franco». Dio un respingo, pero era verdad. Pero no había sido el primero en detectar esa proximidad judeomasónica, de la que la Exposición de *rue Cadet* ofrecía pruebas numerosas, que hubieran provocado algunos infartos en algunos papanatas del periodismo español. Le habían precedido el famoso abate Barruel, a caballo entre los siglos XVIII y XIX; y don Salvador de Madariaga, el gran liberal español, como vamos a ver.

Han pasado los años, y el padre Ferrer Benimeli me suele catalogar entre los enemigos de la masonería; le oigo como si me atribuyese hostilidad contra los Estuardos del siglo XVIII o contra los Templarios, que me fascinan y en cuyos secretos Voy penetrando cada vez más gracias a mi estudio de los procesos latinos. En justo castigo a su perversidad, al padre Ferrer le está saliendo una competencia formidable; la profesora Gómez Molleda ha escrito el mejor libro sobre la masonería española que existe, *La masonería española en el siglo XX* [5], y los propios correligionarios del jesuíta aragonés, que son los jesuítas de la Universidad Comillas en Madrid, han montado todo un Instituto para el estudio del liberalismo, el krausismo y la masonería, que si lo llega a conocer el almirante Carrero seguro que les llama krausistas, liberales y masones. La verdad es que no lo entiendo: ¿por qué en vez de dedicarse a las ciencias ocultas no se deciden los investigadores jesuítas a crear un instituto sobre la historia de la Compañía de Jesús, como han hecho los jesuítas norteamericanos? porque entonces tenemos que ser los historiadores libres los que abordemos, como he hecho ya en cuatro libros, la historia auténtica de la Compañía en la segunda mitad del siglo XX, antes de que se extinga, que como sigan así lleva camino de suceder.

Voy a proponer algunas fuentes esenciales más, a riesgo de perderme en el maremagnum. A mi modo de ver el libro más importante y clarificador que jamás se haya escrito sobre la masonería es *Darkness visible*, del reverendo Walton Hannah,

pastor anglicano que se convirtió a la Iglesia católica[6]. Es una obra esencial, escrita sobre los mismos documentos masónicos originales, que provocó un tremendo deshielo masónico en la Iglesia anglicana, cuyos obispos estaban en su mayor parte afiliados a la masonería. He procurado seguir sus pasos en mi citado libro *El triple secreto de la masonería,* de 1994.

Tampoco se ha traducido al castellano la investigación de Stephen Knight, *The Brotherhood* (La Hermandad)[7], que está de pleno acuerdo con Hannah y constituye una penetración fidedigna en la actuación masónica dentro de los estamentos de la sociedad británica (Hannah tuvo que perderse en Canadá; Knight murió en extrañas circunstancias).

Para las relaciones sustantivas entre la masonería y la Internacional Socialista es imprescindible el libro de Jacques Mitterrand *La politique des Francmaçons* [8], tan objetivo y sincero que la edición fue pronto retirada, aunque por fortuna llegué a tiempo para hacerme con un ejemplar. En España el padre Ferrer Benimeli ha publicado, además de la citada, varias obras con un desagradable denominador común: suelen ser muy superficiales, se obstinan en decirnos lo que *no* es la masonería pero casi nunca lo que *es,* y cuando lo dicen hubiera sido mejor que hubiera callado.

Es muy importante la serie *Travaux de la loge de recherches Villard de Honnecoúrt,* editados a lo largo de los últimos años por la Gran Logia Nacional de Francia, en su imponente edificio de Neúilly. Para España, además de las noticias del padre Ferrer, director de varios estudios colectivos de interés variable, hay que consultar ante todo el libro magistral de la profesora Dolores Gómez Molleda, ya citado, y la serie de libros sobre la República de un grado 33, que llegó a ser hombre clave del PSOE en los años treinta, Juan—Simeón Vidarte, con quien mantuve una breve y cordial correspondencia en los años setenta. Me parecen ejemplares dos obras sobre masonerías nacionales: la de Jacques Chevallier en Francia[9] y la de Aldo Mola en Italia[10]. Existen varias Enciclopedias masónicas de valor variable. Ferrer Benimeli ofrece excelentes bibliografías pero se resiste a señalar libros esenciales que no le convienen, como el de Walton Hannah.

Podría fácilmente llenar todo lo que queda de este libro con la referencia y el comentario breve a infinidad de libros más en pro y en contra de la masonería, pero creo que el lector, ya suficientemente orientado con los que acabo de citar, me agradecerá que no lo haga. Intenté una síntesis general sobre la historia de la masonería en el primer ensayo de mi libro *Misterios de la Historia*[11].

Y terminaré esta introducción bibliográfica con la cita de un curioso monaguillo que le ha salido al padre Ferrer, el publicista del carlismo autogestionario, es decir contradictorio, José Carlos Clemente, que ha escrito un librito para hablar de los masones, acerca de los cuales tiene todavía menos idea que de los carlistas; lo cito simplemente como anécdota de humor, porque es un libro de broma. Por supuesto que cada temporada aparecen en España nuevos libros sobre masonería; tal vez cite

alguno, por vía de contraste, en el curso del presente estudio. Únicamente debo recomendar dos libros más, uno de autor liberal y antifranquista, otro de ilustre autor masónico, pero los dos Utilísimos. El primero es el de don Salvador de Madariaga, *El auge* y *el ocaso del Imperio español en América*[12]. El segundo es el debido al alto dignatario de la masonería francesa P. Naudon, *Les origines de la Francmaçonnerie*[13].

# Los orígenes de las dos grandes Eras masónicas

El citado y admirable Paul Naudon, Gran Prior del rito masónico escocés en Francia y dedicado durante medio siglo al análisis de fuentes y estudio objetivo de la masonería a través de los siglos, hasta el punto de que su citada obra resulta tan interesante y fiable para los masones como para los no masones, abre su libro con esta sentencia perfectamente comprobable: «La historia científica de los orígenes de la francmasonería no se ha tratado aún en forma alguna». En efecto, como veremos, los «libros sagrados» de la masonería universal, es decir, las *Constituciones* de Anderson en el primer tercio del siglo XVIII y los *Rituales*, que son muy anteriores y han sufrido una profunda reelaboración hasta casi nuestro tiempo, nos ofrecen una historia fantasmagórica, cuajada de leyendas y arbitrariedades, en la que sólo con muchísimo trabajo pueden rastrearse indicaciones de los orígenes auténticos del Arte, como llaman los británicos a la masonería, *The Craft*. Nadie mejor que el propio Naudon para guiarnos en esta confusa trama de los orígenes masónicos.

Hemos hablado en el título de este epígrafe de dos grandes Eras masónicas. Precedidas por una leyenda muy arraigada en la tradición masónica, que fija el nacimiento de la Orden en la construcción del Templo de Salomón, el Primer Templo, sobre la explanada en lo alto del Monte Moria en Jerusalén, la ciudad conquistada por el rey David. La construcción del Templo por su hijo Salomón tuvo lugar en el siglo X antes de Cristo y acerca de esa construcción han pasado numerosos detalles a la Biblia, que luego fueron aprovechados por las fuentes masónicas. Éste puede ser el origen histórico de la leyenda masónica, que en las Constituciones de Anderson se remonta todavía más, con auténtico desenfreno; hasta hacer del primer hombre, Adán, también el primer masón. Que yo sepa no se ha emprendido el estudio histórico-bíblico necesario para rastrear la vía de acceso de la tradición salomónica a los rituales masónicos de la Edad Media, un asunto que desde luego me parece sugestivo; y seguramente esa tradición se transmitió a través de las Órdenes militares de Tierra Santa a partir de finales del siglo XI d.C., con elementos fantásticos y puede que algún elemento real.

Sabido es que las dos primeras y principales Órdenes militares establecieron sus cuarteles generales durante el siglo XII en la explanada del Templo. Donde hoy está la mezquita blanca de Al Aksa, los Templarios; y junto a esa explanada, en el lado opuesto, unas calles más arriba de lo que hoy es la gran plaza de acceso al Muro de las Lamentaciones (cimientos del antiguo Templo), el Hospital de la Orden de san Juan, hoy de Malta, que ahora sólo es un gran solar ajardinado con un monumento.

Además de estos orígenes legendarios enraizados en la construcción del Templo

salomónico (orígenes que me resisto a considerar como una pura invención arbitraria, porque varios nombres, detalles y situaciones aparecen en las fuentes bíblicas), la masonería ya plenamente histórica se divide en dos grandes Eras: la masonería operativa o de los grandes constructores de la Edad Media, hasta finales del siglo XVII, una Era que coexiste en trance de extinción con la segunda en la segunda mitad del siglo XVII y se extingue en la primera mitad del XVIII ; la segunda Era es la masonería ilustrada, filosófica o especulativa, que nace en Inglaterra al comenzar el siglo XVIII, se extiende rápidamente por Europa y América y luego por todo el mundo hasta evolucionar, sin perder su identidad, aunque con muchas complicaciones, hasta la masonería que hoy conocemos y ya se dispone a entrar en el siglo XXI. Dos masonerías sucesivas, pues: la operativa y la especulativa o filosófica, que se engarzan, la primera para desaparecer, la segunda para rebrotar, en los años finales del siglo XVII y primeros del XVIII. Ése es el esquema histórico general que parece relativamente claro.

Las truculentas amenazas que figuran en los ritos masónicos pueden parecer risibles pero no lo son. Luego vamos a recordar cómo estuvo a punto de cumplirse una de ellas en las cenizas del fundador de la masonería española, duque de Wharton. He sentido muchas veces cómo la venganza masónica contra mi abuelo por haber abjurado de la masonería se ha abatido de forma extraña a través de las dos generaciones siguientes, tal vez para hacerme callar, con procedimientos sutiles, que en alguna ocasión he debido contrarrestar enérgicamente. Acabo de indicar las terribles contrariedades que han sufrido los dos principales escritores que han denunciado la verdad oculta bajo la masonería en nuestro siglo, el reverendo Walton Hannah y el escritor Stephen Knignt. Pero he sido, además, testigo directo de un caso realmente singular. Alcanzó gran resonancia en los años treinta y cuarenta un especialista en temas masónicos, que llegó a publicar numerosos libritos en los qué denunciaba las intenciones y actuaciones de la masonería contra la Iglesia. Luego cayó en el silencio y pensé que había muerto. No diré su nombre porque un día me escribió, y luego hablé con él por teléfono, hace dos o tres años. Le pregunté si era el mismo escritor de los años treinta, de quien conservo aún varios libritos. Me dijo que sí —debe de tener una edad avanzadísima— y al pedirle que me dijera cómo pensaba ahora sobre aquella visión suya de la masonería en la época previa y posterior a la Guerra Civil, noté una inflexión de miedo en su voz y se negó a decirme una sola palabra. ¿Qué le había sucedido? No he vuelto a saber de él.

# La masonería de los constructores

*Maçons* en Francia, *Masons* en Inglaterra, *Muratori* en Italia, albañiles-canteros en España; originariamente un masón es un constructor; el término tiene un carácter operativo, profesional, denota un oficio, muy estimado por la humanidad desde hace unos siete mil años, cuando empezó la Edad de la Piedra Pulimentada, la edad de los primeros asentamientos permanentes, el período qué— llamamos Neolítico, cuando los grupos humanos dejan de ser nómadas dedicados a la depredación —la caza y la pesca— para convertirse en agricultores fijos, en habitantes de viviendas agrupadas, que pronto, por motivos de comercio y defensa, evolucionan a pueblos y ciudades. Para la construcción de asentamientos fijos se necesita un trabajo especializado, el de constructor, en sus diversos grados, que poco a poco van constituyendo una jerarquía, desde el cantero que desbasta y pulimenta la roca hasta el arquitecto que planifica y dirige la ejecución de la obra. Esos constructores se asocian para transmitirse sus saberes, y como pronto se convierten en profesionales itinerantes, necesitan acogida y refugio en los lugares donde se reclama su maestría en el oficio. Hay rastros históricos de estas asociaciones de constructores en Oriente Medio a partir del año 2000 a.C. en la estela de Hammurabi, primer código conocido de la humanidad; y en los relatos bíblicos sobre la construcción del primer Templo de Jerusalén, para el que Salomón encontró la colaboración providencial de Hiram, rey de Tiro. El mundo helénico significó, hacia el siglo V a.C. un apogeo en el arte de la construcción; algunos *secretos* de la arquitectura griega, como la inexactitud deliberada en algunas medidas de los fustes y otros elementos arquitectónicos, no se han descubierto hasta nuestros días. La República y el Imperio de Roma asumieron los estilos arquitectónicos de Grecia y del Medio Oriente; y las asociaciones de constructores que venían de allí tomaron en Roma nueva carta de naturaleza con los *collegia,* las asociaciones romanas de constructores que no son las primeras, sino las que conocemos mejor del mundo antiguo. Como sus predecesores en ese mundo antiguo, los *collegia* romanos poseían cierto carácter sagrado e iniciático, que se adquiría por los aspirantes a través de ritos, en los que se comunicaban a los elegidos los secretos del Arte. En estas asociaciones profesionales de la Antigüedad vemos ya predibujados los orígenes de la masonería operativa.

La nueva religión cristiana irrumpió en el mundo romano —que entonces comprendía las vastísimas tierras circundantes del Mediterráneo, desde los *limites* (plural de *limes,* la frontera, a veces marcadas con largas murallas, como al norte de Britannia, que dejaba fuera a los salvajes pictos de la actual Escocia; o ante los bosques de la orilla derecha del Rin, para contener a los pueblos germánicos no asimilados) hasta los Cárpatos en Centroeuropa, el Cáucaso, el golfo Pérsico con

inclusión de Mesopotamia, toda la franja norteafricana desde el Alto Egipto a la Mauritania, y por supuesto toda la península Ibérica, Hispania— y como es natural no sólo las instituciones políticas se cristianizaron (el *Summus Pontifex,* que era título del emperador, fue asumido por el obispo de Roma, el Papa) sino que también penetró el cristianismo en todas las instituciones de la sociedad; entre ellas, por lo que hace a nuestro propósito, en los *collegia artificum et fabrorum,* que comprendían todas las profesiones de la construcción en madera y piedra, que gozaban desde los tiempos de la República de un reconocido poder social, traducido frecuentemente en poder político.

El cristianismo reforzó los lazos de solidaridad entre los constructores asociados en los *collegia,* y los Padres de la Iglesia les infundieron un carácter religioso como imitadores de Dios en la obra de la Creación. Sin embargo la irrupción del cristianismo en el Imperio se realizó con demasiada rapidez y con escaso tiempo para un asentamiento completo; sólo un siglo, el IV, porque a principios del V comenzaron las invasiones bárbaras. La adopción del cristianismo fue más rápida en las ciudades, en las que las autoridades ejercían un mayor control, que en los campos, más aislados; las zonas rurales —aldea, *pagus*— se apegaban más a las tradiciones politeístas, de ahí que sus habitantes —*pagani,* hombres del campo— tardaron más en aceptar el cristianismo, y desde los ambientes cristianos se les conocía como *paganos.*

Esta pervivencia rural del paganismo tenía un paralelo también en las ciudades, donde se concentraban los sacerdotes de los antiguos dioses ahora descartados por el monoteísmo; y los intelectuales libres o agrupados en academias, bibliotecas y escuelas de estudios gramaticales, retóricos y filosóficos, entre los que se generaron fuertes núcleos de resistencia a las nuevas doctrinas del cristianismo, ya durante los tres primeros siglos, cuando la evidente superioridad moral de la religión de Cristo, fecundada por la sangre de los mártires, iba penetrando en la sociedad romana. En estos círculos intelectuales se engendró, desde el siglo n, un movimiento de supervivencia pagana cuyos portavoces no se atrevían generalmente a descalificar de frente al cristianismo, sino a combinarlo sincréticamente con el paganismo, para promover nuevas doctrinas que pronto se denominaron *gnósticas (gnosis* significaba en la época romano—helenística, ya antes de Cristo, *conocimiento profundo,* en contraposición a *doxa,* opinión o conocimiento vulgar, superficial). La gnosis, de la que puede considerarse precursor a un enemigo de los Apóstoles, Simón Mago, brotaba de varios centros del Imperio romano en decadencia, tanto en Occidente como, sobre todo, en Oriente; su centro principal era la gran ciudad de Alejandría, en el delta del Nilo, de donde se extendió, bajo diversas formas, por todos los centros del saber antiguo. Mucha atención a este fenómeno, porque la gnosis, que es un sincretismo de cristianismo y paganismo, representa, en el fondo, un intento desesperado de supervivencia del paganismo dentro del mundo cristiano. Un intento que aprovechó muchos elementos provenientes de los *misterios* netamente paganos

que se habían desbordado en Roma desde el siglo I a.C. y habían proliferado a lo largo de la época imperial; sobre todo los misterios de Eleusis, los de Isis y Osiris, procedentes de la teogonía egipcia, los de Baal, de origen asirio, sirio y fenicio y otros muchos, relacionados siempre con divinidades orientales, entre las que destacaba Diónisos, el dios orgiástico y vital del vino y el desenfreno.

Los *mysteria* orientales habían invadido las ciudades de todo el Imperio romano y, cultivados por los centros de la gnosis, intentaban enfrentarse, con sus ritos iniciáticos cada vez más degenerados en comportamientos aberrantes, con los misterios cristianos, cuyo origen y manifestaciones litúrgicas —los Sacramentos— poseían un elevado carácter espiritual. Por supuesto que los *collegia* de constructores, que contaban con un amplio reconocimiento social y permitían en su seno la coexistencia de elementos cristianos, en un ambiente de reserva y secreto profesional, con las influencias mistéricas e iniciáticas de las religiones orientales, se convirtieron en el siglo IV en nidos de gnosticismo. Toda la historia de la masonería, cuyos antecedentes empiezan entonces, hacia el siglo IV d.C. puede resumirse como un combate entre los elementos cristianos y las supervivencias paganas; ninguno de los dos elementos contrapuestos ahogó del todo al contrario.

Durante la Era de la masonería operativa, es decir desde la Alta Edad Media hasta el siglo XVI, predominaron, por la fuerza de la fe cristiana que imperaba en una Europa cuyo nombre era Cristiandad, los elementos cristianos; pero en el siglo XVI saltó por los aires la Cristiandad ante los impulsos de la Reforma (Lutero era un gnóstico comprobado) y los elementos paganos de la masonería rebrotaron, hasta que en el siglo XVIII dieron origen a la nueva masonería especulativa o filosófica, que es la actual. Si se me pide una definición de la masonería actual en una sola palabra me resultará fácil responder: La masonería es la gnosis, el intento de pervivencia del paganismo en el horizonte cristiano. Lo voy a demostrar de forma irrebatible en los textos vigentes de la masonería actual; en los que se leen durante las reuniones masónicas. Ello presupone que la gnosis, el impulso de la resistencia pagana al cristianismo, ha pervivido a través de los siglos. Se han propuesto objeciones, que me parecen bizantinas, a esta tesis; se ha dicho que sólo la gnosis antigua, la de los tres o cuatro primeros siglos, es la auténtica y que no sobrevivió. No deseo enzarzarme en disputas escolásticas de terminología. Desde el punto de vista histórico me parece clarísima la supervivencia y la recurrencia de la gnosis a lo largo de la historia. En un libro reciente, *Las Puertas del Infierno*, creo haberlo mostrado con toda claridad, basándome en el análisis histórico ante todo; y además fortalecido con argumentos de autoridad tan relevantes como los del papa León XIII, el reverendo Walton Hannah y el profesor Augusto del Noce, Al padre Ferrer Benimeli y demás jesuítas aliados y encubridores de la masonería, León XIII les parecerá una antigualla, a Walton Hannah le despreciarán porque desprecian cuanto ignoran y a del Noce le considerarán un fascista. No tengo más respuesta que una pregunta que repetíamos muchas veces durante mi infancia cuando otro niño díscolo se obstinaba contra

nosotros: «¿Se lo decimos o le dejamos que se muera tonto?». La masonería es la gnosis, ésta es mi primera conclusión fundamental. Pero no se impaciente el lector, voy a demostrarlo con los textos masónicos en la mano.

La caída del Imperio romano de Occidente en el siglo v d.C. destruyó las instituciones políticas de Roma; el rey de los hérulos, Odoacro, remitió respetuosamente al emperador de Bizancio, la Roma de Oriente, la estatua de la Victoria y las insignias imperiales que se conservaban en el Senado de Roma. Pero no se hundió todo en Roma, ni mucho menos. La sociedad romana se fue fusionando lentamente con los invasores bárbaros, que en gran parte ya eran cristianos, aunque arríanos; pero la nueva Roma y la jerarquía católica lograron que se sacudieran el arrianismo, y la fusión cristiana de Roma y los pueblos germánicos se denominó precisamente Cristiandad, desde Rusia y Polonia a Portugal. El Sumo Pontífice era ahora el Papa de Roma, cabeza espiritual de la Cristiandad. Sobrevivieron, con mayores o menores transformaciones, el Derecho romano y muchas instituciones de Roma, entre ellas los *collegia* de constructores en el reino de los burgundios (Borgoña) y de los visigodos (Sureste de Francia y España). Subsistieron, y con mucha pujanza, las asociaciones de constructores en el Imperio bizantino, que luego se extendió a Italia, el norte de África y una amplia región mediterránea y meridional de España. Los *collegia* bizantinos de constructores en Italia se llamaron *escuelas,* mantuvieron una fluida relación con Oriente y enviaron equipos, dirigidos por maestros, al reino de los francos y al sur de Inglaterra, guiados por los monjes recristianizadores. La influencia de los constructores bizantinos se extendió por Occidente, con un sincretismo de formas que se hacía notar además en los ritos de iniciación al Arte, en los que se introdujeron elementos orientales (egipcios, sirios). Este influjo oriental, muy patente en Ravena y Venecia, ha dejado huellas en Occidente, por ejemplo en Aquisgrán, a donde llegaron maestros bizantinos llamados por Carlomagno. Las semillas gnósticas depositadas en los rituales de las sociedades de constructores se habían revitalizado con el influjo de Alejandría, capital del Oriente Próximo, que hasta su caída en manos del Islam seguía albergando intensamente las tradiciones de la gnosis. La «oscuridad visible» (visible sólo para los iniciados), que es uno de los términos ancestrales y esenciales de la masonería operativa, cuyos primeros pasos pueden ya detectarse en la Alta Edad Media, es un término netamente gnóstico, que coincide con la idea de «conocimiento profundo» sólo accesible a los iniciados. Una de las contribuciones más interesantes de Paul Naudon ha sido esclarecer que en la masonería operativa, la que nacía entre los ritos iniciáticos de los constructores medievales, coexistían elementos profesionales con elementos espirituales y éstos, a su vez, mezclaban el sincretismo de las tradiciones cristianas y las huellas del paganismo que caracterizan a los gnósticos.

Hemos visto que las asociaciones de constructores en la antigüedad pagana debían una giran parte de su prestigio social a su carácter religioso y, en cierto sentido, sacerdotal. Impregnadas ya en el ambiente cristiano, esas asociaciones

profesionales —*collegia, scholae*— cobraron nueva forma dentro de las Órdenes monásticas, que ejercían una incansable actividad misionera, renovaron la vida cristiana en el interior de la Cristiandad y fueron protagonistas de la expansión cristiana en los confines de la nueva Europa, como las islas británicas, las tierras germánicas y las de Europa oriental.

El monaquismo, la Europa de los monjes, se extiende prodigiosamente desde el siglo VI gracias a evangelizadores cristianos como san Benito de Nursia, de cuyo tronco brotan grandes Órdenes monásticas en la Alta Edad Media: la Orden de Cluny, cuyo esplendor llega a su apogeo en el siglo XII, y a continuación la Orden del Císter, cuya personalidad más representativa es san Bernardo, abad de Claraval. Los constructores monásticos adoptan el sistema de los *collegia* —o mejor, lo asumen y lo continúan— con su doble carácter de asociación profesional de constructores y asociación religiosa; estas asociaciones monásticas difundieron por la Cristiandad el arte románico y, por evolución natural de él, también el arte gótico, uno y otro con intensas influencias bizantinas que conservaban, dentro de la matriz cristiana, influencias iniciáticas, esotéricas y gnósticas que sobrevivían en los *collegia* de Oriente. (La iglesia de san Vicente, en Ávila, ofrece un amplísimo muestrario de símbolos masónicos).

Conocida es la actuación decisiva de san Bernardo para la institucionalización de los templarios; los monjes constructores acudieron al territorio cruzado, donde sus asociaciones profesionales se impregnaron directamente de nuevas influencias orientales que fueron transferidas a la Cristiandad europea gracias a la red, vastísima, de los establecimientos de las Órdenes militares —encomiendas, prioratos— en todo Occidente. Influencias formales y posiblemente rituales e incluso legendarias —en torno al Templo de Salomón— entraron en Europa como una segunda oleada oriental en los dos siglos que comprende la época cruzada, el XII y el XIII. Los grados de la masonería operativa, Aprendiz, Compañero y Maestro, que provienen sin duda de la época romanarse fijaron ahora en las asociaciones monásticas de constructores y en las agrupaciones profesionales que se formaron en torno a los establecimientos de las Órdenes militares. Las cofradías de constructores prosperaron como la espuma en la Europa de la segunda mitad del siglo XI al norte del Loira, cuyas construcciones religiosas eran aún generalmente de madera.

Las Cruzadas generaron una poderosa corriente religiosa, comercial y cultural de doble sentido entre el Occidente europeo y el Oriente musulmán y bizantino, en el que los guerreros occidentales habían establecido una cabeza de puente de gran fecundidad, el reino franco de Jerusalén. El conjunto de los constructores se dividió entonces en dos grandes ramas; muchos seguían incorporados a las asociaciones monásticas y las Órdenes militares, aunque dentro de los centros religiosos gozaban cada vez de mayor autonomía; otros se desvincularon de la dependencia religiosa y trabajaban aisladamente, como constructores o masones libres, francos, conocidos como *francmasones*, cuyo vínculo era exclusivamente profesional, pero con agudo

sentido corporativo y una profunda solidaridad, que se traducía en ayudas mutuas muy generosas. Hay ya trazas de masones libres en el siglo IX y la proporción de francmasones tendía a aumentar frente a los constructores monásticos o los vinculados a un señorío a medida que avanzaban los tiempos.

Los grandes constructores de catedrales que dan a Europa una nueva identidad en los siglos XII (románicas), XIII y XIV (góticas) son masones libres, francmasones, maestros itinerantes, llamados por las ciudades —que se van afianzando y enriqueciendo en Competencia con los feudos nobiliarios— en virtud de la fama de su maestría. En ellas, a la vera de las catedrales, cuya construcción duraba décadas, se instalan los talleres para el trabajo y la reunión profesional que, por el término italiano de origen, se llaman *logias.* En ellas se celebran las iniciaciones para cada uno de los tres grados de la masonería operativa, en que se trasmiten los secretos del Arte que preservarán el monopolio profesional. La transmisión se hace a través de *rituales*, comunicados siempre por tradición oral, aunque nos hayan quedado algunas huellas escritas; estos rituales contenían unas secuencias profesionales en torno a la construcción y unas secuencias simbólicas formadas por un sincretismo de tradición cristiana y tradición legendaria, esotérica y gnóstica.

En los rituales masónicos que hoy conocemos, aunque se han modificado mucho a lo largo de los siglos, se detectan fácilmente huellas de los rituales primitivos de la Alta Edad Media, que a su vez transmitían símbolos y tradiciones muy anteriores. No tardó la Iglesia en recelar de algunos comportamientos masónicos y el Concilio de Rouen de 1189 prohibía «las asociaciones de clérigos y laicos cuyos miembros se vinculaban con juramentos, utilizaban jergas y símbolos secretos y practicaban las ayudas mutuas»[14]. Los recelos y condenas se referían a los que hemos llamado elementos gnósticos y paganizantes en los rituales de la masonería operativa; en cuyas reuniones de *logia* participaban, como revela el Concilio de Rouen, no solamente constructores para hablar de asuntos profesionales, sino también «clérigos» —es decir, los intelectuales de la época— para ocuparse de asuntos simbólicos o «filosóficos». Existía, pues, un elemento de masonería especulativa o filosófica en pleno apogeo de la masonería operativa.

# Los orígenes de la masonería según el caballero Ramsay

En el año 1738, cuando empezaba a consolidarse la masonería filosófica, un extraño personaje escocés, el caballero Andrés Miguel de Ramsay, muy relacionado con Fénelon, dirigía un pronto famosísimo discurso a las agrupaciones masónicas de Francia que, pese a las controversias que aún suscita, se considera hasta hoy una pieza fundamental para la historia de la masonería[15].

El caballero Ramsay, de historia personal todavía misteriosa, estaba obsesionado por el carácter universal que deseaba imprimir a la masonería; se había iniciado en Inglaterra y en su Discurso definió al conjunto de las naciones como «una gran república» y atribuyó el nacimiento de la masonería al deseo de «resucitar y extender las máximas esenciales asumidas por la naturaleza del hombre» (sigo y traduzco el texto de Lantoine, por la autoridad de este especialista). Éste era el ámbito ilustrado de la masonería, en la cual no hace distinciones de ritos ni obediencias: «Queremos reunir a todos los hombres de espíritu ilustrado, de costumbres amables, de humor agradable, no solamente por amor a las bellas artes sino sobre todo para los grandes principios de la virtud, de la ciencia y de la religión, en los que el interés de la Confraternidad se convierte en el del género humano entero». Esta es ya una excelente definición (idealizada, por supuesto) de la masonería; que comprende las grandes palabras que desde entonces repiten incansablemente los masones como un disco: la Ilustración, la Ciencia, los elementos comunes de todas las religiones, la virtud, la universalidad.

Pero Ramsay reconoce el origen mistérico y esotérico —en definitiva, pagano y gnóstico— de esa masonería universal:

«Sí, señores, las famosas fiestas de Ceres en Eleusis, de Isis en Egipto, de Minerva en Atenas, de Urania entre los fenicios y de Diana en Escitia tienen relación con las nuestras».

Sin embargo, el origen próximo de la masonería debe situarse, para Ramsay, en las Cruzadas:

«Nuestros antepasados los Cruzados, reunidos desde todas las partes de la Cristiandad en la Tierra Santa, quisieron unir de este modo en una sola Confraternidad a los particulares de todas las naciones. ¡Cuánto agradecimiento se debe a esos hombres superiores que sin interés grosero, sin atender al deseo natural de dominar, han imaginado una organización cuyo único fin es la reunión de los espíritus y de los corazones para hacerlos mejores, y formar, en la sucesión de los tiempos, una nación totalmente espiritual en la que, sin suprimir los diversos deberes que exige la diferencia de los Estados, se creará un pueblo nuevo, compuesto por

diversas naciones, a las que cimentará todas de cierta manera por los lazos de la virtud y de la ciencia!».

Después reconoce Ramsay la realidad del secreto masónico, cuyos orígenes son la lengua y los signos secretos con los que los cruzados —es decir, el ejército cruzado, cuya fuerza principal eran las Órdenes militares de templarios y hospitalarios— se transmitían sus consignas de guerra. Todo el simbolismo masónico nace también en Tierra Santa, y los primeros miembros de la masonería los incorporaron a su unión dentro de las Órdenes militares, especialmente la de san Juan; por eso las fiestas principales de la masonería son las de san Juan de invierno y san Juan de verano (Ramsay no lo dice, pero son dos Juanes distintos).

«Nuestra Orden, por consiguiente —dice, después de describir el compromiso de los cruzados con la arquitectura primitiva de Tierra Santa (el Templo de Salomón)— no debe ser considerada como una renovación de las bacanales sino como una Orden moral fundada en la más remota antigüedad y renovada en Tierra Santa… Los reyes, los príncipes y los señores, al regresar de Palestina, fundaron en sus Estados diversas logias». Creo que Ramsay, al establecer la vinculación de la masonería con los Hospitalarios se refiere sobre todo a los Templarios, suprimidos por el rey de Francia a comienzos del siglo XIV y absorbidos inmediatamente, en cuanto a parte de sus encomiendas, por los Hospitalarios. En Francia no cabía alardear de un origen templario para la Orden masónica; porque ya existía entonces, cuando hablaba Ramsay, como existe hoy, una tradición de templarismo masónico que no me atrevo a descartar como completamente falsa. Creo un gran mérito de Naudon el haber rescatado para la historia el discurso de Ramsay, en el que sin duda se encuentran elementos históricos, aunque no bien coordinados, sobre los orígenes remotos de la masonería cuando ésta ya estaba cuajada como especulativa; por eso acentúa en su descripción los elementos supranacionales y filosóficos que convierten a la masonería idealizada por él en una evidente precursora de lo que hoy llamamos mundialismo.

## La antigua masonería en Gran Bretaña

La masonería moderna nació en Inglaterra al comenzar el siglo XVIII; y por eso resulta necesario decir una palabra sobre la evolución de la masonería operativa en las islas británicas, porque además algo semejante sucedía en el resto de Europa. Cuando los primeros monjes benedictinos, enviados por Roma, llegaron a Britannia a fines del siglo VI y fundaron la sede arzobispal de Canterbury, contaban entre ellos con algunos arquitectos y constructores que pronto descubrieron algunos rescoldos de los antiguos *collegia* romanos en las tierras célticas, donde los culdenses habían conservado su arte y su religión cristiana. Los misioneros benedictinos llamaron a los arquitectos bizantinos que construyeron, entre otros grandes edificios, la iglesia de York. Alfredo el Grande, vencedor de los daneses, edificó grandes iglesias durante las dos últimas décadas del siglo IX. La fundación de las primeras logias en York y Londres data del siglo X, a la sombra de las primeras catedrales. El trasvase de maestros constructores entre las islas y el Continente fue continuo en los dos siglos siguientes, hasta que los templarios, muy populares en Inglaterra, erigieron sus primeros templos con arquitectos y constructores venidos de Palestina; las *guildas* o asociaciones gremiales masónicas habían cobrado mayor fuerza con la conquista normanda en el siglo XI. Los constructores ingleses no dividieron sus agrupaciones en cofradías de predominio religioso y *guildas* de signo profesional; combinaron siempre los dos aspectos y se consideraron casi siempre masones libres, francmasones. La abundancia de documentación perteneciente a la masonería operativa fue destruida por los pastores protestantes que fundaron la masonería especulativa al comenzar el siglo XVIII, seguramente para borrar las huellas del catolicismo que había impregnado a las asociaciones de la época anterior. Aun así se han conservado algunos documentos de la Edad Media Plena y la Baja, con huellas significativas de documentos muy anteriores.

Con la irrupción de la Reforma protestante en Gran Bretaña durante el siglo XVI se interrumpió, como en otros países de Europa, la construcción de las grandes catedrales que habían florecido hasta el siglo XV y la arquitectura colectiva de la época anterior dio paso a la arquitectura individualista del Renacimiento. Con ello las *guildas* de constructores entraron en decadencia y para evitarla, las logias (en Inglaterra y en Escocia) abrieron sus puertas con más tolerancia a los masones llamados aceptados, personas ajenas al arte de la construcción y pertenecientes a otras clases y oficios, como abogados, hombres de letras, políticos y sacerdotes, que conservaban en cierto modo los ritos de la construcción pero se dedicaban sobre todo al intercambio de ideas filosóficas y otras actividades intelectuales, entre ellas la política.

El humanismo, desde el siglo XV, por su cultivo de los modelos clásicos y paganos, había revitalizado los elementos gnósticos en el pensamiento occidental, con grandes repercusiones en Inglaterra y Escocia, donde a lo largo del siglo XVI fue aumentando el número de los masones aceptados en las logias, en plena decadencia de la masonería operativa. En los rituales operativos se introducían cada vez más elementos de la gnosis y del esoterismo oriental, que ya había irrumpido con máxima fuerza desde el éxito de los constructores templarios, a quienes no había afectado mucho, por su carácter profesional, la extinción de la Orden en toda Europa a principios del siglo XIV. A la reina Isabel de Inglaterra, que había mirado con mucha desconfianza a las logias, por creerlas refugio de católicos, sucedieron los Estuardo en la primera mitad del siglo XVII. El terrible incendio de Londres en 1666, que destruyó cuarenta mil casas y noventa iglesias, atrajo a gran número de constructores, masones operativos de todo el reino que, a las órdenes del arquitecto real sir Cristopher Wren se congregaron en la Logia de san Pablo para la construcción de la nueva catedral de Londres; fue la última fundación importante de la masonería operativa.

## Masonería, racionalismo y política

Entre los masones aceptados que iban dominando cada vez más las logias masónicas en la segunda mitad del siglo XVII prendieron con mucha fuerza las nuevas ideas del Racionalismo y la Ilustración, que volvió el interés de los filósofos hacia el cultivo de la ciencia y el pensamiento modernos, alumbrados por dos grandes católicos, Galileo y Descartes, desde la segunda mitad del siglo anterior y la primera del XVII.

Juan Valentín Andrea, abad de Adesberg (1586- 1654), inventó la leyenda, enteramente ficticia, de un personaje llamado Christian Rosenkreuz, poseedor de los secretos del Progreso, la Felicidad y la Solidaridad; de la rápida difusión de estas ideas, que saltaron desde Alemania a toda Europa, surgió una proliferación de Sociedades de los rosacruz, que intensificaron todavía más una nueva recurrencia de las ideas gnósticas entre los intelectuales, fascinados ya por los primeros brotes del racionalismo, cuyas figuras británicas más importantes fueron sir Isaac Newton y John Locke, en los campos de la ciencia y de la filosofía política respectivamente. Este conjunto de nuevas ideas, que comportaban una fuerte carga de secularización y menosprecio teológico, empezaron a ser moneda corriente en las reuniones de las logias de masones, en su mayoría aceptados, de Inglaterra y Escocia a lo largo de la segunda mitad del siglo XVII. En la fase racionalista de la Ilustración se cultivaban seriamente la ciencia y el pensamiento modernos; en la segunda fase, que coincide con el siglo XVIII, los *philosophes* de Francia reivindicaron la *primacía* del movimiento ilustrado, en el que casi nunca fueron creadores sino todo lo más divulgadores y relaciones públicas, que acentuaron además la secularización, el desprecio a la teología y el combate cada vez más implacable contra la Iglesia. Estaba naciendo con esos signos lo que empezaría pronto a denominarse Modernidad.

Las sociedades de los rosacruz brotaban por casi toda Europa e impulsaban una transfiguración dentro de la masonería, que lentamente dejaba de ser operativa —aunque conservaba los símbolos del Arte— para convertirse en especulativa, es decir en foro de debates filosóficos, científicos e ilustrados. Entonces un judío católico, Elias Ashmode, miembro y ardiente propagandista de los rosacruz y masón aceptado en la Logia de Warrington, teóricamente operativa, fundó con otros conocidos masones aceptados una institución capital en la historia de la ciencia y la cultura moderna, la *Royal Society de Londres*, cuya estrella fue pronto el profesor Isaac Newton, cristiano muy sincero, que además de crear la física moderna se dedicaba también, según la moda del tiempo, a actividades esotéricas como la alquimia. La idea de Ashmode al crear la *Royal Society* fue «edificar la casa de Salomón, templo ideal de las ciencias», que al principio tuvo carácter secreto. Era el antecedente inmediato de la Gran Logia de Londres, primera de la masonería especulativa, a la

que sólo faltaba el soplo fundacional desde los restos decadentes de la masonería operativa que dominaban completamente los masones aceptados.

Faltaba, además, un elemento clave: la estabilización política. Carlos I Estuardo se había enfrentado con el Parlamento y tras una cruenta guerra civil fue destronado y ejecutado por orden del jefe del ejército parlamentario, Oliver Cromwell, que proclamó su dictadura con el título de lord Protector. Las discusiones políticas sacudieron y encresparon el ambiente de las casi agonizantes logias operativas, y Cromwell, al conquistar a la católica Irlanda por la violencia, creó en el Ulster, la región del Norte, un enclave inglés con trasvase de población protestante que encontró su mejor vertebración en logias masónicas muy politizadas, cuya influencia ha perdurado hasta hoy y constituye un frente de resistencia inglesa y protestante contra la unificación de Irlanda; la dramática y sangrienta guerra civil irlandesa es hoy una herencia masónica indudable. El rey Luis XIV de Francia había permitido a los Estuardos exiliados establecer una pequeña corte en Saint-Germain-en-Laye, desde la cual el rey Carlos II Estuardo partió para recuperar el trono de Inglaterra, del que la dinastía fue nuevamente desposeída por la Gloriosa Revolución de 1688, que reafirmó ya definitivamente el protestantismo en Inglaterra, que profesaba también la nueva dinastía de los Hannover que reinó durante el siglo XVIII. Entonces la masonería británica, en la fase final y decadente de su Era operativa, se adhirió también con carácter definitivo al protestantismo.

Los seguidores de los Estuardo, que eran católicos en su gran mayoría, regresaron con su rey destronado a Saint-Germain-en-Laye donde, si bien las noticias son confusas, crearon una masonería jacobita que de alguna forma dio origen a la masonería francesa hacia el año 1728, ya con carácter especulativo, cuyo primer Gran Maestre fue el duque de Wharton, ahora jacobita y converso al catolicismo, que había sido, como protestante, Gran Maestre de la Gran Logia de Londres. Como veremos, el duque de Wharton, cuyas cenizas reposan en el monasterio de Poblet, pese a los intentos masónicos de aventarlas a los cuatro puntos cardinales, fue también el fundador de la masonería moderna en España. La masonería estuardiana en el exilio era, evidentemente, una sociedad secreta de signo político y conspiratorio que buscaba restaurar esa dinastía. La masonería protestante de los Hannóver fue también, pese a sus falsas protestas de apoliticismo, una masonería política al servicio del Imperio británico.

Cuando Napoleón llega al trono imperial de Francia convierte a la masonería francesa en servil instrumento suyo y hace rey de España a su hermano José, que era Gran Maestre de la masonería de Francia y que trata de implantar el bonapartismo en la masonería española. La tremenda politización de la masonería en los estertores del Imperio español —a favor de Inglaterra— y en la España de los siglos XIX y XX, sin excluir lo que sucede en nuestros días, por más que clamen los masones de todos los pelajes, no constituye excepción alguna. Entre otras muchas cosas la masonería, que contribuyó poderosamente a la Revolución francesa a través de la Ilustración radical

y, en general, a la revolución atlántica, ha sido una institución y un instrumento de poder. Conviene ir ya llamando a las cosas por su nombre, aunque los masones pongan el grito en el cielo estrellado de sus logias.

Escocia e Inglaterra eran, hasta la creación del Reino Unido a principios del siglo XVIII, dos reinos diferentes aunque estuvieran unidos bajo un mismo monarca. Las masonerías operativas —y luego especulativas— de Inglaterra y Escocia eran también distintas. El caballero Ramsay, escocés de nacimiento pero iniciado en una logia inglesa, decía que la masonería de las islas había nacido en Escocia y luego se trasplantó a Inglaterra. Puede que el nacimiento de la masonería operativa en los dos reinos fuese prácticamente simultáneo, pero hay demasiada incertidumbre y leyenda como para afirmarlo. Lo que sí parece cierto es que lo que conocemos como Rito Escocés (generalmente se le añaden las palabras Antiguo y Aceptado) es una modalidad masónica cuya creación se ha atribuido durante mucho tiempo al caballero Ramsay, que fue su gran propagandista, pero que al menos proviene de su época, y se desarrolló inicialmente en Francia. La diferencia principal entre el rito masónico inglés y el escocés, siempre dentro de la masonería especulativa, porque en la operativa los ritos eran semejantes, es la diferenciación de los grados. El rito de la Gran Logia de Londres contaba al principio con dos grados (Aprendiz y Compañero); luego se añadió un tercero desdoblando el segundo, y apareció el de Maestro, seguramente por influjo de la complejidad escocesa, y por fin le agregaron, según parece por influjo de la masonería francesa, un cuarto grado, que muchas personas desconocen, el llamado del Arco Real, que es hoy el más importante y más significativo en la Gran Logia de Inglaterra.

El rito escocés es muchísimo más complejo y lo han adoptado, con diversas variantes, otras obediencias masónicas del mundo. Consta de treinta y tres grados, cada uno con símbolos rituales diferentes, que se fueron estableciendo a lo largo del siglo XVIII y deben recorrerse uno por uno, aunque no raras veces, para abreviar las ceremonias, se confieren al candidato varios a la vez. Todos los grados del rito escocés se distinguen por símbolos terroríficos, nombres tremendos y resonantes, títulos y ritos que denotan una fuerte influencia templaría. Ahora no me ocupo de ellos porque para penetrar en la entraña de la masonería nos conviene analizar los rituales de la Gran Logia de Inglaterra, madre de todas las logias y la más importante e influyente del mundo.

# El nacimiento de la masonería moderna

Durante los primeros años del siglo XVIII la masonería tradicional, operativa, entró definitivamente en barrena e hizo crisis total. Sus logias habían decrecido y caído en manos de los masones aceptados, que formaban en ellas una mayoría abrumadora. El Racionalismo y la Ilustración estaban cambiando la mentalidad de Occidente, con rechazo de la teología y nuevo auge del pensamiento filosófico laico y secularizado. Se empezaba a rendir culto a la ciencia moderna y a la absorbente idea del progreso, que hoy exhiben dogmáticamente nuestros *progresistas,* incluso personajes tan anacrónicos y regresivos como don Julio Anguita, que sigue fiel al marxismo y al comunismo; o nuestros tenaces socialistas, cuya historia consiste en una atenuación y disimulo permanente de su marxismo originario, al que todavía rinden culto en su *programa máximo.* La pugna entre protestantismo y catolicismo en la Inglaterra del siglo XVIII parecía sentenciada para siempre a favor del primero, dividido en dos grandes ramas, la Iglesia Alta o anglicanismo tradicional cuya cabeza era el Rey, y la Iglesia Baja o presbiteriana, que rechazaba el orden episcopal y fomentaba un sentido popular, igualitario y puritano de la vida. Pero los desposeídos Estuardos constituían una amenaza con su masonería católica; un grupo de pastores protestantes —Désaguliers y Anderson son sus líderes— que eran además masones aceptados, piensan adaptar la masonería decadente a los nuevos ideales de la Ilustración y convertir la red de logias inglesas en firmes apoyos de la dinastía protestante de Hannover. Por otra parte la idea de Dios estaba en clara regresión; se difundían cada vez más las ideas de impiedad, y si bien los masones ilustrados no negaban la divinidad, la relegaban a una lejanía inoperante, ajena a las preocupaciones humanas, lo que se conocería como *deísmo.* La tradición de la masonería operativa era profundamente cristiana, aun surcada por visibles vetas de gnosticismo; pero el distintivo principal de los ilustrados era la secularización, es decir, la privación de influencia de las Iglesias —sobre todo la católica— sobre la sociedad. Sobraba la Iglesia, se alejaba a Dios, había demasiadas invocaciones a Cristo en los rituales masónicos. Ahora entraba la Humanidad en el Siglo de las Luces (una expresión masónica) y, desde el Humanismo y el Renacimiento, el Hombre, como habían dicho los antiguos, era la medida de todas las cosas. La masonería nueva es esencialmente antropocéntrica.

Esta concepción del mundo, del hombre y de Dios bullía en la mente de los pastores protestantes ingleses, masones aceptados, que decidieron crear institucionalmente una nueva masonería. Eligieron para ello la fiesta de san Juan Bautista —san Juan de Verano, principal celebración masónica—, 24 de junio de 1717, para convocar una reunión conjunta de cuatro logias completamente dominadas

por ellos y que, por los nombres de los *pubs* o tabernas en que celebraban sus reuniones, se llamaban la Oca, la Corona, el Manzano y las Uvas. Acordaron fusionarse con el nombre de Gran Logia de Londres y eligieron como primer Gran Maestre de la nueva masonería filosófica al caballero Anthony Sayer, a quien sucedió al año siguiente George Payne, que encargó a un grupo de expertos la reunión y clasificación de cuantos documentos pudieran haberse de la antigua masonería operativa que acababa de morir.

Un año más tarde fue elegido Gran Maestre el pastor protestante Juan Teófilo Désaguliers, quien sin dar explicación a nadie ordenó la destrucción de esos documentos para borrar las huellas de una masonería operativa que había sido católica durante tantos siglos. Pero de la tradición masónica, que ahora se renovaba en los nuevos rituales de la masonería especulativa, manipulación de los antiguos, asumidos por tradición oral en las nuevas logias filosóficas, no solamente fueron desapareciendo los rasgos católicos sino que poco a poco se acentuaron los rasgos gnósticos y las evocaciones paganas; en detrimento no ya de las católicas sino de las cristianas. Por sus pasos contados el nombre de Cristo, que antes reinaba en los rituales masónicos, fue desapareciendo hasta quedar prácticamente suprimido en los rituales que la masonería utiliza hoy. No me asustan las implicaciones del nombre; pero la nueva masonería empezó casi inmediatamente a relegar a Dios como Gran Arquitecto del Universo y a eliminar a Cristo. Era cada vez más una masonería deísta y una masonería anti-cristiana, un anti-Cristo que por el contrario se abría a las demás religiones, incluso las no cristianas Y por supuesto redescubría al paganismo para buscar en ellas elementos comunes; la masonería no es una nueva religión sino un desmoche de todas las religiones, para sustituirlas por un conjunto de variadas creencias de doctrina y de moral que puedan ser aceptables para todos; y en plena simbiosis con la Ilustración radical fue concretando su nuevo credo en una tríada esencialmente masónica, el ideal de Libertad, Igualdad y Fraternidad. Muy pronto la masonería se puso de moda y tanto la nobleza como la propia realeza solicitaron su admisión en las logias. Tras un nuevo período del Gran Maestre Payne, le sucedió al año siguiente un noble de primer rango, el duque de Montagu.

Los fundadores de la masonería especulativa recibían consultas de todas las logias británicas y muchas del extranjero dirigida a la Gran Logia de Londres —pronto conocida como Gran Logia de Inglaterra al recibir la obediencia de numerosos *talleres* del poco antes proclamado Reino Unido—; decidieron encargar a uno de ellos, el pastor James Anderson, la compilación y redacción de unas Constituciones como explicación histórica y código de comportamientos masónicos. Se cumplió el encargo y en 1723 se publicaron, exclusivamente para uso interno de la Orden, las *Constituciones de los francmasones,* más conocidas como Constituciones de Anderson. Constituyen en el primer texto oficial de la nueva masonería y hoy siguen vigentes.

# Las Constituciones de Anderson

En este mismo año ha aparecido un libro que ofrece varios aspectos interesantes, *La masonería hoy,* debido a don Javier Otaola, formado en la Universidad de los jesuítas en Deusto y abogado de los Servicios jurídicos del Gobierno Vasco[16]. El Presidente del Colegio Vasco de Maestros masones nos explica cómo llegó a ver la Luz, pero tengo la impresión de que debió apagarla al compilar su bibliografía, porque al hacerme el honor de una cita me clasifica entre los «autores antimasónicos», y, al referirse a mi libro *El triple secreto de la masonería,* me acusa de «decir medias verdades». No quisiera ensañarme con el señor Otaola ofreciéndole un catálogo no ya de sus medias verdades, sino de sus errores históricos flagrantes que nos presenta, sin duda, no por malicia, sino por simple ignorancia, como cuando cita en la página 10 de su libro entre los «perdedores» de la Guerra Civil a don José Ortega y Gasset y como enemigo del régimen de Franco al doctor Gregorio Marañón… ¿Sabe el señor Otaola en qué bando combatieron con las armas los hijos del profesor Ortega y del doctor Marañón? ¿Sabe contra cuál de los bandos lucharon con la pluma esos dos grandes intelectuales? No lo sabe; apréndalo y luego hablamos. Y en cuanto a las «medias verdades» de mi libro sólo le haré una pregunta. Mi libro contiene algunas opiniones personales, bien diferenciadas del cuerpo de la obra, que consta exclusivamente de textos masónicos. Cierto que entre las opiniones personales figura mi adhesión a la doctrina del papa León XIII sobre la masonería; y el señor Otaola, alumno de una Universidad católica como es la de Deusto, debería respetar un poco más la doctrina —fundadísima, además— de un Papa ilustrado.

Los textos fundamentales de mi libro son tres. Para la introducción histórica sobre los orígenes de la masonería me baso, y lo cito continuamente, en el libro de Paul Naudon, *Les origines de la Francmaçonnerie,* editado en París por Dervy en 1992; el señor Naudon es Gran Prior del rito escocés masónico en Francia y el primer investigador científico sobre los orígenes de la masonería. ¿No lo sabe el señor Otaola? El resto del libro, si dejamos aparte mis breves textos y comentarios, que pueden ser opinables, consta de dos grandes textos masónicos que llenan el noventa y cinco por ciento de las partes segunda, tercera y cuarta de la obra: las Constituciones de Anderson, oficialmente editadas por la masonería; y los rituales de los cuatro grados reconocidos y practicados hoy en la Gran Logia de Inglaterra. Se trata de textos masónicos, como debería saber el Presidente de los Maestros masones vascos. Entonces le hago mi pregunta. En ese noventa y cinco por ciento de mi libro, que consta de investigaciones y textos masónicos, ¿dónde están las medias verdades? Señale el señor Otaola una sola manipulación de los textos cometida por mí. En el programa de Antonio José Ales, emitido hace dos años en Onda Cero, el Gran

Maestre del Gran Oriente de España, señor Foruria Franco, acompañado por su Gran Orador, reconoció la autenticidad de mis textos masónicos y elogió mi traducción del Ritual del Grado Cuarto, el Arco Real, confesando que en sus logias utilizaban mi texto de manera habitual. ¿Dónde están mis medias verdades? El señor Otaola, antes de decir bobadas sobre lo que desconoce, debería informarse algo mejor sobre la trayectoria de estos grandes intelectuales en la Guerra Civil española, sobre lo que entonces escribieron contra la República y en favor del general Franco y, aunque está feo que sea yo quien se lo reproche, debería también cotejar los textos masónicos que yo ofrezco en mi libro con los oficiales y los secretos de la Gran Logia de Inglaterra. Con ello se evitaría bochornos como el que, muy a mi pesar, me he visto obligado a producirle. Insisto en que no me he querido ensañar con sus carencias; porque nada he dicho sobre la actitud contra la República y en favor de Franco del tercer gran firmante del Manifiesto de la Agrupación al Servicio de la República en 1931, don Ramón Pérez de Ayala, ni de otros hechos tratados —quiero decir maltratados— por él en su libro, escrito con excesivo apresuramiento. Tendré que hacerlo si reincide.

Esto supuesto, y con el mejor deseo de que el señor Otaola se sitúe seriamente en la Oscuridad Visible, siempre he creído que para comprobar lo que de verdad es la masonería es necesario averiguar lo que los masones dicen de sí mismos; y para ello analizar cuidadosamente sus libros sagrados. Es lo que hago en mi citado libro, donde ofrezco la única versión .española disponible, que yo sepa, de las Constituciones de Anderson y de los Rituales vigentes hoy en la Gran Logia de Inglaterra. Digo que mi texto de las Constituciones es el único disponible (en castellano), porque he visto alguna referencia sobre una versión española de las Constituciones de Anderson publicada por el señor Climent en 1936; pero no sé si se conserva algún ejemplar —yo no lo he encontrado— porque en aquel año una publicación masónica de gran envergadura corría tanto peligro de ser destruida en una zona como en la otra de la contienda. En el fichero de la Biblioteca Nacional existe teóricamente un ejemplar, pero siempre que he pretendido consultarlo estaba prestado. Por eso he traducido cuidadosamente el texto constitucional y primordial de la masonería especulativa.

Debo insistir en que para comprender lo que es la masonería hemos de acudir ante todo a lo que los propios masones —en este caso los fundadores de la masonería filosófica— dicen que es. Pero no en sus definiciones, que son escasísimas, vagas, imprecisas; sino en sus textos, que se muestran muy reacios a divulgar, sobre todo en España, porque temen las acusaciones de ridículo.

Las llamadas Constituciones de Anderson las he traducido del texto bilingüe inglés-francés que publicó un masón eminente y experto en documentación e información masónica, Daniel Ligou, en 1990[17]. Hago la traducción publicada en *El triple secreto de la masonería* sobre el texto original inglés, y recurro al francés para algunos matices. La edición bilingüe de las Constituciones la adquirí en la excelente librería del Gran Oriente en *rue Cadet* de París. ¿Por qué ninguna de las obediencias masónicas de España o Iberoamérica ha querido publicar una traducción o reeditar la

de 1936? Debe de ser un nuevo misterio masónico.

El conjunto que se encierra en las Constituciones no es uniforme, consta de cuatro textos diferentes. El primer texto se refiere a la historia de la masonería, identificada con la Arquitectura, y se debe a la pluma del pastor James Anderson, que actuó también como coordinador y revisor de los otros tres textos. Si se lee esa historia masónica con un elemental sentido crítico, el lector queda asombrado de que en el siglo XVIII, cuya palabra clave era precisamente la *crítica*, como decía irónicamente nuestro gran ilustrado fray Benito Jerónimo Feijóo, se pudiera presentar como historia auténtica un engendro tan ramplón, basado en leyendas ajadas e inverosímiles, y escrito con un gusto arquitectónico que raras veces rebasa lo cursi. Y con terribles confusiones del autor, que identifica el estilo gótico con el «medieval», identifica al arte del Renacimiento con el neoclásico como arquitectura de Roma, no matiza la clarísima superioridad del Renacimiento sobre la ramplonería helada del neoclásico, que le parece admirable y ejemplar; y mezcla arbitrariamente los datos históricos con los puramente legendarios, por el ansia de otorgar a la masonería una antigüedad que se remonta hasta los mismos orígenes bíblicos del hombre.

La masonería es, para Anderson, una tradición arquitectónica ininterrumpida y, por supuesto, subordina las nuevas logias del siglo XVIII a la autoridad del rey protestante y de los nobles y magistrados. Anderson recorre en una cabalgada frenética las edades del mundo ordenadas según una cronología aberrante. Llama a Dios desde el principio «Gran Arquitecto del Universo», un término que según parece acuñó él mismo, con antecedentes en Leibniz y Newton, esas dos grandes figuras del Racionalismo científico. Sitúa la creación del mundo en el año 4000 a.C., cuando el hombre llevaba ya sobre la Tierra un millón (y quizás tres millones) de años. La historia masónica se inicia con un toque pitagórico; el Gran Arquitecto crea a Adán el geómetra. Por supuesto que el Arca de Noé es masónica, y al evocar esquemáticamente la aparición de los Imperios antiguos (sin referirse al conocimiento científico que ya se tenía de ellos al comenzar el siglo XVIII) cita el nombre de Baal, el dios pagano, que reaparecerá con mucha fuerza en los Rituales. Las pirámides egipcias son obra de la masonería, no faltaba más. Abraham es el gran transmisor del Arte, e Israel es un pueblo masónico; supongo que si el general Franco llegó a leer las Constituciones de Anderson se sentiría feliz ante esa tesis. Moisés fue un gran maestro masón, y no digamos el supermasón Salomón, constructor del Templo. Tras la destrucción del primer Templo y la construcción del segundo, Anderson dedica un capítulo a masones tan insignes como Pitágoras y Euclides. La masonería pasó de Jerusalén y Egipto a Grecia, y de ella a Roma, donde Augusto ejerció, naturalmente, como Gran Maestre. Aquí intercala Anderson una mención a Cristo (borrado luego sistemáticamente de los textos masónicos), como «Gran Arquitecto de la Iglesia». Salta después a los orígenes legendarios de la masonería en Inglaterra, abomina de la arquitectura gótica como el reino «de la confusión y la impropiedad» y se regocija con la restauración de la «arquitectura romana» con los Estuardo. Salta limpiamente

de la masonería operativa a la especulativa, que florece en tiempos de la dinastía de Hannover y restaura las glorias ancestrales del Arte.

Ésta es la parte más importante de las Constituciones; y desde el punto de vista histórico no contiene, como diría el señor Otaola, ni siquiera una sola «media verdad». Todo es ficción, leyenda infundada, digresión vacía. Y no se nos venga con el cuento masónico de que Anderson traza una historia de símbolos; eso puede valer para los Rituales de forma harto discutible; pero no puede aplicarse ni de lejos a las Constituciones, que son, en sus aspectos históricos, una verdadera lástima.

El segundo texto incluido en las Constituciones es una adaptación, debida al propio Anderson, sobre los Antiguos Deberes *(Old Charges)* vigentes en la masonería operativa. Es un breve código que comprende aspectos trascendentales como la noción masónica de Dios, y aspectos prácticos, que veremos desarrollados en los Rituales. Esta versión de las Obligaciones ha sido elaborada por Anderson para eliminar las huellas del catolicismo e inscribirlas en el ambiente del protestantismo.

La primera Obligación, redactada con toda seguridad por Anderson, establece que los masones no están obligados, como antaño, a seguir la religión del país en que vivan (clara muestra de que la masonería está por encima de la religión), sino que deben obligarse sólo a «la religión en la que coinciden todos los hombres»; la masonería se convierte en «centro de unión» para todas las confesiones religiosas. Una actitud gnóstica y sincrética que se confiesa con toda claridad.

La segunda Obligación, también de Anderson, se refiere al deber masónico de obedecer a las autoridades y no implicarse en conspiraciones. La Fraternidad masónica debe «rechazar la rebelión y no ofrecer sombra ni motivo de desconfianza política al gobierno presente», es decir, ha de ser gubernamental. Sin embargo, ante un Hermano que se comporte como rebelde, la masonería, sin seguir su proceder, debe mostrar compasión, no expulsarle de la logia y mantener con él una relación indefectible.

Las siguientes Obligaciones describen el régimen interior de las logias. Desde este tercer artículo adopta Anderson, con retoques, las Obligaciones de la masonería operativa. Allí figura la distribución de los masones en los grados de Aprendiz, Compañero y Maestro. En estos preceptos se asumen con carácter simbólico las normas de la masonería operativa. En la importante Obligación sexta, relativa al comportamiento, se prohíbe hablar en las logias sobre religión, naciones o política de Estado; ésta era una cautela para evitar discrepancias en los comienzos de la masonería especulativa, cuando la política dinástica y la religión dividían aún a los masones ingleses, pero la experiencia posterior demuestra que en las logias masónicas las principales conversaciones versaban sobre todo de política y religión, como en la masonería española de los siglos XIX y XX. Hay en esta obligación un expreso reconocimiento del secreto masónico; profesional en la masonería operativa, simbólico en la especulativa.

El tercer texto de las Constituciones se refiere a los Reglamentos Generales, que

fueron compilados y revisados por George Payne, segundo Gran Maestre de la Gran Logia de Londres, que repitió cargo en 1720, fecha de la compilación. El pastor Anderson intervino también en la elaboración de este texto. Son una pieza capital de la masonería especulativa, siguen hoy vigentes en gran parte y se compusieron para la masonería moderna. Los Reglamentos especifican el funcionamiento de las logias. Un candidato, siempre mayor de 25 años, sólo puede ser admitido por unanimidad. La Gran Logia se formará con los maestros y vigilantes de todas sus logias particulares. Las deliberaciones en la Gran Logia se decidirán por mayoría de votos. No merece la pena registrar más detalles de los Reglamentos, que el lector puede consultar en mi citado libro. Tampoco me detendré en la explanación de la cuarta parte de las Constituciones, un conjunto de cuatro himnos masónicos que no llegan ni al talón de un himnario masónico realmente sublime, contenido en *La Flauta Mágica,* del masón católico Wolfgang Amadeus Mozart; una ópera que, como se sabe, describe una iniciación masónica en regla y es arrebatadoramente hermosa. Los himnos masónicos incluidos en las Constituciones (Canción del Maestro, del Vigilante, etc.) son de letra aburridísima y música más bien ramplona; la primera es un intento de proclamar la ya conocida historia masónica de Anderson y a él se debe.

Y esto es lo que da de sí el primer libro sagrado de la masonería moderna, las Constituciones de Anderson. Toda su primera parte, la galopada histórica por la arquitectura universal, no contiene una sola información interesante y casi ninguna verdadera. La segunda parte, las Obligaciones, ofrecen mucho interés, aunque sólo las dos primeras; en las que se describe a un Dios lejano, apartado de la Humanidad, el Dios de los gnósticos; y se considera a la masonería como un sincretismo universal, por encima de cualquier religión concreta. La tercera parte comprende la rutina de los reglamentos; y la cuarta no es más que una sucesión de himnos soporíferos y cansinos.

Los rituales de la masonería operativa estaban transidos de fe cristiana, de invocaciones a Cristo y a su Madre. En el libro sagrado de los masones —todas las obediencias, todas las logias lo consideran así— hay sólo una alusión a la Virgen María para fijar una fiesta masónica; y una sola mención a Cristo como Gran Arquitecto de la Iglesia. Los creadores de la masonería moderna han puesto muchísimo cuidado en suprimir las referencias a Cristo, tan frecuentes en la tradición operativa. Han descristianizado y secularizado la masonería tradicional.

Cuando se compara este farragoso volumen con nuestros libros sagrados del Cristianismo, los Evangelios, tan vivos, tan humanos, tan espirituales, tan penetrados por la idea del Dios viviente y su Hijo que se hizo hombre, no se comprende cómo los masones han abandonado el Evangelio para hundirse en sus aberraciones gnósticas y anticristianas. Pero era preciso que ellos mismos nos lo dijeran. Aunque no nos lo han terminado aún de exponer.

# El desarrollo masónico en el siglo XVIII

A lo largo del siglo XVIII la masonería especulativa según el modelo inglés se extendió por el resto de Europa y saltó también a las dependencias británicas en otros continentes, sobre todo en Norteamérica, siempre bajo dependencia de la Gran Logia de Londres. Sin embargo, sobre la base de la masonería operativa que preexistía también en otras naciones de Europa, la transformación en masonería especulativa se realizó sobre pautas diferentes; la más importante estaba formada por los Grandes Orientes, en varios de los cuales se adoptó el Rito Escocés después de la predicación masónica del caballero Ramsay. Luego, estas dos grandes ramas del tronco masónico, las Grandes Logias y los Grandes Orientes, han coexistido,hasta hoy, con una multitud muy compleja de otras obediencias de diversas denominaciones. Pero bajo todas ellas late un sentimiento de identidad, hasta el punto de que cualquier masón de cualquier obediencia es recibido como Hermano en cualquier logia dependiente de cualquier denominación. La masonería, aunque sea plural, ha conservado hasta hoy un principio de identidad común, y como la religión (pese a ciertas afirmaciones y apariencias), no constituye un valor trascendente de la masonería, que se siente por encima de todas las religiones, esa identidad de fondo se mantiene entre dos obediencias tan dispares como la Gran Logia de Inglaterra, que asume la creencia en un lejano Gran Arquitecto del Universo, y el Gran Oriente de Francia, que en 1877 se desvinculó de cualquier creencia religiosa y dejó a la libertad de sus miembros aceptar o no la existencia de la divinidad.

La obediencia masónica más importante ha sido y sigue siendo la constelación dependiente de la Gran Logia de Inglaterra, emanada de la Gran Logia de Londres, en la que se fundó la masonería especulativa. Cuando Walton Hannah publicó su libro fundamental en 1952, ofrecía datos que nos permiten atribuir hoy a la constelación de la Gran Logia de Inglaterra unos siete millones de miembros en todo el mundo, agrupados en unas diez mil logias registradas, que se hallan en crecimiento constante. Como los masones suelen reclutarse entre los sectores más influyentes de la sociedad, puede deducirse de esas cifras el enorme influjo de la masonería de inspiración británica en todo Occidente porque, como es sabido, la solidaridad masónica, que es innegable, no se refiere sólo a la caridad y ayuda mutua material entre los miembros de la Orden (que es característica) sino también al intento de penetrar y, en lo posible, controlar los cargos y posiciones más importantes en la vida política social, económica, informativa y cultural.

La masonería francesa, muy vinculada en sus orígenes a los masones jacobitas exiliados en Francia, se organizó también en conjunto como Gran Logia, dentro de la cual proliferaron numerosas variantes relacionadas con los Altos Grados que difundía

el caballero Ramsay. Tanto en Inglaterra como en Francia y en casi toda Europa, la masonería recibió en su seno a personas de gran influencia social, miembros de la alta nobleza y hasta de las familias reales. Los reyes de la Casa de Hannover la favorecieron y algunos ingresaron en ella, así como numerosos pares del reino, algunos de los cuales ejercieron como Grandes Maestres. Es probable que el rey Luis XV de Francia se iniciara también, como lo hizo el emperador Francisco de Austria, esposo de la muy católica emperatriz María Teresa. Federico el Grande de Prusia se inició en 1738, dos años antes de acceder al trono. Las controversias y convulsiones dentro de la Gran Logia de Francia la hicieron perder el control de las diversas tendencias hasta que en 1773, en medios de la más alta nobleza del reino, se creó el Gran Oriente de Francia, que muy pronto se convirtió en la obediencia masónica dominante hasta hoy.

El horizonte perenne de todas las ramas y obediencias masónicas ha sido, desde el siglo XVIII hasta hoy, la secularización, es decir, el combate para arrebatar su influencia social a la Iglesia, sobre todo a la Iglesia católica. Luego, en cada uno de sus tres siglos de existencia, la masonería se ha orientado a grandes objetivos específicos. La Gran Logia de Inglaterra, cada vez más identificada con la Monarquía británica y la Iglesia anglicana, se convirtió en la red principal de apoyo para la expansión imperial y las intrigas internacionales del Reino Unido.

Todas las obediencias masónicas del mundo se identificaron con el movimiento de la Ilustración, que no puede entenderse, sobre todo en Francia y en Iberoamérica, sin una dimensión masónica esencial, que también dominó en la masonería de las Trece Colonias. La masonería ha impulsado a la Revolución atlántica en sus tres grandes escenarios: la Revolución americana (en este caso contra los intereses británicos, es la gran excepción), la Revolución francesa y la Revolución hispanoamericana seguida, en su momento, por la brasileña. Las obediencias continentales europeas tuvieron en el siglo XVIII, ante todo, la divisa de la Igualdad; todas las obediencias masónicas del mundo se consagraron, en el siglo XIX, a la expansión del liberalismo;, y la masonería europea y americana se han aproximado, hasta casi la identificación, en el siglo XX a la Internacional Socialista y sus corrientes afines como los *liberals* norteamericanos, de tendencia socialdemócrata. Pero siempre manteniendo, a lo largo de los tres siglos, su objetivo básico: la secularización, que la ha enfrentado a muerte con la Iglesia católica.

# Dos grandes masonerías nacionales contra España

Este libro no es una historia general de la masonería sino que se centra en la historia de la masonería española contemporánea. Sin embargo, estamos atendiendo también en estos primeros epígrafes a los aspectos doctrinales y al desarrollo de la masonería británica y su posterior expansión universal, porque sin esos contextos no comprenderíamos una palabra sobre la trayectoria de la masonería española. Para describir la gestación y evolución de la masonería española nos interesa de forma muy especial el desarrollo de dos masonerías nacionales, la del Reino Unido y la de Francia. Por eso nos estamos fijando preferentemente en ellas.

La implantación de la masonería especulativa al crearse la Gran Logia de Londres en 1717 tuvo mucho éxito entre las logias de Inglaterra, pero no fue aceptada sin oposición por el resto de las logias. En 1751 una agrupación de logias inglesas, más fieles a la tradición operativa y tradicional, constituyeron la Gran Logia de los Masones Aceptados y Libres, pronto motejados como «los Antiguos» en contraposición a «los Modernos», es decir, los adeptos a la Gran Logia de Londres. Que yo sepa ésta es la primera confrontación dialéctica entre «Antiguos y Modernos» que se reprodujo, en los campos político y cultural, en varios países de Europa, sin excluir a España.

Los Antiguos se reforzaron con la adhesión de la Gran Logia de Escocia, creada en 1736 por masones estuardianos y católicos. Sin embargo, la protección real y la afluencia de magnates de la nobleza y los negocios fomentó a lo largo del siglo el predominio de los Modernos hasta que en 1815, en un ambiente de euforia nacional por la gran victoria contra Napoleón, orquestada por el Reino Unido, se logró la fusión de Antiguos y Modernos en la Gran Logia Unida de Inglaterra, que se atribuyó la antigüedad de 1717, el año fundacional de la masonería filosófica. Ésta es la denominación que la Gran Logia de Londres conserva hasta hoy. La separación de los Estados Unidos, cuya independencia, de Washington para abajo, había sido obra de los masones patriotas, mantenía un sabor amargo en el Reino Unido, porque esa gran pérdida pareció hundir al Primer Imperio británico. Pero Inglaterra había comenzado, sin darse punto de reposo, la creación de su Segundo Imperio con la conquista del Canadá francés en vísperas de la Guerra de la Independencia de las Trece Colonias, y la Gran Logia de Inglaterra se puso nuevamente en pie para cooperar en la creación del Segundo Imperio, que sería, como el Primero, de carácter económico y estratégico tanto o más que territorialmente expansivo. La Gran Logia Unida fue imprescindible para la Corona británica en sus esfuerzos para hundir al Imperio español en América, un desastre para España, que se consumó a fines del primer

cuarto del siglo XIX. Y ese esfuerzo imperial continuó hasta la máxima expansión del Imperio británico bajo la reina Victoria y con la ocupación del Imperio colonial de Alemania tras el triunfo aliado en la Primera Guerra Mundial. De esta forma la masonería inglesa intervino muy negativamente en la historia de España desde el final de nuestra Guerra de la Independencia, como veremos con mayor detalle. Sabemos también cómo, en su instrumentación del liberalismo radical europeo, la masonería británica intervino en las convulsiones españolas del siglo XIX.

Una influencia no menos nefasta para España ejerció, desde el fin del siglo XIX hasta el primer tercio del XX, la masonería francesa dominada por el Gran Oriente. La masonería española de los siglos XIX y XX ha sido, según épocas y obediencias, un mero satélite de las masonerías de Inglaterra y Francia, sin excluir del juego, ni mucho menos, a la de los Estados Unidos, que también intervino en la pérdida de América por España, y en el establecimiento del nuevo imperialismo norteamericano sobre el antiguo Imperio español.

Al identificarse con la Ilustración radical a lo largo del siglo XVIII, la masonería francesa preparó cultural, social y políticamente el terreno a la Revolución francesa de los años ochenta, cuya fecha convencional de iniciación es la de 1789, el año siguiente al de la muerte del último de nuestros grandes reyes, Carlos III. La creación del Gran Oriente de Francia en 1773 fue determinante para la intensificación de los trabajos de la pre-Revolución en el reino de Francia.

Los esfuerzos para la guerra de minas contra la Iglesia católica y la ofensiva general contra el bastión cultural de Roma —que era la Compañía de Jesús— fueron obra principal de la masonería establecida, más o menos secretamente, en las naciones regidas por las Coronas borbónicas; el comunista italiano Antonio Gramsci detectó perfectamente la preparación de la Revolución francesa en el campo de la cultura, es decir, por medio de la Ilustración radical que consiguió numerosos e influyentes discípulos en España, Portugal, Nápoles y los Estados Pontificios.

Tiene toda la razón en este caso el padre Ferrer Benimeli cuando se asombra del elevado número de católicos, sacerdotes y obispos que se habían iniciado en la masonería —sobre todo en Italia y Francia—, durante la segunda mitad del siglo XVIII, pese a las duras condenas pontificias contra la masonería que inició el papa Clemente XII en fecha muy temprana, 1738, la época del discurso de Ramsay y, la primera expansión masónica en Francia. En cambio cada vez comprendo menos la actitud de ese distinguido investigador jesuíta hacia la masonería del siglo XVIII, que consiguió la expulsión y supresión de su Orden; contra la que ha seguido luchando de forma implacable al resucitar la Compañía a principios del siglo XIX, hasta casi nuestros días, cuando ha arraigado —insisto, inexplicablemente— una rama pro-masónica en la Orden ignaciana, cuya implantación coincidía con los principios de la degradación y el desmoronamiento de la Compañía de Jesús en este siglo. El combate cultural de los jesuítas contra los ilustrados a finales del siglo XVIII —no contra la

Ilustración, porque los jesuítas de esa época eran aún más ilustrados que sus enemigos— es una de las grandes gestas culturales de todos los tiempos y desde hace años vengo acariciando la idea de dedicarle un estudio monográfico de envergadura. Los jesuítas acorralaron a sus enemigos, ridiculizaron con armas culturales a los enciclopedistas e incluso, ya expulsos y suprimidos, defendieron el honor de su Orden asesinada en obras colosales como la del padre Agustín Barruel, el gran *bestseller* entre los siglos XVIII y XIX, sobre el que ha caído, por iniciativa masónica, una montaña de silencio y descalificación que habrá de ser dinamitada.

La masonería ganó la batalla gracias a su maquiavélica infiltración en las Cortes borbónicas y sobre todo a su actuación en la Curia romana, donde consiguió la elección de un papa indigno y cobarde, Clemente XIV. Los jesuítas del XVIII, a quienes sus enemigos de la Ilustración radical trataron de menospreciar como *ultramontanos* —los de más allá de los montes, los Alpes, los jenízaros del Papa— fueron traicionados por el Papa, pero el puñal que les ejecutó por la espalda era la espada flamígera que portaban los Hijos de la Viuda. ¿Por qué entonces un tenacísimo núcleo de jesuítas franceses y españoles combaten hoy contra sus gloriosos hermanos del siglo XVIII como aliados de la Ilustración radical y la masonería? ¿No se dan cuenta del escándalo y la confusión que producen cuando desprecian al papa León XIII y al cardenal Ratzinger, que mantiene la línea de León XIII frente a la masonería? A mí me honra participar, desde hace muchos años, en ese mismo combate, pero en el campo de los jesuítas del XVIII, no de sus acomplejados hermanos de nuestros días, que parecen alienados por el síndrome de Estocolmo en versión histórica.

Si la masonería británica determinó en gran medida durante el siglo XIX la pérdida de América para España y las convulsiones del liberalismo radical (por ejemplo las revoluciones liberales de 1848 y 1868 llevan la marca masónica indeleble), así como el reinado del único monarca masón que ha tenido España, don Amadeo I de Saboya, y el período tragicómico de la Primera República, la masonería francesa, a través de la Gran Revolución de 1789, es responsable de las dos agresiones sufridas por España en la época que siguió inmediatamente, la de la Convención y la napoleónica. Napoleón expulsó a los Borbones de España en 1808 e impuso a un rey intruso y aborrecido por los españoles, José I, Gran Maestre de la masonería francesa y segundo creador de la española, la de obediencia bonapartista, que, tras la derrota napoleónica, cedió el paso a la de obediencia británica que se impuso en España durante el siglo XIX.

Pero a lo largo del XIX la masonería europea se divide en dos corrientes muy poderosas que alcanzan también una importante repercusión en España. Por una parte la masonería de carácter burgués, heredera de la Ilustración, que influye de forma creciente en la época de la Restauración posnapoleónica, en la Monarquía liberal y masónica del rey Luis Felipe de Orleans a partir de la caída de los Borbones en 1830

y en el Segundo Imperio, de carácter masónico, encabezado por un masón tan notorio como Luis Napoleón Bonaparte, que se casa con una dama española, Eugenia de Montijo, vástago de un tronco nobiliario de raíces también masónicas; el conde de Montijo es uno de los masones más característicos a principios del siglo XIX.

La corriente masónica radical se desborda impetuosamente en sentido revolucionario, sirve como uno de los fundamentos principales de la Primera Internacional, que desemboca en el anarquismo militante y provoca en Francia el movimiento que estalla por fin en la Comuna de París en el año 1871, tras la caída del Segundo Imperio. Una gran parte de las logias de París participa con sus banderas masónicas en las grandes manifestaciones de la Comuna, que inundan las grandes avenidas de la capital francesa.

La masonería burguesa dirigida por el Gran Oriente de Francia es el alma de la Tercera República y la impulsa a la lucha absoluta contra el nuevo intento de Restauración monárquica y contra la Iglesia católica. En 1877 el Gran Oriente de Francia elimina por votación mayoritaria a Dios, la palabra y la idea de Dios, de sus rituales, que ya no se dedican a la gloria del Gran Arquitecto del Universo; Dios y la religión quedan relegados exclusivamente a la creencia personal de cada masón, lo cual produce un rompimiento grave entre el Gran Oriente de Francia y la Gran Logia de Inglaterra, que sigue manteniendo el horizonte deísta establecido en las Constituciones de Anderson. Pero a pesar de esta seria disensión, la unidad masónica fundamental no se rompe; la Gran Logia Unida de Inglaterra sigue considerando como Hermanos a los afiliados del Gran Oriente de Francia y admitiéndoles a sus sesiones.

La masonería de cualquier obediencia está por encima de cualquier religión. Esta evolución de la masonería francesa influye de forma decisiva en el desarrollo de la española. Por una parte la masonería revolucionaria impregna el ideario destructivo del anarquismo español; entre los anarquistas más famosos de España al comenzar el siglo XX destaca el «insigne pedagogo» Francisco Ferrer Guardia, a quien don Miguel de Unamuno llamó, con menos remilgos, «tonto, loco y criminal cobarde», amigo y colaborador de Mateo Morral, el orate que lanzó su bomba contra los reyes Alfonso XIII y Victoria Eugenia cuando llegaban al tramo final de la calle Mayor el día de su boda, en 1906. Luego Ferrer, gran animador de la Semana Trágica en la Barcelona de 1909, fue juzgado y ejecutado de acuerdo con la legislación vigente, en medio de un escándalo ensordecedor organizado contra España por la masonería europea.

La otra corriente de la masonería francesa, la masonería burguesa, era el alma del liberalismo radical, que como en el caso de la italiana, agudizó la lucha a muerte contra la Iglesia católica al agudizar hasta el paroxismo las tendencias radicales de la Tercera República, que expulsó a la Iglesia de la enseñanza, anuló, ya en los comienzos del siglo XX, el Concordato que había concertado un siglo antes Napoleón y suscitó en todo el mundo occidental una oleada de anticlericalismo en la que cabalgaron, como jinetes del Apocalipsis, los liberales españoles de origen

progresista. Estos liberales trataron de llevar a cabo los permanentes propósitos masónicos de secularización en dos etapas; durante las dos primeras décadas del siglo XX con exacerbación anticlerical; y en la Segunda República desde 1931, con actitud persecutoria cada vez más desbocada y sangrienta, que desembocó inexorablemente en la gran persecución contra la Iglesia católica que se desencadenó durante la Guerra Civil de 1936. Con esto queda perfectamente en claro la influencia que, a través de la masonería española, ejercieron las de Inglaterra y Francia en los destinos de España desde 1789 a 1939. No se puede escribir la historia de España en los tres últimos siglos sin tener muy en cuenta el influjo masónico; no se trata de una discusión esotérica o académica, sino de la misma entraña de la historia española.

Para completar el panorama de las influencias masónicas europeas sobre España nos falta la masonería italiana. La Casa de Saboya, que reinaba en el Piamonte y Cerdeña al restablecerse las Monarquías de Europa tras el turbión napoleónico, encabezó los combates en favor de la unidad de Italia, cuyo obstáculo final y principal eran los Estados Pontificios, regidos por el papa Pío IX en su largo pontificado. La Casa de Saboya era un bastión del liberalismo burgués, que recibió la ayuda del liberalismo radical y revolucionario del sur encabezado por el aventurero Giuseppe Garibaldi, miembro también de la masonería. Al identificarse con el liberalismo de todas clases, la masonería italiana se enfrentó con el poder temporal de la Iglesia, que se confundía indebida, pero inevitablemente, con el poder espiritual; aunque no todo el liberalismo se sentía enemigo de la Iglesia —por ejemplo, los liberales moderados de España habían acudido en ayuda del Papa acosado mediante la expedición militar de 1849—, la lucha por la supervivencia de los Estados Pontificios se concibió como un nuevo combate ente el liberalismo anticlerical y la Iglesia católica. Era una simplificación excesiva, pero también un sentimiento general. La reina Isabel II de España, muy devota de la Santa Sede, trató de evitar el reconocimiento del reino masónico de Italia pero al final tuvo que ceder por exigencia de sus propios gobiernos liberales. Y esa pobre Reina, juguete de las banderías políticas que trataban de tomar posiciones en su propia alcoba, mediante la selección politizada del favorito de turno, cayó en 1868 víctima de una Revolución con fuertes tintes masónicos, sólo dos años antes de que cayeran los Estados Pontificios y la ciudad de Roma en manos del reino masónico de Italia, en 1870.

Al año siguiente vino a reinar en España un rey masón de esa misma Casa de S aboya, que se vio obligado a abdicar en 1873, por lo que se proclamó una Primera República, ultraliberal y masónica, que cayó a fines de 1874 por el empuje y la organización de un gobernante liberal moderado, Antonio Cánovas del Castillo, creador de la Primera Restauración, que recuperó la paz con la Iglesia.

Para que la masonería italiana volviese a influir en la vida española habría que esperar hasta nuestros días, cuando en los primeros años noventa un distinguido masón, el banquero don Mario Conde, a quien habían favorecido importantes miembros de la masonería italiana para su ascenso irresistible, fue investido doctor

*honoris causa* por la Universidad de Madrid a petición y en presencia del rey de España don Juan Carlos I. Don Mario Conde no pudo evitar su caída poco después (por motivos más bien políticos que financieros, según parece), pero aquella investidura fue su gran momento de gloria. Sin embargo, en la reveladora fotografía del acto, la figura dominante no es la del Rey, sino la de un respetable caballero de luenga barba que resultó ser el señor Di Bernardo, miembro, teórico e historiador de la masonería italiana, que había pasado del Gran Oriente al Gran Maestrazgo de la Gran Logia de Italia. Aunque ésta sea una historia posterior.

# El gran secreto masónico: la Palabra Perdida

Nos falta solamente estudiar un punto de la teoría masónica —un punto esencial— antes de volver a la presentación de varias épocas históricas de la masonería española: me refiero al célebre secreto masónico, sobre el que se han estancado océanos de tinta. Creo que es del jesuita filomasón Ferrer Benimeli la arriesgada afirmación de que «el secreto de la masonería consiste en que no hay secreto». No lo entiendo, porque al leer los Rituales y las Constituciones, el secreto masónico, «nuestros secretos», está apareciendo de forma continua; al formularse los juramentos de los diversos grados se enumeran castigos terribles contra los violadores del secreto y, una de dos, o el secreto existe o todas esas afirmaciones no pasan de ser una tomadura de pelo.

Pues bien, el secreto existe y es de varias clases, aunque una de ellas me parece esencial. Hay un secreto masónico que cierra a los profanos el conocimiento de los grandes libros masónicos; por ejemplo los Rituales no se pueden poner por escrito, han de memorizarse para su utilización en las logias y debe evitarse por todos los medios que caigan en manos profanas, es un precepto formal de las Constituciones. Existe también un secreto de orden personal: hay masones que se confiesan como tales, pero la masonería no presenta listas de miembros ni revela el nombre y el grado de los afiliados a cada una de las logias. Cierto que ese secreto está hoy relativamente relajado respecto de los primeros tiempos u otras épocas de persecución, cuando ser masón podía acarrear grandes condenas y perjuicios. Pero que la masonería sigue siendo una sociedad secreta en nuestros días, lo creo indudable.

El secreto masónico existe pero en cierto sentido me parece contradictorio. Porque hay una pretensión masónica particularmente irritante, que consiste en afirmar, como hacen unánimemente todos los masones en su conversación y en sus libros, que los profanos, por mucho que se esfuercen, no serán jamás capaces de comprender los fundamentos de la masonería, sólo accesibles a los iniciados que han recibido la Luz. Esta es una afirmación conocidísima de la gnosis; el conocimiento de los misterios gnósticos sólo es posible para los iniciados y escapará siempre a la captación de los profanos. Digo que esta pretensión, que constituye una prueba palmaria de la identidad entre masonería y gnosis, es irritante porque o bien comporta un elemento sobrenatural en los escritos y rituales masónicos (que por definición son enteramente ajenos a cualquier rasgo de sobrenaturalidad, y sólo se guían por la racionalidad) o bien nos considera a todos los no masones como una especie de retrasados mentales, aunque nos hayamos quemado las cejas en el estudio de la masonería en contextos de historia comparada; porque, pese a nuestros esfuerzos,

somos metafísicamente incapaces, según los masones, de comprender lo que un aprendiz masón conoce perfectamente una vez situado en la Oscuridad Visible. Es decir, que este secreto sobre la incomprensibilidad y la inefabilidad de la doctrina masónica es un rasgo gnóstico y, además, una estupidez palmaria.

Otro secreto masónico comprobado por la historia y documentado abundantemente en los numerosos documentos masónicos a los que, por diversos motivos, tenemos acceso, es todo lo que se refiere a las actividades políticas de la masonería, de las que ya he ofrecido abundantes ejemplos. Vimos cómo las Constituciones de Anderson prohíben formalmente a los masones el tratamiento de los asuntos políticos y religiosos; pero ahí está el monumental libro de la profesora Gómez Molleda para demostrar, sin género de dudas y con documentación masónica irrebatible, la insistente y decisiva intervención institucional de la masonería en la política secularizadora de la Segunda República española y en otros asuntos políticos del momento.

Pero hay un secreto principal y fundamental que se refiere a la propia esencia de la masonería y que voy a exponer con toda claridad: el secreto del Arco Real y la Palabra Perdida.

Hacia 1740, impulsados por las predicaciones del caballero Ramsay sobre el Rito Escocés, los masones de la Gran Logia de Francia empezaron a cultivar los que se llamaron Altos Grados masónicos[18]. Lo de menos es que el origen de los Altos Grados, que se identifican con el Rito Escocés, provenga de una obediencia escocesa o de la inspiración de las logias jacobitas exiliadas en Francia. El caso es que una serie de nuevos grados llamados Altos, desbordaron la sencillez inicial de los grados simbólicos, que son los tres primeros, Aprendiz, Compañero y Maestro, provenientes de la masonería operativa. Ya hemos dicho que en la Gran Logia de Inglaterra los grados primitivos eran sólo los dos primeros; el Maestro era el Compañero elegido para presidir la logia y —seguramente por inspiración francesa— se convirtió en grado independiente y superior con desdoblamiento y ampliación del ritual del Compañero. La proliferación de nuevos grados en las logias francesas no fue controlada por la Gran Logia de Francia y se extendió rápidamente hasta que cristalizó en los 33 grados del Rito Escocés, que fue aceptado por los nuevos Grandes Orientes y luego adoptado por una especie de sección aparte de la Gran Logia de Inglaterra que hasta hoy, sin embargo, ha mantenido para la inmensa mayoría de sus afiliados la jerarquía primordial de los tres grados simbólicos.

Entre los Altos Grados —en cuyo despliegue no cabe entrar en este libro, porque además el problema se debate en explicaciones muy divergentes— existe uno de caracteres muy especiales: el que dentro de la escala hoy generalmente aceptada para el Rito Escocés ocupa el número 13 y se denomina Caballero del Arco Real. Este grado ofrece la particularidad, realmente excepcional, de ser el único de los Altos Grados que —importado de la masonería francesa— se ha consolidado dentro de los rituales de la Gran Logia de Inglaterra con el nombre de *Royal Arch* o Arco Real,

pero aparte del Arte, *The Craft*, o serie de los tres grados simbólicos; respecto de éstos es un Cuarto Grado, pero con más propiedad es una nueva y más sublime masonería, diferente y superior al Arte. Para nosotros el Arco Real adquiere un especialísimo significado porque su contenido y sus rituales son comunes a todas las obediencias masónicas de hoy, tanto las Grandes Logias como los Grandes Orientes. Yo conocía esta aceptación general sólo por deducción, pero en un debate radiofónico, al que ya me he referido, con el Gran Maestre de un Gran Oriente español, en el programa que dirigía Antonio José Ales en la red de emisoras Onda Cero, el dignatario masónico no solamente me confirmó ante miles de oyentes lo que acabo de decir sobre la universal aceptación del Arco Real, sino que añadió además que mi traducción —que logré con grandes esfuerzos— del ritual vigente hoy en la Gran Logia de Inglaterra se estaba utilizando en España para los trabajos del Gran Oriente. Por supuesto, sin mencionar mis comentarios críticos, como es lógico; pero mi traducción fue cubierta de elogios en aquel programa y por tan elevada autoridad masónica.

Pues bien, como se dice en los rituales del Arco Real, este grado o nueva masonería es «verdaderamente denominado la esencia de la masonería». Más aún, la misma fuente nos dice que «la masonería del Arco Real es a la vez, simultáneamente, el cimiento y la piedra clave de toda la estructura masónica». Por supuesto que el Supremo Gran Capítulo del Arco Real tiene su sede en el mismo edificio de la Gran Logia de Inglaterra.

El supremo simbolismo del Arco Real se identifica con uno de los grandes misterios masónicos, el de la Palabra Perdida. En los rituales del Tercer Grado, que traduzco y presento también en mi citado libro, se dice que la Palabra Perdida la poseía solamente Hiram Abif, el arquitecto principal del Templo de Salomón, como uno de sus principales secretos —el más importante de todos—, que se perdieron cuando fue asesinado por tres masones traidores. Desde entonces los Compañeros del Maestro asesinado siguieron buscando la Palabra Perdida, a la que por orden de Salomón sustituyeron por palabras provisionales y signos «casuales» que iban surgiendo durante la búsqueda del cadáver de Hiram Abif. Recientemente he visto una convincente explicación del mito de la Palabra Perdida en el libro de R.W. Mackey —un distinguido y erudito masón—, *El simbolismo francmasónico*[19]. Para ese autor la Palabra Perdida, que se identifica con el Verdadero Nombre de Dios, se perdió dos veces; en la más remota antigüedad, durante la dispersión tras el fracaso de la Torre de Babel; y con el asesinato del Maestro Hiram Abif. Al seguir estas explicaciones no estoy discutiendo su autenticidad histórica, porque pertenecen a la leyenda edificada sobre algunos datos auténticos de la Biblia; lo que hago es exponer la tradición masónica para comprender lo que los masones piensan sobre la masonería, que es uno de mis objetivos principales en este libro. La explicación simbólica de Mackey me parece de suma importancia. «La multitud idólatra —dice— perdió la Palabra, asesinó al Constructor y suspendió las obras del Templo

espiritual». Pero aquella palabra primordial se vincula también —como los orígenes de la masonería— a la primitiva religión o pre-mitología pagana: «Los Misterios del mundo pagano no son sino restos de la primitiva religión pelásgica» como un rechazo a los nuevos dioses del panteón helénico que luego pasó al romano. Por tanto, toda la historia legendaria de la masonería, desde los misterios egipcios a las aportaciones de los filósofos, es una búsqueda de la Palabra Perdida. Por eso resulta tan importante el rito del Arco Real, que se dedica íntegramente a la búsqueda y encuentro de esa Palabra.

El ritual del Arco Real es mucho más interesante que los tediosos rituales de los tres grados simbólicos. Es una escenificación muy viva, a la manera de los autos sacramentales, con personajes muy definidos y una acción cuajada de símbolos y sorpresas. Por lo pronto, la cronología se formula ya de manera diferente; no se habla de A.D. *(Anno Domini,* Año del Señor), como hacía Anderson en las Constituciones, sino de «Era actual», para evitar la más mínima mención al nombre de Cristo, lo que comprenderá el lector cuando compruebe el significado de la Palabra Perdida. En medio siglo la masonería especulativa se había descristianizado casi por completo. Los tres actores principales, llamados Josué, Nehemías y Zorobabel, ocupan las tres Cátedras que explican las lecciones del Arco Real. Ellos forman parte, con algunos auxiliares o temporeros y algunos maestros venidos de Babilonia para la búsqueda, de la expedición enviada por Salomón para encontrar el gran secreto de Hiram Abif, la Palabra Perdida. Excavan en el lugar donde creen que se encuentra el centro del Templo en ruinas y hallan un pasadizo que les conduce, con muchísimos trabajos, a una cámara secreta que resulta ser el Santo de los Santos, el lugar del Templo donde residía la divinidad.

La clave de todo el Arco Real, que sustenta la sagrada bóveda en cuyo centro aparecerá la Palabra Perdida, se describe en la lectura mística, a cargo de Zorobabel, que se pronuncia después de la lectura histórica y la lectura simbólica. Dice Zorobabel que en el centro de la cámara abovedada se alzaba un bloque de mármol blanco labrado en la forma del Altar del Incienso, un cubo doble sobre el que descansa una Placa de Oro. Sobre el frontal estaban grabados los nombres de los Grandes Maestros: Salomón, rey de Israel; Hiram, rey de Tiro, e Hiram Abif, el constructor. Sobre la placa de oro hay grabados un círculo y un triángulo. El círculo significa la eternidad de Dios y lleva inscrito en su interior el nombre que los judíos daban a Dios, Jehovah. El triángulo es el símbolo pitagórico (ya tenemos a Pitágoras en el mismo corazón secreto de la masonería suprema). Pues bien, inscrita en el Triángulo (que es un símbolo pitagórico y por tanto precristiano, es decir, no cristiano, pagano) está el Verdadero Nombre de Dios, que se expresa con las tres sílabas JAH-BUL-ON. Esta es la Palabra Perdida, la explicación suprema de Dios según la masonería. En la misma lectura mística se revela clarísimamente el significado de cada sílaba. JAH, abreviatura de Jahveh, es el Dios de los caldeos (¡) y los judíos, el Dios Verdadero, que aceptan también los cristianos. BUL es la

abreviatura siríaca de Baal, el sanguinario dios de asirios y fenicios, el dios de bronce ardiente a cuyo vientre abierto se arrojaba en sacrificio a los niños. ON es la abreviatura egipcia de Osiris, el dios fundamental de la teogonía egipcia. Es decir que para la masonería— en el momento más profundo y sagrado de sus rituales, en el corazón del Arco Real, cifra de toda la masonería—, y así lo aceptan todas las obediencias, el verdadero Dios es la combinación del Dios cristiano, el dios sirio-fenicio y el dios egipcio: el Dios verdadero y los dos grandes dioses-ídolos del paganismo y sus misterios.

Walton Hannah acumula testimonios de masones insignes sobre la autenticidad de estos significados, que no necesitan probarse más; se explican más que suficientemente en el ritual del Arco Real y el momento cumbre de la ceremonia. Para mí ésta es la prueba decisiva del carácter gnóstico, la raíz y la confesión pagana de la masonería especulativa. No caben términos medios. O se acepta el rito del Arco Real —como hacen todos los masones de todas las obediencias— y con ello el sincretismo pagano y gnóstico— o no se acepta, y entonces quien lo haga no puede ya considerarse masón. Muchos masones, entre ellos numerosos obispos anglicanos, han abandonado la masonería al comprobar, gracias a Walton Hannah, lo que se esconde bajo la Palabra Perdida según el ritual supremo de la Orden. Ni una sola protesta se ha alzado contra la publicación del rito del Arco Real en mi libro. No es posible la protesta, no cabe más que la aceptación pagana y gnóstica o el repudio de la masonería por flagrante blasfemia. Por eso la masonería del Arco Real, cifra y sublimación de toda la masonería, es incompatible con el nombre de Cristo.

Cuando estudié a fondo el rito del Arco Real y su significado inequívoco comprendí que la opinión dé la Iglesia católica sobre la masonería pasaba, ante mi conciencia, a un lugar secundario. La Iglesia no puede aceptar una confesión, una sintonía con el paganismo. Ya veremos que la Iglesia sigue condenando a la masonería; pero si un eclesiástico, como Ferrer Benimeli, que además es jesuíta, compañero de Jesús, sigue aceptando la compatibilidad entre la Iglesia católica y la masonería, necesariamente miente. Miente él o miento yo. Si cree que soy yo quien lo hace, dígame dónde. Dígame que este ritual del Arco Real es falso, y él sabe muy bien que no. Pues entonces, so pena de gravísimo escándalo para los demás cristianos, cállese de una vez, por favor.

# El general Franco y el fundador de la masonería española, duque Felipe de Wharton

Los antifranquistas profesionales no lo saben, pero el general Franco, que había chocado duramente con la masonería durante las campañas de África (por cierto que su presunta iniciación masónica, que algunos afirman, es una pura patraña) le tenía una aversión profunda por dos motivos: en las logias españolas se hacían trampas para favorecer la promoción de los oficiales y jefes masones por motivos ajenos a sus méritos y ejecutoria militar; y además la masonería había incidido muy negativamente en la historia de España a partir del siglo XVIII y especialmente en el Desastre de 1898. La experiencia de Franco, el oficial más distinguido del Ejército de África, con la masonería es indudable; y esas dos tesis que cimentaban su aversión están perfectamente fundadas, como en parte conoce ya el lector. Un dato más: la información de Franco sobre los manejos de la masonería en nuestro tiempo, de los que hay pruebas patentes en la documentación inédita que ha publicado en varios volúmenes la Fundación Francisco Franco, era muchas veces atinada. Otra cosa es la interpretación de Franco sobre las actividades masónicas y sobre la intervención masónica en la historia de España; en uno y otro campo esa interpretación suya me parece demasiado simplificada, pero sería ridículo negar la calidad de su información, por ejemplo, en el caso de la enemistad jurada con que le distinguió el presidente de los Estados Unidos, Harry S. Truman. Luego diré algo sobre la persecución que Franco desató contra la masonería después de julio de 1936, en la que cometió graves errores e injusticias. Pero ahora me interesa describir al lector un capítulo realmente extraño en la historia de la masonería española: la insólita relación personal de Franco con las cenizas del duque de Wharton, probable fundador de la masonería en España, que había sido Gran Maestre de la Gran Logia de Londres, y sería Gran Maestre de la masonería francesa, de la que puede considerarse fundador.

Franco se interesó mucho por la figura del duque de Wharton, a quien dedicó uno de los artículos publicados en el diario *Arriba* con el seudónimo de *Jakin Boor,* que luego se editaron juntos en el libro titulado sencillamente *Masonería*[20], donde comete algunos errores sobre Wharton y sus circunstancias, pero se nota que ha estudiado seriamente su personalidad. Mi amigo Gonzalo Fernández de la Mora cree que *Jakin Boor* no era Franco sino algún colaborador muy próximo; es casi lo mismo, porque en todo caso esos trabajos se publicaron bajo la directa supervisión de Franco, que tuvo la humorada de incluir al señor *Boor* al final de una relación comunicada tras una de sus jornadas de audiencia en el palacio del Pardo. El episodio final de la relación Franco-Wharton ocurrió precisamente en 1952 y de su autenticidad estoy en condiciones de dar fe. El lamentable escritor a quien he citado como monaguillo del

padre Ferrer Benimeli dice algunas tonterías sobre mi estudio anterior del duque de Wharton. Es natural, en la superficialidad y la deformación consiste el aspecto más sustancial de su metodología. La información del jesuíta Ferrer Benimeli —a quien cité en mi trabajo— es muy superior a la de su monaguillo[21], aficionado en demasía al plagio y a la falsedad.

Felipe de Wharton nació en 1698, Hijo de Thomas Wharton, cofundador del partido *whig;* hizo, como era habitual en la nobleza y alta burguesía británica, el *Grand Tour* de Europa, y en 1716 prestó fidelidad al pretendiente Estuardo, pero al regresar a Inglaterra el rey Jorge I de Hannover le nombró lord lugarteniente de Irlanda, donde se comportó como fervoroso antipapista. Jorge II le creó duque de Wharton y él se dedicó, con su banda de amigos, a organizar grandes escándalos sociales, que se planeaban en una agrupación de libertinos y juerguistas en el Club del Fuego del Infierno. Se inició en la Gran Logia, de la que fue elegido Gran Maestre en 1722. Cuando fracasó en su intento de reelección se propuso ridiculizar a la masonería, y al año siguiente regresó al continente y a la obediencia estuardiana. En 1726, durante su estancia en Madrid, se convirtió al catolicismo por el amor de una joven irlandesa, María Teresa O'Neill, y en 1728 creó en Madrid la primera logia española, llamada de Las Tres Flores de Lis o Matritense, en la calle Ancha de San Bernardo, número 17. A fines de ese año regresó a Francia donde federó al disperso conjunto de logias francesas, por lo que también se le considera fundador de la masonería francesa organizada[22]. Ligou, sin embargo, se equivoca en la fecha de la muerte de Wharton, que acaeció en 1731.

Estuve hace un par de años en el monasterio de Poblet (mi primera visita tuvo lugar en 1980), donde la persona que denominaré Guía 1, para no revelar su nombre, me dijo que el padre Ferrer Benimeli había estado allí con el mismo fin qué yo, obtener información sobre el duque de Wharton, que allí murió y fue enterrado. «Investigo —dijo, para justificar su interés— la historia de la masonería, naturalmente a favor de la masonería». Yo procuro hacerlo a favor, exclusivamente, de la historia.

El joven duque era de personalidad inestable y aventurera. Pasó del bando de los Estuardos al de los Hannover y del partido *whig* (los liberal—progresistas de la época) al partido *tory* de los conservadores. Alto, distinguido, adorado por las mujeres y casado secretamente con la hija de un general, que murió pronto, por lo que pudo casarse con Teresa o’Neill, juró de nuevo lealtad a los Estuardos, que no pudieron ofrecerle ocupación digna aunque sí un nuevo ducado, el de Northumberland. Solicitó del rey Felipe V de España un mandó en el primer asedio de Gibraltar. Al regresar a Madrid se le concedió el empleo de coronel agregado en el regimiento Hibernia, mientras la corte británica le declaraba reo de alta traición.

Volvió a fracasar en sus gestiones para incorporarse a la corte exiliada de los Estuardos y en 1728 negoció personalmente en París con el entonces embajador Walpole, que se negó en redondo a sus demandas, y le ordenó que volviese a

Inglaterra para pedir el perdón del Rey. No quiso hacerlo y por ello fue proscrito para siempre y confiscados los bienes que le quedaban. No le valió haber fundado la Gran Logia de Francia, de donde huyó, acosado por las deudas, para incorporarse, como único medio de vida, a su regimiento español. Se encontraba enfermo y agotado pese a su juventud y después de un permiso para tomar las aguas en Esplugas de Francolí se reincorporó a su regimiento en Tarragona. Sufrió una recaída y cuando volvía al balneario cayó mortalmente enfermo en el camino, cerca del monasterio de Poblet, donde los monjes del Císter le acogieron con su habitual despliegue de caridad cristiana. Allí se fue extinguiendo hasta que murió con el hábito del Císter el 31 de mayo de 1731. Pero la aventura de sus restos es comparable a los vaivenes de su ajetreada vida.

Fue enterrado en la capilla del Santo Sepulcro y sobre su tumba se colocó una lápida en latín con sus títulos encabezados por los de duque, marqués y conde de Wharton. La bella duquesa viuda casó después con uno de los primeros nobles españoles, en cuya familia rebrotó la masonería, el general conde de Montijo.

La batalla sobre la tumba de Wharton empezó pronto. Un historiador francés, Fay, miente al decir que en la lápida de Wharton figuraba su título de Gran Maestre de la Gran Logia de Inglaterra. Muchos le reprochan su desobediencia a la Iglesia por fundar la masonería española, pero el duque murió en 1731 y la primera condena papal contra la masonería no tuvo lugar hasta 1738. En su librejo de miscelánea masónica, el monaguillo del padre Ferrer le atribuye toda la paternidad de mis datos sobre las cenizas y la tumba definitiva del duque de Wharton, que Ferrer no había visto antes que yo, no sé si después; pero es que el monaguillo, escritor contradictorio si los hay, es capaz de mentir flagrantemente, aunque ni así consigue vender más de una docena de sus farragosos libros. Voy a contarle de nuevo la historia, por si logra enterarse con una lectura más reposada.

El mismo año 1952 en que publicaba, o alentaba la publicación de su libro sobre la masonería, Franco, para decirlo con frase que me copia descaradamente el monaguillo citado (y es que la letra impresa da estos disgustos con efecto retardado a los cantamañanas como él), dio una orden personal, tajante y secreta al abad general del Císter: desenterrar las cenizas del duque de Wharton y aventarlas para siempre. Los testigos, a quienes prefiero llamar Guía 1 y Guía 2, confirman de lleno esta terrible orden, cuyo sentido me explicaron, en Poblet y en Barcelona, con todo detalle. Y es que en la primavera de 1952 el general Franco, que había logrado superar los años del hambre y la penuria y estaba a punto de conseguir el reconocimiento de 1953 por parte del Vaticano y los Estados Unidos, decidió viajar a Barcelona para asistir al Congreso Eucarístico y quiso aprovechar ese viaje para un ajuste de cuentas personal con el fundador de la masonería española. Su artículo, con buena información parcial pero de exagerada hostilidad hacia el duque de Wharton, se había publicado dos años antes.

El 28 de mayo de 1952 Franco llegó a Barcelona en circunstancias que me copia

con su habitual descaro el monaguillo de marras, y asistió al Congreso Eucarístico, que glosó en crónicas encendidas el jesuíta José María de Llanos, a punto ya de convertirse al comunismo pero que no dudaba en mostrarse más franquista que Franco cuando lo creía conveniente. Según mi Guía 1 (que para tranquilidad del monaguillo diré que es un importante monje de Poblet, con quien recorrí detenidamente el monasterio) de entre las altas e importantes conversaciones entre bastidores del Congreso Eucarístico (todos los datos que siguen no aparecen en una sola publicación del padre Ferrer), hubo una que no registraron las ardientes crónicas del padre Llanos. Resulta que el maravilloso monasterio de Poblet, tras sufrir la invasión francesa en la Guerra de la Independencia, quedó vacío y abandonado en 1835 por la desamortización liberal y así permaneció, como una sombra medio ruinosa, hasta que Franco decidió restaurar allí la vida monástica con una comunidad cisterciense venida de la abadía francesa de Fontfroide, donde murió en el siglo pasado san Antonio Maria Claret. Se formó un benemérito patronato para la reconstrucción y restauración del histórico recinto y de los panteones reales de la Corona de Aragón, bajo la presidencia de un prócer, don Eduardo Toda, que con otros ilustres catalanes venía preservando al monasterio de la ruina total ya desde los años treinta; y uno de los actos más importantes del séptimo viaje de Franco a Cataluña sería precisamente la inauguración de los panteones reales de Poblet, admirablemente restaurados por el gran escultor Federico Marés. Precisamente para acompañar a Franco en esta peregrinación histórica y fúnebre asistía al Congreso Eucarístico de Barcelona el abad general del Císter, dom Mateo Quatenberg, con quien Franco mantuvo una larga conversación sobre el inminente acontecimiento. (Ya ve el monaguillo cómo doy nombres concretos; no tengo la culpa de que él no sepa leer.) Para asombro del abad general, el Generalísimo le planteó, después de todo lo que había hecho por la restauración de Poblet, una exigencia terminante:

«Lo que yo no puedo hacer en modo alguno es honrar a tan ilustre dinastía real española —entre sus reyes estaban Jaime I y Fernando de Antequera— sin que antes desaparezcan del monasterio las cenizas del fundador de la masonería española, duque de Wharton, que deben ser aventadas inexorablemente». El abad general apenas pudo replicar, presa del asombro, que aumentó cuando el jefe de la Casa Civil, marqués de Huétor de Santillán, se acercó a él por orden de Franco inmediatamente después de la entrevista: «Señor abad general, sáquenlo de allí. Va en serio, va en serio». Debo añadir un detalle sobre este testimonio comunicado por el Guía 1 y corroborado por el Guía 2: el jefe de la Casa Civil, Ramón Diez de Rivera, marqués de Huétor de Santillán, era mi tío, casado con una hermana de mi madre. Y es ya un segundo nombre, señor monaguillo.

Faltaban pocos días para la visita de Franco y el abad general comunicó la orden, muy a su pesar, al prior de Poblet, padre Gregorio Jordana (el tercer nombre, monaguillo), quien refirió luego punto por punto el episodio a mi Guía 1. El prior no lo dudó un momento: aventar las cenizas de un católico muerto piadosamente en

1731 y enterrado con el hábito del Císter le parecía una enormidad. Entonces ideó un plan, que se puso en práctica inmediatamente con la ayuda de mi Guía 2, que por cierto es un notable historiador.

El fervor católico de Barcelona y la adhesión de la ciudad a Franco, con las excepciones consabidas, no amainaron durante los actos del Congreso Eucarístico. El cardenal legado Federico Tedeschini, viejo camaleón de la política española en los años treinta, nuncio conspirador contra la Monarquía y luego impotente contra la República perseguidora, exaltaba, ahora a la Falange, con gran entusiasmo del padre Llanos. El 30 de mayo Franco presidió en Barcelona un Consejo de ministros que aprobó la creación en la Universidad de Barcelona de una cátedra «Milá y Fontanals» de historia de la lengua y la literatura catalanas. Pero no me interesa ahora el viaje de Franco a Barcelona sino su solemne visita al monasterio de Poblet, que vino a continuación y parece increíble, aunque todo está corroborado por los testimonios coincidentes de mis Guías 1 y 2. Dos días después de recibir en Barcelona el mensaje radiado del papa Pío XII al Congreso Eucarístico (que se transmitió el 1 de junio), tras una recepción militar en el palacio de Pedralbes y una visita a la fábrica SEAT en la zona franca, Franco supo que podía emprender sin problemas de conciencia su proyectado viaje a Poblet.

Desde la conversación de Franco con el abad general del Císter y el requerimiento del jefe de la Casa Civil, el gobernador civil de Tarragona insistía continuamente al prior de Poblet para que se cumpliera la orden de extraer las cenizas de Wharton y aventarlas en nombre de una «superior autoridad». El prior, padre Gregorio Jordana, acompañado solamente por el Guía 2 se dirigió, ya entrada la noche del 1 o el 2 de junio —es la única duda de mis testigos— a la tumba del duque de Wharton, situada a la derecha, según se entra, del hermoso atrio de la basílica, llamado Galilea por posible corrupción de «Galería». Levantaron la lápida, bastante deteriorada, pero todavía fácil de descifrar (como hoy mismo puede verse) y encontraron unos restos de huesos humanos y polvo que sin duda pertenecían al duque de Wharton. Los introdujeron con todo cuidado y respeto en una bella y sencilla arqueta de madera noble que habían encargado urgentemente al carpintero de Vimbodí, pueblo próximo al monasterio, y salieron al recinto exterior en torno al ábside de la iglesia, que alguien ha descrito como campo abierto, pero es tierra sagrada y cercada, cementerio de hermanos legos y seglares vinculados al monasterio. Siento añadir lo que puede parecer una leyenda de Bécquer pero es verdad; aquélla era una terrible noche de tormenta, que facilitó el secreto de la operación. Los dos piadosos cómplices enterraron la arqueta en una pequeña fosa y colocaron cuidadosamente sobre ella la lápida del duque de Wharton —con su cruz circulada al frente. La tumba, que tuve la ocasión de ver (no así el padre Ferrer ni su indocumentado monaguillo) es la primera de las que rodean el ábside a ras de suelo, y está situada frente a la del primer presidente del Patronato de Poblet en la posguerra, don Eduardo Toda. El padre Ferrer Benimeli cree que no había restos bajo la lápida de la Galilea, pero él no vio lo

que mis testigos vieron, tocaron y trasladaron.

Felipe de Wharton, el dandi libertino que alborotó a Londres e intrigó en dos cortes británicas enfrentadas, que se casó dos veces por amor y cambió varias de partido, que se convirtió sinceramente al catolicismo, sirvió a España derramando su sangre ante Gibraltar, fue Gran Maestre de la masonería británica y fundador de la española y la francesa, y quemó su vida desmesurada de treinta y dos años, descansa en paz en la tierra sagrada de Poblet, donde por fin se asentaron sus cenizas en la antevíspera de la llegada de Franco.

El 4 de junio de 1952 el Caudillo, con numeroso séquito, llegó al monasterio de Poblet para la solemne inauguración de los panteones reales restaurados, bajo el patrocinio del Estado, después de la Guerra Civil. Al cruzar el atrio de la iglesia comprobó discretamente que la tumba situada en la capilla del lado derecho se encontraba vacía. Los Guías 1 y 2, situados algo detrás en el séquito, oyeron en la fila de delante un comentario: «Así terminan los que abjuran». El testigo 1 cree que fue el propio Franco quien pronunció esas palabras, «como si fuera masón —me dijo— aunque sé que no lo era». El testigo 2 cree que no fue Franco sino una personalidad muy próxima a él, que ocupaba un elevado cargo en su régimen y, según todos los indicios era masón del grado 33. Los dos Guías coinciden en que esta personalidad fue el inspirador de la venganza de Franco contra el duque de Wharton. Algunos hipercríticos y filomasones rechazan como ridícula toda posibilidad de venganza masónica y creen que los famosos juramentos u obligaciones del ritual son simples inventos del frente antimasónico o todo lo más expresiones simbólicas sin valor real. Vamos a ver.

Después del libro revelador de Walton Hannah, que ni el padre Ferrer ni su mentiroso monaguillo se atreven a citar, el primero porque no le conviene, el segundo porque no lo conoce, ya no puede negarse al menos un caso comprobado de asesinato ritual masónico, el de William Morgan en 1826, que provocó una riada de deserciones en la masonería norteamericana[23]. Pero no hace falta que vayamos tan lejos, aunque podríamos recordar otras ejecuciones rituales citadas por Stephen Knight. Los testimonios de mis Guías 1 y 2 son coincidentes y seguros sobre la insistencia de Franco, movido por su inspirador, en el aventamiento de las cenizas de Wharton. Ahora bien, el duque era Maestro del Grado Tercero, máximo entonces (como hoy) en el Arte de la Gran Logia, y por tanto se había comprometido a observar el juramento masónico del Tercer Grado (incluido en el Segundo antes del desdoblamiento) cuyo ritual dice así:

«Juro solemnemente observar todos estos puntos sin evasión, equívoco o reserva mental de cualquier clase, bajo un castigo no inferior —por la violación de cualquiera de ellos— que el de ser cortado en dos, mis entrañas, y todo mi cuerpo, quemado hasta sus cenizas y que esas cenizas sean dispersadas sobre la faz de la tierra y aventadas a los cuatro puntos cardinales del cielo, para que ninguna traza ni recuerdo pueda encontrarse en unos despojos tan viles entre los hombres, y especialmente

entre los Maestros masones»[24]. No sé exactamente si Wharton pronunció estas palabras en la Gran Logia de Inglaterra, en la de Francia o en la Logia Matritense. Fuentes masónicas coinciden en que fue expulsado de la Gran Logia inglesa por violación de sus juramentos. Muchos masones creen que sólo se trata de juramentos simbólicos, otros los consideran como una huella anacrónica de los misterios antiguos. No me preocupa esa discusión sobre interpretaciones. Me consta que el prior de Poblet recibió la orden insistente de sacar y aventar los restos del duque de Wharton en las circunstancias que he revelado y que esa orden, gracias a Dios, no se cumplió.

Muy pronto fue ocupada la tumba anterior de Felipe de Wharton, en la capilla derecha de la Galilea. Alberga hoy los restos de los esposos Comamola, don Tomás, que murió en 1952, y doña María, restauradores de la capilla. En la capilla de enfrente yacen los restos de un pretendiente sin fortuna al trono de España, dentro del complicado juego dinástico de Franco, don Carlos de Austria y de Borbón, que se llamó Carlos VIII y duque de Madrid. Fallecido en 1953, era hijo de doña Blanca (hija del rey carlista Carlos VII) y el archiduque Carlos Salvador de Austria; en la misma capilla descansa la familia Gil Moreno de Mora.

Comprendo que el infeliz monaguillo se haya molestado mucho al ver que mi investigación sobre el terreno descubría algunas cosas importantes que su ídolo omnisciente, el padre Ferrer, no había logrado captar. Personajes como el cuitado siempre alardean de despreciar cuanto ignoran, pero hasta sus cortas entendederas adivinan que mi relato se funda en la verdad.

Si la masonería moderna en Inglaterra se identifica en buena parte con el Racionalismo —que es la primera y más elevada fase de la Ilustración— en el Continente se vincula a la Ilustración de version francesa, monopolizada por los *philosophes* cuya referencia es la Enciclopedia. Sus publicaciones y personalidades alcanzaron enorme resonancia en todo Occidente, pero su categoría intelectual y cultural aparece ante nuestra perspectiva con nivel muy inferior, en los campos del pensamiento y de la ciencia, al de los grandes racionalistas ilustrados de Inglaterra y Alemania. Voltaire era un prolífico publicista de cuya vasta obra apenas queda hoy un manojo de críticas superficiales; no resiste la menor comparación con un Locke, un Newton, un Leibniz y no digamos un Goethe o un Kant. Sin embargo la Ilustración que se identificó más con la masonería y que más influjo ejerció en la preparación de la Revolución francesa fue precisamente esta Ilustración de bajo nivel, la de los enciclopedistas, la del impío Holbach, el superficial Voltaire y el contradictorio Rousseau, al que puede considerarse, simultáneamente, padre de la democracia y del totalitarismo.

La Ilustración española del siglo XVIII no fue despreciable, pero discurría por cauces sociales y culturales muy diferentes de la francesa. La penetración de las obras ilustradas de Francia en el interior de España desbordó los «cordones sanitarios» impuestos por el gobierno y la Inquisición, pero su influencia se manifestó de forma muy diferente en España y en las dependencias españolas de América. La Ilustración francesa, identificada con la masonería, exaltó la tríada Libertad- Igualdad-Fraternidad y las logias, sobre todo a partir de la fundación del Gran Oriente en 1773 y del reflujo de la Revolución americana sobre Francia, se convirtieron, en muchos casos, en talleres para la preparación revolucionaria. En la España peninsular no, y ello se debió en buena parte a que, en primer lugar, la masonería española era débil e intermitente; y luego a la acertada previsión de los reyes ilustrados españoles, sobre todo Carlos III, que abrió paso a la burguesía naciente hacia las esferas del gobierno, mientras el gobierno de Francia estuvo, hasta las vísperas de la Revolución, en las exclusivas manos de la nobleza. El símbolo está muy claro en los dos grandes ministros de Carlos III, que fueron el conde de Aranda, jefe del partido nobiliario, y el conde de Floridabianca, jefe de un partido que pudiéramos llamar burgués. La burguesía española del XVIII, mucho más tenue que la francesa como capa social, no tuvo que hacer una revolución para alcanzar el poder; porque ya participaba en el poder. Hay además otras dos diferencias. La Ilustración española no albergó jamás la veta impía, anti-religiosa y aun atea de los ilustrados franceses; y el respeto a la Corona por parte de la nobleza, la burguesía y el pueblo de España tenía raíces

mucho más profundas que las de sus estamentos homólogos en Francia.

En la América española el panorama era bien diferente. Los focos ilustrados —que anidaban casi exclusivamente en la que pudiéramos llamar con mucha cautela «burguesía criolla» —terratenientes y comerciantes criollos de las zonas costeras en Venezuela, el Plata y Perú; el caso de la Nueva España es completamente diferente— experimentaron un influjo profundo de la Ilustración masónica de Francia y no poseían los contravenenos de los ilustrados españoles; además fueron sacudidos en su interior por el ejemplo de la Revolución americana del norte. La iniciación masónica de todos los Libertadores —Francisco de Miranda, Simón Bolívar José de San Martín — es todo un síntoma, mientras que en la España del siglo XVIII resulta muy difícil señalar la presencia de masones importantes.

El padre Ferrer Benimeli ha sostenido en sus obras, con importante acopio documental, la tesis de que, la masonería no empieza con carácter significativo en España hasta la primera década del siglo XIX[25]. Admite, ciertamente, la fundación de la Logia Matritense por el duque de Wharton en 1728, el contagio masónico desde Gibraltar sobre la región española vecina y la presencia esporádica de algunas logias, generalmente fundadas por extranjeros, a lo largo del siglo. Pero todos estos establecimientos tuvieron según él, carácter efímero y la Inquisición fue capaz de controlar los brotes masónicos en la Península, sobre todo a partir de la condena formal del papa Clemente XII en 1738 —motivo más que suficiente para la actuación inquisitorial— y la prohibición expresa del rey Fernando VI en 1751. Por mi parte tengo menos fe en la eficacia de la Inquisición española a lo largo del siglo XVIII; era ya una institución decadente y cada vez más anacrónica. El padre Ferrer se resiste, con serias razones, a aceptar la presencia de una masonería española influyente en la época ilustrada y consigue muchas veces comunicar al lector no especializado su escepticismo sobre el carácter masónico del conde de Aranda, a quien numerosísimos autores masónicos y antimasónicos atribuyen la fundación y el gran maestrazgo de la masonería en España. Me inclino a seguir parcialmente la tesis de Ferrer, pero con muchos recelos. Aranda, que se había ganado fama de impío, mantuvo estrecha relación con los ilustrados radicales y masones de Francia, con quienes sintonizaba ostensiblemente. Esa coincidencia de importantes autores e instituciones masónicas en torno a su figura como una especie de protomasón español parece abrumadora, pero la coincidencia de opiniones no constituye, desde luego, una prueba concluyente. Hay que recordar, sin embargo, que algunos grandes políticos se han obstinado a veces en no dejar un solo papel detrás, por ejemplo el doctor Juan Negrín en nuestro tiempo, y es posible que el conde de Aranda perteneciera a esa especie; su discreción pudo verse facilitada por el hecho de que la masonería de su tiempo era una sociedad todavía más secreta que hoy.

Sin embargo, hasta que la investigación sobre el siglo XVIII en España avance y profundice más —por ejemplo sobre los indicios masónicos en las Sociedades de Amigos del País— debo atenerme a la opinión restrictiva de Ferrer Benimeli, con el

reparo de que sus posiciones hacia la masonería suelen depender demasiadas veces de prejuicios fundados en sus propias intuiciones.

El caso de la influencia masónica en América española me parece completamente distinto. Tengo delante los dos grades tomos que coordina el padre Ferrer con el título *La masonería española entre Europa y América* [26]. El padre Ferrer posee un arte singular para sacar dinero a los departamentos culturales de las Comunidades Autónomas que no saben cómo gastarlo y le financian estos farragosos volúmenes de Actas, que va produciendo con una tenacidad asombrosa a lo largo de los años, aunque algunos, como éste, aportan pocos estudios de interés. Ninguno de ellos aborda, contra lo que era de esperar, el problema de la intervención masónica en la independencia de Hispanoamérica. Voy a seguir, por lo tanto, una fuente ya clásica, debida a un eximio historiador español de América: Salvador de Madariaga, en *El auge y el ocaso del Imperio español en América*[27], para el que Madariaga investigó, sobre todo, en los importantísimos fondos de la Biblioteca Bodleiana de Oxford. El carácter profundamente liberal e hispánico del autor avala las orientaciones de su investigación.

Dedica Madariaga el capítulo XV de su libro a «las tres cofradías» que intervinieron en el hundimiento del imperio español en América: así denomina a los judíos, los masones y los jesuítas. «Los judíos —dice, y Madariaga es pro-judío— tomaron parte importante en la desintegración del Imperio español». La expulsión de los judíos españoles en 1492 fue una tragedia para España y para ellos; España había sido su casa y en ella habían alcanzado una riqueza, una dignidad y una influencia como en ninguna otra nación de Europa. Atribuye Madariaga a los judíos expulsos un inextinguible deseo de venganza, que les hizo «los peores enemigos del Imperio español». Esa venganza la concentran en dos frentes: el religioso —favoreciendo a la Reforma protestante— y el imperial. Difundieron activamente las obras de Lutero. Trabajaron sobre todo desde Amberes en favor de la rebelión de Flandes contra España y en colaboración con Inglaterra. Numerosos judíos pasaron a las Indias desde los tiempos del Descubrimiento y la conquista. Los judíos conversos no estaban afectados en las Indias por restricción alguna y esas conversiones muchas veces no eran sinceras; las autoridades indianas se quejaban de que los mercaderes judíos introducían «muchos libros heréticos». Judíos de origen español montaron un complicado sistema de información y espionaje en España durante el siglo XVI y dieron aviso de la llegada a Lisboa de la Armada Invencible. Inglaterra mantenía, fuera de estos menesteres, sus restricciones contra los judíos, que no fueron admitidos hasta la época de Cromwell y aun entonces sin demasiada publicidad. En sus incursiones por las Indias algunos judíos imaginativos creyeron descubrir, a mediados del siglo XVII, restos de las Doce Tribus de Israel perdidos entre la población india, que les perseguía. Esta noticia, «confirmada» por otros viajeros, desencadenó una oleada de mesianismo en la gran judería de Amsterdam. Sin embargo estos ensueños carecían de importancia ante una acción judaica basada en intereses mercantiles y

políticos. Los judíos aristócratas de Europa, que habían conquistado puestos dominantes en la sociedad, eran casi todos enciclopedistas y volterianos y contribuyeron a la fermentación de las ideas ilustradas en la América española, llegadas a los puertos de Indias desde Amsterdam y Londres principalmente. Y aquí la tenaz labor de mina contra el Imperio español emprendida desde al menos dos siglos antes por los judíos se combina con los trabajos masónicos. Advierto al lector que no estoy resumiendo las conocidas tesis del general Franco sobre la conjuración judeo-masónica, sino extractando el citado capítulo de un escritor tan escasamente adicto a las leyendas históricas como don Salvador de Madariaga, que dirigía una cátedra fundada por Alfonso XIII en la Universidad de Oxford.

«Esta fermentación —dice Madariaga— de ideas abstractas, universales, filantrópicas, es también obra de la francmasonería tanto en el Mundo Nuevo como en el Viejo. No deja de haber cierta relación entre judíos y francmasones, según se echa de ver en ciertas formas, ciertos símbolos y nombres que la francmasonería adoptó de los judíos». Madariaga —insisto, sobre documentación inglesa— señala que en 1734 existían en Madrid cuatro logias, de las que la más importante era la de las Tres Flores de Lis, que ya conocemos. En 1748 un informe del embajador de España en Viena revela que en Cádiz hay una logia masónica con más de 800 miembros; y Cádiz era centro del comercio inglés en España y plataforma general para el comercio de Indias. Contra las tesis minimizadoras del padre Ferrer, Madariaga atribuye filiación masónica al ministro probritánico de Fernando VI y Carlos III, Ricardo Wall, y se muestra convencido de que en torno al conde de Aranda existe en la España ilustrada una verdadera constelación masónica, que en 1768 consiguió arrancar del Rey medidas restrictivas para la actividad de la Inquisición, que no debería rebasar el ámbito de la herejía o la apostasía. Esto justifica la provisionalidad de las conclusiones que apuntábamos antes sobre la masonería en la España ilustrada, un problema que considerábamos como no suficientemente investigado y tal vez sometido a los juicios y prejuicios de un historiador tan erudito por una parte y tan sospechoso por otras como es Ferrer Benimeli, el hombre que iba a Poblet «naturalmente, en favor de la masonería». Autoridad por autoridad, a mí me hace muchísima fuerza la de Madariaga.

Está de moda ridiculizar a Cagliostro, una especie de masón mitológico cuyas aseveraciones yo no me atrevería a descartar en bloque, al menos mientras no las pueda investigar directamente. Con ello entraríamos en el problema de los Iluminados, unos super-masones que llegaron a llamar la atención de George Washington y que merecerían una consideración mucho más profunda en este libro si no nos limitáramos preferentemente al caso de España; éste será el ansiado campo de mi próxima incursión en la historia masónica, tras las sugestivas indicaciones de Giuseppe Giarrizzo[28]. El padre Ferrer cree que la metodología para abordar los estudios sobre problemas masónicos consiste en repetir infinidad de veces la palabra «metodología». Por mi parte no creo que un rasgo positivo de esa metodología

consista en descartar de un plumazo libros enteros sólo porque no se acomodan a sus tesis; por eso creo que Madariaga hace muy bien en prestar atención a uno de los primeros alegatos españoles contra la masonería, el *Centinela contra francmasones,* del franciscano José Torrubia, que denuncia la presencia (el libro es de 1752) de centros masónicos en las Filipinas y en numerosos puntos de América española y las riberas del Caribe. En mi opinión los procesos inquisitoriales celebrados en Lima y otros lugares de Hispanoamérica son indicio claro de la extensión de la práctica masónica, no de su escasez. Madariaga sospecha, sobre pruebas escritas, de una extraña relación entre colonias judías y logias masónicas en América; ante estas informaciones más o menos dispersas no cabe despreciar, como hace Ferrer, los datos de la Inquisición ni menos atribuir a ésta, que ya se encontraba en plena decadencia, una eficacia absoluta en la erradicación de las proliferaciones masónicas; ésa no es preocupación científica sino exculpatoria. El análisis de Madariaga sobre los datos inquisitoriales me parece mucho más serio que la breve incursión de Ferrer Benimeli en tomo a ellos.

Durante mi último viaje a México profundicé, guiado por expertos de primer orden, en la influencia masónica que fue determinante en el proceso de independencia, a través de la masonería norteamericana y de los influjos ya detectables a fines de la época virreinal. Pero sobre este importante capítulo de la masonería en América he dicho ya lo suficiente en mi libro de 1995 *Las Puerta del Infierno*[29], donde he estudiado la evolución de la masonería mexicana hasta hoy; se trata de la única República de toda Hispanoamérica que merece, junto con la de Uruguay, el título de masónica. En el libro de Madariaga que estoy comentado se ofrecen, por supuesto, esos datos, que expongo en el libro citado con mucha mayor extensión.

La destrucción del Imperio español no se produjo solamente en virtud de una venganza judaica, sino ante todo por una cuidadosa planificación de la estrategia británica. Y en cierto sentido la planificación de esa estrategia fue articulada por la Gran Logia de Inglaterra. El breve capítulo dedicado por Ferrer Benimeli a la influencia masónica en la independencia de Hispanoamérica[30] es toda una exhibición de desidia; acepta, por ejemplo, sin la menor crítica el dato del *Diccionario* de Frau y Arús, según el cual no existió masonería en México ¡hasta 1840! Éste es un rasgo típico de la metodología de Ferrer: cuando ignora algo —e ignora muchísimo— lo niega. Vea el padre Ferrer libros esenciales como la *Historia de la masonería en Hispanoamérica*, de don Ramón Martínez Zaldúa, Gran Inspector masónico, y los de los profesores Fuentes Mares y Carlos Alvear, que cito en el epígrafe de mi mencionado libro y tal vez pueda llenar un tanto el terrible vacío de su capítulo sobre este vital problema. Ferrer se muestra dudoso sobre la adscripción masónica de los Libertadores. Pero no caben dudas sobre un hecho comprobado en las fuentes que acabo de ofrecerle y que se da por realidad histórica en todos los manuales sobre masonería; ver por ejemplo el de J.C. Clemente, que cita como

masones reconocidos a Simón Bolívar, José de San Martín, Antonio José Sucre, Francisco Miranda y Bernardo O'Higgins[31]. Masones serían también los promotores de la independencia de Brasil, ese inmenso país, en el que la influencia masónica ha sido, hasta nuestros días, incalculable. Sin embargo es casi seguro que la independencia de Hispanoamérica no se hubiera producido, o al menos se hubiera retrasado mucho, si la masonería británica y la criolla no hubieran contado con la ayuda decisiva de la masonería española.

## La Iglesia católica y la masonería

Era natural que la Iglesia católica mirase con recelo a la masonería especulativa. Ya hemos visto que el secreto de las logias masónicas había provocado recelos y condenas en la Iglesia medieval, aunque en aquella época la masonería operativa se presentaba siempre con carácter cristiano. Pero la masonería especulativa fue creada a principios del siglo XVIII en Inglaterra por pastores protestantes, con una estrecha vinculación a la Iglesia anglicana que se fue afianzando con los tiempos; hacia la mitad del siglo XX casi toda la jerarquía episcopal anglicana estaba afiliada a la Gran Logia de Inglaterra. Y es que la masonería no era problema para la Iglesia de Inglaterra sino para la Iglesia católica, que además durante el siglo XVIII favorecía abiertamente a la dinastía católica de los Estuardo.

Uno de los aspectos más sorprendentes en las investigaciones del padre Ferrer Benimeli y otros jesuítas que coinciden con él en el aprecio a la masonería es que minusvaloran, cuando no desprecian abiertamente, las directrices de la Iglesia sobre la Orden masónica. Esta posición, en unos religiosos que hacen voto de obediencia especial al Papa es, por lo menos, muy extraña. Para estos jesuítas filomasónicos la larga serie de condenas lanzadas por la Santa Sede contra la masonería, desde el papa Clemente XII en 1738 a la muy solemne de León XIII a fines del siglo XIX (La encíclica antimasónica *Humanum genus* de este Pontífice no era el único, sino sólo el más importante documento que publicó contra la masonería), no es más que una continua pertinacia en el error, una incomprensión intolerable de la masonería auténtica y por supuesto una doctrina que ellos no acatan y que no obliga a los católicos. Pero es que además la doctrina antimasónica de los Papas no termina con León XIII. La excomunión que afecta a todos los católicos que ingresen en la masonería se mantuvo en el Código de Derecho Canónico hasta el año 1983, en el que Juan Pablo II suprimió el canon que la fulminaba. Los católicos partidarios de la masonería saludaron esta supresión como una gran victoria, pero estaban completamente equivocados.

En el siglo XVIII, el siglo de la Ilustración, identificada con la masonería porque así lo decidieron los enciclopedistas, muchos clérigos, religiosos, obispos y hasta cardenales de la Iglesia católica eran miembros de la masonería antes de las condenas papales y no pocos las desoyeron y permanecieron en la secta. (Yo denomino a la masonería orden y secta indistintamente). El jesuíta expulso Agustín Barruel, que es una especie de bestia negra para los masones y los filomasones, demostró cumplidamente en sus *Memorias para servir a la historia del jacobinismo,* libro fundamental escrito a finales del siglo XVIII tras el estallido de la Revolución, a la que considera como producto de la Ilustración radical y la masonería[32] (libro que fue

*bestseller* durante décadas en su tiempo y que me propongo reeditar en edición comentada), demuestra inequívocamente, además de su tesis principal que acabo de formular, el odio realmente satánico del masón Voltaire contra la Iglesia y contra Cristo, a quien se refería con la abreviatura blasfema *Ecr. L'inf (écrasez l'infâme,* aplastad al infame) en numerosas cartas cuya autenticidad no ha podido nunca ser cuestionada; el método masónico ha consistido en la descalificación personal contra Barruel, por motivos secundarios y errores secundarios.

No voy a entrar ahora en la exégesis de las condenas continuadas de la Iglesia contra la masonería, cuyo contenido se empeña en minimizar y ridiculizar el padre Ferrer. Me voy a referir brevemente a tres, que considero esenciales.

En primer lugar, la condena del papa Clemente XII en 1738, que Ferrer descalifica junto con la de Benedicto XIV, algo posterior. Y dice que «en definitiva los motivos se reducen al secreto… así como a los juramentos… y finalmente a la jurisdicción de la época»[33]. Esto no es la verdad. En el texto pontificio que transcribe el propio Ferrer en otro libro suyo, *La masonería española*[34], se dan otras dos razones de carácter religioso: que las reuniones masónicas están formadas por «hombres de toda religión y secta» y que el Papa formula su condena «no solamente para la tranquilidad de los estados temporales sino también para la salud de las almas» en virtud de los abundantes informes de que dispone, que no tiene por qué detallar; porque el Papa es un supremo pastor, no un tratadista de la masonería. He aquí otra clara muestra de la metodología de Ferrer, la ocultación de una parte esencial de la verdad.

Me asombra que el padre Ferrer haya maltratado ignominiosamente la estupenda encíclica antimasónica de León XIII, un papa ilustrado y muy bien informado que dedicó, como dice el propio jesuíta, unos doscientos cincuenta documentos a reprobar a la masonería. Pues bien, León XIII formula dos acusaciones principales: primera, que la masonería intenta subvertir los fundamentos del cristianismo, y tiene toda la razón; recuerde el lector la obsesión del masón Voltaire, *Ecrasez l'infâme*, la implacable desaparición del nombre de Cristo en los grandes documentos de la masonería especulativa que hemos comentado, la secularización total como objetivo permanente de la secta. ¿Es que Ferrer se atreve a negar estos hechos? La segunda acusación de León XIII me parece más grave aún, si cabe, y Ferrer, según su acreditada metodología, ni la menciona. El Papa la formula así: «Querer destruir la religión y la Iglesia, fundada y conservada perpetuamente por el mismo Dios y resucitar después de dieciocho siglos la moral y doctrina del paganismo es necedad insigne e impiedad temeraria»[35]. Hemos visto que la masonería constituye una forma moderna de la gnosis y la gnosis es la pervivencia del paganismo. Éstas no son razones políticas, sino religiosas y pastorales.

Hemos visto cómo la supresión del canon antimasónico en el Código de 1983 se ha interpretado falsamente como una palinodia de la Iglesia y una especie de reconocimiento de la masonería. Nada más falso. Por eso se indignó tanto el padre

Ferrer contra el cardenal Ratzinger cuando la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe, por él dirigida, publicó el 26 de noviembre de 1983 una Declaración, según la cual nada ha cambiado en la doctrina de la Iglesia por la modificación en el Código: «El juicio negativo de la Iglesia sobre las asociaciones masónicas permanece, pues, sin cambio alguno» ya que «sus principios han sido considerados siempre como irreconciliables con la doctrina de la Iglesia y la inscripción en esas asociaciones permanece prohibida por la Iglesia». Y se confirma expresamente la doctrina de León XIII sobre la secta. El diario oficioso de la Santa Sede explicaba cumplidamente la Instrucción, en su número del 24 de marzo de 1985. Me alegro muy sinceramente de estas confirmaciones hechas bajo la autoridad de Juan Pablo II, pero desde una atenta observación histórica de la masonería yo había llegado a formar mi conciencia sin la menor duda. Recuerden el sincretismo pagano de la Palabra Perdida, clave de toda la creencia masónica. Ésa es la clave.

# La masonería en la España del siglo XIX

Con la invasión de 1808 y la presencia francesa en España hasta su derrota militar y la llegada del rey Fernando VII en 1814, se instala una nueva masonería imperialista, la masonería napoleónica, utilizada cínicamente por el Corso como un simple instrumento de dominación. La Gran Logia de Inglaterra servía también como instrumento e infraestructura al imperialismo británico, pero guardaba mejor las formas; aunque la política del Reino Unido hacia España en todo el siglo XIX se confunde prácticamente con la acción de la masonería a través de sus dependencias españolas e hispanoamericanas. La masonería francesa crea una red de logias españolas, cuyos efectos resultarán efímeros porque la dominación francesa, sobre la que se sustentaban exclusivamente, sólo dura seis años, que además son años de guerra total, del pueblo y las fuerzas armadas regulares e irregulares contra el primer ejército del mundo. Una vez eliminada la amenaza napoleónica, la masonería británica, concentrada en la Gran Logia Unida de Inglaterra, fomenta algo que ya había empezado durante la Guerra de la Independencia española: el apoyo, cada vez más descarado, a los movimientos independentistas de Hispanoamérica.

Durante todo el siglo XIX la masonería británica actúa a través de la red de logias españolas que, herida de muerte y luego desaparecida la Inquisición, pueden desenvolverse con mucha mayor libertad. El núcleo más importante de esas logias se establece en Cádiz y en torno a esta ciudad. Sin abandonar su objetivo permanente —la secularización total—, que no se modifica durante sus tres siglos de existencia, la masonería, que en el siglo XVIII estuvo identificada con la Ilustración radical, se orienta en el XIX hacia el fomento del liberalismo, que es una forma de servir a los intereses estratégicos de Inglaterra, empeñada en la construcción de su Segundo Imperio, que desde el punto de vista económico y también en cuanto a la orientación de la política se extiende a las antiguas dependencias españolas de América, donde pronto encontrará la competencia imperial de los Estados Unidos y su correspondiente masonería. Para fomentar estos intereses británicos la masonería asume en el siglo XIX otra identificación: el liberalismo radical, cuyo objetivo es rebajar y aun suprimir las aduanas europeas para el libre paso de los productos manufacturados de los que la máxima producción correspondía al Reino Unido, adelantado de la Revolución Industrial durante los dos primeros tercios del siglo XIX, hasta ser alcanzados por los Estados Unidos que luego les toman la delantera. Para favorecer al liberalismo económico y los supremos intereses de Inglaterra se crean en toda Europa los partidos liberales, el liberalismo político radical. Los liberales radicales de Europa pertenecen prácticamente en bloque a la masonería y por lo tanto actúan casi siempre, como en Iberoamérica, contra la Iglesia, con un encono que no

cede en nada al que desplegaron contra ella los ilustrados del siglo anterior. Por desgracia la Iglesia estuvo implicada durante la segunda mitad del XIX en la defensa de su poder temporal, los Estados Pontificios, lo que le hizo confundir los planos temporal y espiritual en la lucha contra el liberalismo. Prolongó también la Iglesia su larga noche cultural del siglo XVIII a casi todo el siglo XIX, hasta la llegada de León XIII, el primero de los grandes papas que se han sucedido después, y el primer pontífice que comenzó la reconciliación de la Iglesia con la cultura y la ciencia, toda una gesta que ha llegado a su cumbre con el papa Juan Pablo II.

En España y en la América española la masonería trató también con éxito de adquirir sólidas bases de apoyo en las fuerzas armadas. Parece que la primera logia masónica española que podemos conocer con detalle fue una logia militar, la formada a principios de siglo entre los marinos de la escuadra española destacada en la base francesa de Brest en virtud de la alianza de Carlos IV con la Francia revolucionaria. La masonería española ofrecía sus nuevas logias como centros de conspiración para los militares liberales, y la profunda división del Ejército, que empezó a notarse nada más terminar la Guerra de la Independencia, se estableció entre militares masónicos y antimasónicos; con muchos matices esta disensión se advierte como determinante en la sucesión de guerras civiles que destrozaron a España en el siglo XIX entre liberales y carlistas, es decir entre masones y apostólicos; y en cierto sentido la Guerra Civil española de 1936 se planteó por una disensión relacionada con esos dos bandos del XIX entre militares de signo contrario.

Durante la dominación francesa se crea una Gran Logia de España que se instala, por más inri, en la antigua sede madrileña de la Inquisición y tiene por Gran Maestre —el primer Gran Maestre español— al rey intruso, José Bonaparte. Y entonces empiezan las disensiones, y frente a la Gran Logia se crea en España un Gran Oriente, con diferencias rituales. Se creó también un Supremo Consejo del Grado 33, pero no tengo la menor intención de perderme en la tremenda confusión de agrupaciones y obediencias masónicas en España, que el lector interesado puede ver en el libro de Ferrer Benimeli *Masonería española contemporánea*[36], si bien han de tomarse con muchísima reserva y cautela tanto las afirmaciones como los vacíos del prolífico autor, que para el período fernandino (y sobre todo para la rebelión de Riego y el Trienio liberal de 1820-1823) parece empeñado en diluir la influencia y la responsabilidad de la masonería española, inspirada desde Gibraltar bajo la atenta vigilancia de la Gran Logia Unida de Inglaterra. Por simples indicios convergentes de analogías externas sería temerario, en mi opinión, negar la coordinación entre la masonería gaditana y la masonería hispanoamericana en los años anteriores al 1 de enero de 1820, cuando la rebelión liberal de Riego arrastró al Ejército de la Isla e impidió, junto con la corrupción de la Corte de Fernando VII, el embarque de un poderoso ejército que se había preparado para sofocar la rebelión del Río de la Plata, la más peligrosa de la América española. El intendente general para el Ejército de la Isla era uno de los masones más importantes de la historia española (judío por

añadidura, diría Madariaga), que fue considerado en Londres como un hombre de la *City* y formaba parte de un potente grupo masónico con un testigo de cargo importantísimo, Alcalá Galiano, y con un futuro político de altura, Istúriz. Consta que los Libertadores Bolívar y San Martín, miembros de la secta, recibieron con enorme alivio la noticia de que la Flota no saldría de Cádiz, lo que decidió la suerte del Imperio español.

Es cierto que describir a las Cortes de Cádiz como una confrontación entre masones y antimasones carece de sentido; también lo es que muchos diputados que entonces fueron llamados por sus enemigos reaccionarios, como un insulto, «liberales», ingresaron después en la masonería. Pero posee no simple probabilidad, sino certeza histórica, el hecho de que la conspiración para el pronunciamiento de 1820, obra principal de los masones Antonio Alcalá Galiano, Francisco Istúriz y Juan Alvarez Mendizábal, movidos por la inspiración inglesa, fue determinante para impedir la salida de la escuadra, de pleno acuerdo con el propósito de los Libertadores masones y con la estrategia británica, favorecida con el apoyo incondicional de la Gran Logia Unida de Inglaterra. El profesor Miguel Artola, historiador liberal, nada sospechoso de exageraciones antimasónicas e infinitamente más fiable que Ferrer Benimeli, lo afirma con toda claridad:

«La conspiración ha sido descrita con gran detalle por Alcalá Galiano y su testimonio, repetido en varias de sus obras, tiene por ahora un valor indiscutible, dado el importante papel que jugó en su preparación. Utilizaba como medio de acción las logias masónicas, que constituían sociedades de grado inferior, extendidas hasta el nivel de regimiento cuyo simbolismo no impedía ver claro el fin a que se caminaba. La dirección del movimiento residía en un Cuerpo supremo y misterioso llamado «Soberano Capítulo» que celebraba sus sesiones sin aparato ni fórmula en casa de don Francisco Javier Istúriz. Como una especie de comité ejecutivo, los responsables principales y más decididos se reunían en un Taller Sublime[37]».

Para Ferrer Benimeli la solución para quitar importancia a esta tesis fundadísima es muy fácil; omite datos esenciales, no cita testimonio alguno, procura minimizar el vital testimonio de quien fue protagonista en la sombra. Una nueva exhibición de juego sucio a que nos tiene tan acostumbrados el jesuíta filomasón; tal vez el almirante Carrero estuviera en lo cierto al atribuirle lo que le atribuía.

La masonería española, satélite en este caso de la británica, provocó, por tanto, la pérdida de América. Y reinó en España durante aquel caos llamado Trienio liberal de 1820-1823, que fue una primera época masónica en la historia de España. Será inútil que busque el lector datos sobre el Trienio en el citado libro de Ferrer. Vaya mejor al de Artola: «La masonería, aún victoriosa, estaba a medio formar y el Gran Oriente que se estableció en la Corte con objeto de coordinar la acción de las logias del país no era sino una réplica semisecreta de la fórmula política de la Junta Central de 1808 [38]». Y en la misma página cita Artola a otro indudable experto, el marqués de Miraflores, que muestra el papel relevante de la masonería en aquella confusión de

1820 a 1823. Benito Pérez Galdós estudió seriamente, con ayuda de testigos muy bien informados, la masonería española de 1820, en la que sitúa el apogeo masónico del siglo; y en el 14 de sus *Episodios Nacionales* traza sobre ella un cuadro muy sugestivo con esta tesis: «Los masones han sido, en las épocas de su mayor auge, propagandistas y comparsas políticos». En 1820 la masonería era «una poderosa cuadrilla política, que iba derecha a su objeto, una hermandad utilitaria que miraba los destinos como una especie de religión… y no se ocupaba más que de política a la menuda, de levantar y hundir adeptos, de impulsar la desgobernación del reino; era un centro colosal de intrigas, pues allí se urdían de todas clases y dimensiones, una máquina potente que movía tres cosas: Gobierno, Cortes y clubs[39]». Esta descripción se podría aplicar igualmente a la masonería en 1840, en 1868-1873 y en 1931, por lo menos.

Perseguida a muerte por Fernando VII, la masonería levanta cabeza a partir de 1833, cuando María Cristina, cuarta esposa de don Femando, empieza su Regencia en nombre de la niña Isabel II. En esta época María Cristina, a quien los carlistas llamaron con falsedad la Reina Masona, trata de establecer un sistema liberal cuya figura más destacada es el masón Juan Álvarez Mendizábal, autor de la desamortización que nacionalizó los bienes de la Iglesia para financiar la guerra civil entre liberales y carlistas, que se prolonga hasta 1839.

Entre los gobernantes radical-liberales figuraba, además de Mendizábal, Ramón María Calatrava, Gran Maestre del Gran Oriente de España. La guerra carlista sirvió de plataforma para el acceso de los militares al poder —el Régimen de los generales. A partir de 1839 y hasta 1868, con breves intervalos de predominio civil, se enfrentaron por el poder los dos generales más significados: Baldomero Espartero, masón, liberal-radical y servidor de los intereses de Inglaterra— que le acogió como a un héroe cuando fue expulsado de España— y Ramón María Narváez, que evolucionó hacia una posición moderada y creó una asociación militar antimasónica, que rebrotaría con vigor en las fuerzas armadas del siglo XX.

Narváez adquirió gran crédito en la Europa antirevolucionaria por haber logrado ahogar la revolución de 1848, fomentada por el embajador de Inglaterra —a quien expulsó de su despacho y de España—, mientras triunfaba en Francia y en Austria esa revolución típicamente masónica e impulsada por la Gran Logia de Inglaterra, como reconoce toda la historiografía seria.

La conspiración y la Gloriosa Revolución de 1868, que derribó a la reina Isabel II, constituyen el segundo apogeo masónico en España después del de 1820. De sus tres corrientes, que confluyeron en el grito «¡Viva España con honra!» del masón Juan Prim en la bahía de Cádiz —los generales de la Unión Liberal, los miembros del Partido Progresista (liberal-radical) y los llamados demócratas de cátedra —algunos generales del primer grupo eran masones, pero los líderes del segundo y tercer grupo eran prácticamente todos miembros de la masonería. Los dos jefes del progresismo, el general Prim y el ingeniero Práxedes Mateo Sagasta eran masones, así como

innumerables miembros del partido. Los demócratas de cátedra, entre los que se eligieron los presidentes de la Primera República, eran masones. El masón del grado 18 don Juan Prim fue el político casi omnipotente que consiguió imponer en España al primer rey masón, don Amadeo I de Saboya. Cuando Prim fue asesinado en vísperas de la llegada de su Rey, los masones de Madrid profanaron de madrugada la iglesia de Atocha donde iba a celebrarse su funeral con las ridículas evoluciones de un funeral masónico en regla. Investigaciones coordinadas por Ferrer Benimeli han encontrado en las sucesivas Cortes entre 1869 y 1876 nada menos que 1490 diputados masones. La insurrección cubana contra España, que estalló poco después de la Revolución de Septiembre en 1868, fue una rebelión masónica. Durante la primera fase de la Restauración creada por Antonio Cánovas del Castillo, el jefe del partido que alternaba con él en el poder, Sagasta, era, como vimos, masón, y fue elegido Gran Maestre del Gran Oriente de España, que se afianzaba como la primera de las obediencias masónicas españolas. La segunda obediencia importante era el Gran Oriente Nacional, que había dirigido Calatrava, y en 1882 contaba con más de dos mil miembros, de ellos 130 ministros y otros altos cargos, 1.033 magistrados, jueces y abogados y 1.094 militares.

Durante uno de los gobiernos masónicos españoles de la Regencia de Espartero (1840-1843) fue enviado a Alemania para ampliar estudios un joven universitario español, don Julián Sanz del Río, quien a su regreso introdujo en España la oscura filosofía de un pensador alemán de tercera fila, Krause, que curiosamente ejerció mucha mayor influencia en España que en Alemania gracias a una escuela intelectual que formaron los krausistas españoles, entre los cuales el más importante fue don Francisco Giner de los Ríos, creador en 1876 de la Institución Libre de Enseñanza, un centro de irradiación intelectual y cultural que ha ejercido enorme influjo en España hasta hoy mismo. Tanto un gran intelectual de la derecha española, Gonzalo Fernández de la Mora, como el jesuíta liberal, extraordinariamente preparado, Enrique M. Ureña, han estudiado la figura de Krause y su repercusión en España, con excelente documentación y sentido, así como la profesora Dolores Gómez Molleda en su libro *Los reformadores de la España contemporánea.* Marcelino Menéndez y Pelayo, primer intelectual católico de nuestro tiempo, dedicó grandes y cuajados esfuerzos a sus polémicas contra los krausistas, cuyos epígonos han tratado de sepultarle en el habitual foso de silencio y tergiversación que reservan para quienes se atreven a criticarles. No me cabe la menor duda de que la operación Sanz del Río se preparó por la masonería española para generar una especie de alternativa cultural a la Iglesia de nuestra época. El krausismo y la Institución Libre, sus centros de enseñanza, las cátedras que han logrado controlar y su influencia importantísima en el estamento intelectual y en los medios de comunicación se mueven en una especie de deísmo y a modo de neutralismo religioso que denotan un horizonte masónico casi palpable. La masonería es una clave de la doctrina de Krause, para quien la historia de la humanidad se identificaba con la historia de la masonería. Una importante rama

de la Institución Libre de Enseñanza, cuya principal figura era el profesor Fernando de los Ríos, se incorporó al Partido Socialista en el siglo XX y representa al socialismo masónico español, que alcanzó tanto peso en el PSOE y en la Segunda República de 1931, de cuyo primer gobierno formó parte el profesor De los Ríos.

El siglo XIX de España, cuya historia no se entiende sin el desarrollo y la acción masónica, terminó en el Desastre por el que perdimos Cuba, Puerto Rico y Filipinas en 1898. Son curiosos pero quedan muy fuera del blanco los esfuerzos de Ferrer Benimeli y sus adeptos para librar a la masonería en esta crisis, como intentaron para la de 1820, de acusaciones antipatrióticas, que los contemporáneos elevaron con tremenda indignación. Es preciso, para encontrar la verdad de los hechos y las interpretaciones, estudiar atentamente el libro de un general historiador, don Carlos Martínez de Campos y Serrano, sin duda el mejor historiador militar de nuestro tiempo, *España bélica, siglo XIX*[40]. En 1896 existían en Filipinas 86 logias masónicas y una sociedad secreta, el Katipunan, «reflejo de la secta carbonaria». La masonería había sido importada a Filipinas por algunas autoridades civiles españolas. En Cuba había surgido con motivo de la ocupación inglesa de La Habana en el siglo XVIII, como sucedió en Menorca. Los dos apóstoles de la independencia, José Martí en Cuba y José Rizal en Filipinas, eran masones. La intervención masónica en los dos procesos de independencia, alentados por los Estados Unidos, es evidente tanto en las islas como en España, y sería muy importante estudiarla a fondo con motivo del centenario de 1898, sin las cortinas de humo con las que hasta ahora ha tratado el problema el clan dirigido por el padre Ferrer.

## La masonería y la Semana Trágica

Hemos dicho ya que durante la segunda mitad del siglo XIX la masonería continental europea tomó dos caminos diferentes. Uno, de carácter burgués, continuó la tradición de la masonería moderna, que había nacido y se había desarrollado en el siglo XVIII en las capas sociales de la burguesía y la nobleza; la revolución que promovió la masonería en las Trece Colonias, en Francia y en Hispanoamérica, era claramente de carácter burgués.

Durante el siglo XIX las sucesivas oleadas revolucionarias (1830, 1848) habían mantenido ésa misma línea burguesa; los elementos proletarios fueron insignificantes en 1848, a pesar de que el Manifiesto Comunista de Marx y Engels se había escrito para ellos. Sin embargo en la segunda mitad del XIX la masonería, sin abandonar la vía burguesa y nobiliaria, abrió un nuevo camino de revolución proletaria, que se concretó en las dos primeras Internacionales obreras.

El libro de referencia para esta interesante cuestión es el de Milorad Drachkovitch (ed), *The Revolutionary Internationals,* publicado por el Instituto Hoover en California y en 1966. La Primera Internacional fue creada en Londres el año 1864 por tres inspiradores principales: el escritor revolucionario alemán Carlos Marx, el aristócrata ruso anarquista Mikhail Bakunin y los representantes de logias masónicas europeas, sobre todo francesas. Las tres corrientes entraron muy pronto en contradicción y la Primera Internacional, que había acuñado el lema «Proletarios de todos los países, uníos» se dividió irremisiblemente. Carlos Marx, relegado a la minoría, perdió el control de la Internacional, fracasó en incorporar a ella a los sindicatos británicos —las *Trade Unions*—, que evolucionaron cada vez más en sentido reformista y se quedó al frente de un grupo marxista, los llamados «autoritarios», del que saldrían los partidos socialistas nacionales, revolucionarios y marxistas, encabezados por el de Alemania. Bakunin arrastró a la mayor parte de los miembros de la Primera Internacional, que se convirtió en vivero para el anarquismo militante, que en las décadas finales del siglo XIX degeneró en el terrorismo anárquico, dirigido muchas veces contra estadistas (Cánovas del Castillo, asesinado en 1897) y testas coronadas, contra las cuales se abatió una ola de crímenes que terminó con la vida de algunos reyes y de la emperatriz Isabel, «Sissi», de Austria, apuñalada por la espalda durante uno de sus viajes solitarios y románticos, en esta ocasión a Ginebra.

El anarquismo evolucionó después a sindicalismo revolucionario, cuyo profeta fue Georges Sorel, de quien tomaría su inspiración el socialista Benito Mussolini para la violencia fascista. La corriente masónica de la Primera Internacional conservó también una orientación anarquista y sembró el terror en París después de la derrota

del Segundo Imperio en 1870 ante el ejército prusiano; esa revolución dio origen en 1871 a la Comuna de París, considerada por el mundo entero como una explosión de la masonería revolucionaria, desacreditada de tal forma en aquellos gravísimos sucesos que entró en vía muerta y dio paso a una revitalización de la masonería burguesa centrada en el Gran Oriente, cuya sede estaba (y está) en *rue Cadet,* al pie de Montmartre, bastión de la Tercera República y de la terrible ofensiva anticlerical convertida en persecución contra la Iglesia, expulsión de religiosos, intento de expulsar a la Iglesia de la enseñanza y ruptura total con Roma al denunciar el Concordato de Napoleón a principios del siglo XX. Sabemos ya que el Gran Oriente de Francia decidió por amplia mayoría de votos en 1877 prescindir por completo de la idea y el nombre de Dios, con lo que la masonería moderna cerraba su ciclo deísta; naturalmente el papa León XIII, en cuyo pontificado se libró el gran combate entre la Iglesia y la masonería de Francia, quedó profundamente afectado por este acontecimiento.

En España la evolución de la Primera Internacional fue, como casi todas las evoluciones españolas, enteramente atípica. Por lo pronto España sería el único país de Occidente en que se conservase un fuerte movimiento de masas de carácter anarquista, que perduró a través del llamado anarcosindicalismo hasta la Guerra Civil de 1936, donde esta corriente fue virtualmente aniquilada por los comunistas, si bien al final de la Guerra Civil contribuyó de manera muy eficaz a la completa derrota de los comunistas, que habían intentado sumir ese final en un mar de sangre. Entretanto los anarquistas españoles habían asesinado a otros dos grandes estadistas, don José Canalejas y don Eduardo Dato, cayendo bajo el control de una sociedad secreta terrorista, la Federación Anarquista Ibérica, hacia el año 1927. Luego los anarcosindicalistas contribuyeron al advenimiento de la Segunda República; inmediatamente después se enfrentaron violentamente con ella y tras la Revolución de Octubre de 1934 se sumaron al movimiento de Frente Popular que fue uno de los grandes responsables de la Guerra Civil.

Los anarquistas más importantes de la corriente masónica creadora de la Primera Internacional fueron Anselmo Lorenzo y Francisco Ferrer Guardia. Muchas gentes creen aún a estas alturas que atribuirles filiación masónica es poco menos que un gesto de propaganda por parte de la derecha. No es así; uno y otro fueron masones de la rama anarquista, como consta por una documentación irrebatible. Lo que sí es una leyenda es la identificación de la República Federal española con la Primera Internacional. La República Federal, alma de la Primera República en 1873 y, como sabe ya el lector, promotora de la revolución cantonal, adoptó a veces la bandera roja de la Primera Internacional, como vimos que hicieron los republicanos federales de Cartagena al izar la bandera roja en el castillo de San Julián, que el capitán general del Departamento marítimo interpretó nada menos que como bandera turca. Pero la República Federal, aunque era una empresa anárquica, no tuvo carácter proletario (salvo en algunos estallidos como el de Alcoy), sino tinte claramente pequeño-

burgués y radical.

El credo anarquista que predicaba el internacionalista masón Anselmo Lorenzo en su libro clave, *El proletariado militante,* publicado en Barcelona el año 1901, lleva por subtítulo «Memorias de la Internacional» y su mensaje prendió entre los obreros de Barcelona, donde el propio Lorenzo creó la Confederación Nacional del Trabajo, la CNT, a fines de la primera década del siglo XX. La CNT llegó a ser, en vísperas de la Guerra Civil de 1936, el sindicato más importante de España, con cerca de un millón de afiliados. Contó, desde su fundación, con un grupo de intelectuales anarquistas, sinceramente preocupados por la elevación cultural de la clase obrera y con fuerte presencia masónica en sus filas. No debe extrañarnos que la hostilidad del anarquista y el sindicalismo español contra la Iglesia católica fuera, desde la puesta en marcha del «proletariado militante» dictada por el odio masónico que se desmandó en la Guerra Civil, donde los anarquistas españoles rivalizaron en crímenes persecutorios con el resto de las fuerzas de la izquierda proletaria.

El segundo anarquista español que alcanzó fama mundial fue otro masón conspicuo, Francisco Ferrer Guardia. Una tradición familiar me ha transmitido que Francisco Ferrer había solicitado en una ocasión el servicio jurídico profesional de mi abuelo Juan de la Cierva, uno de los principales abogados de España y que se dedicó, al principio, a ejercer como criminalista. Pronto corrió la fama de que no perdía un solo pleito y entonces el propio don Alfonso XIII —o quizás la reina regente María Cristina, con la que tenía mi abuelo mucha confianza— le pidió que dejara lo criminal y se dedicara a lo civil, para que no se quedaran sin castigo los peores criminales de España. Ferrer, a quien todavía sigue llamando la historia masónica «insigne pedagogo», era realmente un lunático que había establecido en Barcelona la llamada *Escuela moderna,* que consistía realmente en unas escuela de anarquía en la que tenía cabida toda clase de aberraciones. Un historiador tan equilibrado como el profesor don Jesús Pabón ha publicado en el primer volumen de su espléndida biografía histórica de Francisco Cambó, un retrato de la vida y milagros de Ferrer escrito con terrible dureza.

Ferrer había sido cómplice —hoy está cabalmente demostrado— de un famoso asesino anarquista, Mateo Morral, el que arrojó la bomba contra la carroza de los reyes Alfonso y Victoria Eugenia cuando estaban a punto de llegar a Palacio después de su boda en San Jerónimo el año 1906. No le bastaron a Morral los muertos y heridos de tan horrible crimen y cuando trataba de huir cometió otro cerca de Alcalá de Henares, donde casi inmediatamente después pereció. Francisco Ferrer logró escapar de la condena, por influencias masónicas, y se dedicó a sus trabajos de «alta pedagogía» hasta que la autoridad militar, a quien correspondía la jurisdicción en Barcelona desde la Semana Trágica en julio de 1909, probó de manera fehaciente la intervención de Ferrer en los preparativos revolucionarios. Fue aprehendido, juzgado y condenado a muerte en consejo de guerra que, sin hacer caso a la campaña de protestas desencadenada por la masonería y la extrema izquierda europea, ordenó su

ejecución. En los debates parlamentarios que se celebraron en 1910 sobre la Semana Trágica y su represión, mi abuelo dio cumplida cuenta de todo lo sucedido y nadie pudo replicar con fundamento a su alegato.

La ejecución de Ferrer incrementó hasta el paroxismo la campaña contra España montada por la masonería europea y provocó, por debilidad de don Alfonso XIII, la caída del espléndido Gobierno largo de don Antonio Maura, a quien despidió el Rey de forma injusta y lamentable. Esta crisis, por su importancia histórica, es una de mis mayores discrepancias con el profesor Seco Serrano, que trata muy desmañadamente de defender a don Alfonso XIII, monarca de gran valor personal pero que no sabía enfrentarse con las grandes crisis que le tocaron vivir; ya hemos visto su comportamiento abatido en su crisis final, la de abril de 1931,

Despedido y caído don Antonio Maura, le sucedió al frente del gobierno un masón muy destacado, el liberal don Segismundo Moret. Tres años después, don José Canalejas, también liberal y gran esperanza política de España, fue asesinado vilmente por el anarquista de turno cuando miraba el escaparate de la librería de San Martín, en la Puerta del Sol. Entretanto, desde los primeros años del siglo, la masonería española había lanzado una ofensiva anticlerical a imitación de la masonería francesa; el punto culminante de esa campaña fue el estreno de *Electra* de don Benito Pérez Galdós, que poco después se hizo republicano. No hay pruebas, sin embargo, de que fuese miembro de la masonería, contra la que escribió expresiones muy duras en sus *Episodios Nacionales*. El drama de Galdós, al que hoy consideraríamos poco más que como un culebrón televisivo, era un ataque directo contra los jesuítas; que entonces, como se sabe, eran durante el siglo XIX y primera mitad del XX, igual que en la época de la Ilustración, los peores adversarios de la masonería. Hoy las cosas, por desgracia para los jesuítas, han cambiado mucho, como acabamos de comprobar. Y lo peor es que los motivos que les han hecho cambiar son histórica y religiosamente falsos.

## Alfonso XIII supera la tentación masónica

En el Archivo de Palacio existe una carpeta en la sección Familia Real que lleva un título enigmático: «Masonería». Dos reyes de España han sido acusados falsamente de masones: Fernando VII y su cuarta esposa, la reina gobernadra María Cristina de Borbón Dos Sicilias. Isabel II, con todos sus defectos, se sentía tan profundamente católica que hubiese tirado por la ventana a quien le hubiera propuesto el ingreso en la secta. Don Alfonso XII y don Alfonso XIII fueron tentados y rechazaron firmemente la insinuación. Don Juan de Borbón, conde de Barcelona, fue invitado a iniciarse mientras hacía prácticas como oficial de la Marina británica a bordo del crucero *Enterprise*, durante una larga escala en la India; en el crucero, como en tantas grandes unidades de la Armada británica, existía una logia, pero don Juan contó a Víctor Salmador que rechazó amablemente la sugerencia «por mi condición de católico». Han cundido también rumores sobre otras personas de la realeza que ni siquiera se han dignado desmentirlos. Alfonso XIII contó a un religioso célebre, como vamos a ver, las circunstancias de su gran tentación.

Al llegar al año 1917, el de la Revolución soviética y un año convulso, además, en la historia de España, podemos prescindir tranquilamente de los libros del padre Ferrer Benimeli, con lo que vamos a ahorrarnos unos cuantos berrinches, porque aparece en nuestra ayuda el libro más importante jamás escrito sobre la masonería española en el siglo XX; debido, ya lo hemos dicho, a la profesora Dolores Gómez Molleda[41]. ¡Qué bienvenida diferencia! El padre Ferrer ofrece, por supuesto, datos interesantes y sugerencias estimables; pero todo ello envuelto en una nube de prejuicios, de vacíos, de garrafales fallos de contexto y metodológicos, de una parcialidad promasónica que a veces produce estupor. La profesora Gómez Molleda es una de las grandes historiadoras que hoy trabajan en España (quiero decir, historiadores e historiadoras). Su libro está escrito, tras una formidable investigación bibliográfica y documental, con una serenidad y un equilibrio que le ha merecido los elogios más unánimes, incluidos los medios masónicos. El libro es hoy inencontrable; la Editorial Espasa Calpe lo rechazó (quizá porque entonces mariposeaban por ella un par de asesores que causaron a esa espléndida empresa cultural graves perjuicios) y salió en una editorial en la que algún directivo no ha mostrado nunca interés excesivo en que se divulgue la verdad histórica sobre la masonería. Todo bastante extraño, pero el libro es una maravilla. Comprende la historia de la masonería española, desde la segunda década del siglo XX hasta la dimisión de don Diego Martínez Barrio como Gran Maestre del Gran Oriente en 1934; la autora promete una continuación que todos esperamos con ansiedad. Recuerdo que cuando el libro estaba a punto de aparecer un jesuíta filomasónico no podía disimular su nerviosismo ante el anuncio.

Cuando lo leyera el nerviosismo se convertiría, seguramente, en ataque de nervios.

La profesora Gómez Molleda vincula el desarrollo de la masonería española en el siglo XX a la nueva orientación de las clases medias de la izquierda y subraya el fenómeno fundamental de la politización de las logias. Ya hemos visto que en la masonería española no se· había hecho más que política —como decía Galdós—, desde su fundación; pero en el siglo XX la politización se exacerbó hasta lo indecible y con ello se puede explicar el encono con que la trataron sus enemigos. «La sobrecarga ideológica recibida en las logias —dice— condicionará al sistema de valores de un grupo de parlamentarios que instrumentará la defensa de los postulados de la orden masónica al servicio de sus fines partidistas, (p. 11). Insiste poco después: «Parecen dispuestos a llevar hasta sus últimas consecuencias la relación Orden— política, desde una óptica claramente partidista». Y confirma de lleno la tesis que acabamos de exponer con estas palabras: «La actuación de la Orden se centrará prácticamente en algunos temas políticos ideológicos, la *secularización del Estado y de la sociedad*». Es decir, el que hemos definido una y otra vez como el horizonte perenne de la masonería moderna durante los tres siglos que lleva de existencia.

Después de la crisis de 1917, con la Revolución soviética al fondo, ingresó en la masonería española una nueva generación muy tentada por la política, hombres de unos treinta años (que recibieron una extraordinaria y comprensiva acogida por algunos «hermanos» de la generación anterior), todavía en juventud madura, entre los que destacaban Melquíades Álvarez, el político asturiano centrista y reformista, el gallego Santiago Gasares Quiroga y, sobre todo, el onubense Diego Martínez Barrio, figura capital de la masonería andaluza, que ya descollaba por su sentido de la conciliación y de la concordia entre afines, raras virtudes en la política española de todos los tiempos.

Esta generación joven llegaba a la masonería con fuertes vinculaciones de tipo socialista, como en los casos de Rodolfo Llopis, Julio Álvarez del Vayo y Lucio Martínez Gil; o de tipo radical y radical-socialista, como Rafael Salazar Alonso y Graco Marsá. Casares Quiroga entraría en el partido de Azaña; Martínez Barrio en el partido republicano radical de Lerroux, también masón; Rafael Salazar Alonso en el mismo partido; Graco Marsá sería el animador en la rebelión de Fermín Galán en Jaca. Galán, masón de la tendencia anarquista, formaba parte del numeroso grupo de masones reclutados entre la oficialidad del Ejército de África, muy trabajada por Lerroux. De esta lista dos masones muy prometedores, Melquíades Álvarez y Salazar Alonso, evolucionarían a la derecha y caerían asesinados por el Frente Popular en 1936. Los partidos Socialista, Radical y Radical-socialista entrarían en la Segunda República con casi todos estos jóvenes incorporados a ellos, ya dirigentes importantes. Diego Martínez Barrio era masón desde los veinticinco años de edad, en 1908. Aquí aparece con fuerza la componente masónica de socialismo que nos ha expuesto Jacques Mitterrand en su libro, muy revelador, sobre masonería política e Internacional socialista en el siglo XX; en él expresa la evolución de la masonería

desde el liberalismo radical en el siglo XIX hasta el socialismo de raíz marxista y confesión socialdemócrata en el siglo XX. Pero en uno y otro siglo se mantiene el mismo horizonte masónico; la secularización total, el combate para arrojar a la Iglesia católica de la enseñanza y de toda influencia social fuera de las sacristías.

En 1922, víspera de la Dictadura de Primo de Rivera, el Gran Oriente español se reorganiza federalmente según un esquema de grandes logias regionales, en número de siete, y se convierte en lo que designa con acierto Gómez Molleda «plataforma de convergencia de las fuerzas de izquierda» (ibid. p. 65). La conjunción no muy ortodoxa de liberales y socialistas, que llevó al propio José Ortega y Gasset a las puertas del PSOE, actuaba ya intensamente en aquel contexto y reventó como un torrente anticlerical en 1919, cuando el rey don Alfonso XIII, al frente de un gobierno Maura en pleno, consagró España al Corazón de Jesús en el Cerro de los Ángeles, centro geográfico de España. Un testimonio de un célebre predicador, el padre Mateo Crawley, citado detenidamente por el periodista y pensador Eulogio Ramírez en la revista *Iglesia-Mundo* de 1978, revela que poco antes una comisión masónica había pedido a don Alfonso su ingreso en la Orden, además de la introducción de leyes anticatólicas en la enseñanza, que consagrasen la separación de la Iglesia y el Estado. El Rey se negó y, como revelan otros testimonios posteriores, debidos a sus confidentes de la Compañía de Jesús en Roma, atribuyó su destronamiento a este rechazo de la masonería del que siempre se sintió orgulloso.

La masonería se opuso cerradamente —activando para ello sus conexiones en el Partido Liberal— a la gran campaña católica que trató de poner en marcha por aquellos años el director de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas, don Ángel Herrera Oria, futuro cardenal, bajo el signo de la doctrina social de la Iglesia, y con el fin de crear un partido democristiano que se denominó Partido Social Popular; al fin fue cancelada por decisión del propio Rey, aconsejado por los políticos liberales que formaban parte de su círculo íntimo, entre ellos el conde de Romanones. El Partido Liberal no era formalmente masónico, pero como heredero del Partido progresista y fusionista del masón Sagasta contaba en sus filas con numerosos masones, y una vez conseguidas sus reformas políticas durante los años ochenta del siglo anterior, en la Restauración, se quedó sin más contenido que el anticlericalismo militante, en línea muy similar a la masónica y a veces identificada con ella. El Partido Liberal-Conservador de Cánovas era completamente ajeno a la masonería y, si bien nunca se configuró como un partido confesional, sí que se aproximó al catolicismo gracias a la incorporación de la Unión Católica, formada por sinceros católicos partidarios de la causa alfonsina, dirigidos por el marqués de Pidal y que contaba con profesores católicos de tanta categoría como Marcelino Menéndez y Pelayo y Vicente de la Fuente.

Al sobrevenir la Dictadura de Primo de Rivera en septiembre de 1923 la actitud de la masonería fue, sobre todo al principio, ambigua, aunque pronto se decantó en contra del nuevo régimen con motivo de los propósitos del Dictador, que pretendía el

reconocimiento oficial de los grados académicos obtenidos en centros universitarios de la Iglesia. Hasta el momento la Institución Libre de Enseñanza, cuyas relaciones de origen con la masonería ya hemos sugerido, dominaba por completo en la Universidad española gracias a su tenaz infiltración en numerosas cátedras, que sus candidatos solían llevarse no sólo por afinidades de secta sino también porque la selección de esos candidatos era excelente. La masonería contribuyó a formar un sólido frente de profesores, estudiantes e intelectuales contra la Dictadura, porque el fomento de la Dictadura a los centros universitarios de la Iglesia lo interpretaba la masonería como un ataque frontal. Frente al predominio universitario de la Institución Libre, la Iglesia contaba con un reducido número de instituciones de nivel universitario; la Iglesia tenía en sus filas intelectuales de primer orden, pero vivía acomplejada ante la superioridad cultural de la izquierda, la masonería y la Institución, una superioridad falsa pero montada sobre un excelente sistema de comunicación y relaciones públicas que entonces se llamaba de «bombos mutuos». Los centros superiores de la Iglesia eran la Universidad Pontificia de Comillas, regida por los jesuítas y concentrada exclusivamente en los estudios eclesiásticos que impartía a gran altura; el Instituto Católico de Artes e Industrias, fundado a principio de siglo en la cuesta de Areneros por el jesuíta Pérez del Pulgar y que mantiene hasta hoy un altísimo nivel técnico en sus estudios superiores y medios de ingeniería; el Instituto Químico de Sarriá y el Observatorio del Ebro, también de los jesuítas; y el Real Colegio María Cristina, de los agustinos, en San Lorenzo del Escorial, con excelentes estudios de Derecho, que cursó allí Manuel Azaña.

La politización de los masones españoles en los años veinte era tan intensa que uno de ellos, Marti Jara, llegó a confesar: «Hemos entrado en la masonería para infiltrarle nuestra pasión política». Masones reconocidos como José Giral y Eduardo Ortega y Gasset apoyaron a Miguel de Unamuno en sus tribulaciones dictatoriales. Durante este período numerosos militares en el ejército de África y en las guarniciones y dependencias peninsulares ingresaron en las logias, como los generales Miguel Cabanellas, Eduardo López Ochoa, Riquelme etc. La Sanjuanada, conspiración y golpe militar contra la Dictadura que se produjo en junio de 1926, se apoyó en una trama civil masónica, que volvió a actuar en favor del pronunciamiento organizado en 1929 por el líder conservador don José Sánchez Guerra. Toda esta actividad se tradujo en un auge de las logias y las afiliaciones: al término de la Dictadura el Gran Oriente contaba con 62 logias y 21 triángulos o agrupaciones menores; la Gran Logia con 52 talleres. Desde todos ellos se trabajó ardientemente en favor de la caída de la Monarquía y el advenimiento de la Segunda República. La rebelión de Fermín Galán en Jaca fue, por el promotor del golpe, Fermín Galán, y por sus principales apoyos republicanos en Madrid —Casares Quiroga, Graco Marsá— un pronunciamiento masónico en toda regla.

Los masones saludaron con alegría la caída de la Dictadura, concedieron un crédito de confianza inicial, pronto agotado, al régimen del general Dámaso Berenguer y se identificaron inmediatamente con la Segunda República a partir del mismo 14 de abril de 1931. El Gran Oriente de Francia apoyaba por entonces la coalición de republicanos y socialistas que desembocaría en el Frente Popular de 1936 (G. Molleda p. 401) y los «hermanos» españoles siguieron desde 1930, un camino paralelo. Ferrer Benimeli acumula las proclamaciones masónicas de saludo y entusiasmo hacia la República española, que experimentó un inmediato incremento de logias y afiliaciones; entre otras cosas porque ser masón empezaba a considerarse una etiqueta importantísima para hacer carrera política y administrativa en el nuevo régimen. Fue designado Gran Maestre del Gran Oriente de España el nuevo ministro de Comunicaciones, don Diego Martínez Barrio y, de los once ministros que formaban el Gobierno Provisional en abril de 1931, seis eran masones; luego sería nombrado ministro otro masón, don José Giral, e ingresaría en la Orden don Manuel Azaña. Pertenecían también a la secta cinco subsecretarios, cinco embajadores, quince directores generales, doce altos cargos diversos y 21 generales del Ejército. Como ha determinado definitivamente la profesora Gómez Molleda, en las Cortes Constituyentes de 1931 figuraban nada menos que 151 diputados masones, de los que 135 correspondían a la obediencia del Gran Oriente. De ellos 35 eran socialistas (entre 114 diputados del PSOE); 43 del Partido Radical (de un total de 90); 30 del radical-socialista (de 52); 16 del partido de Azaña, Acción Republicana (de 30); 11 la Esquerra Republicana de Cataluña (de 30); 7 de 12 al Partido Republicano Federal, el de 1873. No es por tanto el Partido Radical el nido único de los masones, sino todo el conjunto de la izquierda en la República. La declaración de principios comunicada por el Gran Oriente de España el 25 de mayo de 1931 equivale a una consigna de secularización total —sobre todo en el ámbito de la enseñanza y la lucha contra la Iglesia— que los masones de todas las obediencias se dispusieron a cumplimentar.

Al constituirse el Congreso, los diputados masones, por sugerencia del Gran Oriente, montaron una serie de reuniones para coordinar su política. Alguno de ellos, después converso, pudo hablar con toda razón de una «Logia Parlamento», en cuyas deliberaciones la dirección favorecía abiertamente a los extremistas. La profesora Gómez Molleda asume la distinción de Azaña, quien ante el debate constitucional sobre la Iglesia, la Compañía de Jesús, las Órdenes religiosas y la enseñanza, divide a los diputados de izquierda en dos sectores: los extremistas, que aspiraban a la supresión total de la influencia eclesiástica en la sociedad, con disolución de todas las Órdenes religiosas y relegación de là Iglesia a las puras esferas privadas de las conciencias; y los que Azaña llama «moderados» que, inspirados por él mismo, se

contentaban con eliminar a la Iglesia de la enseñanza, cortarle los medios de subsistencia y acabar con la Compañía de Jesús. ¡Vaya moderación! Pero las dos ramas coincidían, como se ve, en el objetivo secularizador que dividió a los españoles y precipitó en último término la Guerra Civil, primero como persecución de la República contra la Iglesia y luego como cruzada, que se proclamó por la reacción de la Iglesia y los católicos, apoyados inequívocamente por la Santa Sede. Para Azaña la secularización de la enseñanza es la clave del problema; constituía, como sabemos, y como había sucedido en Francia en la última década del siglo XIX y la primera del XX, el objetivo primordial de la masonería. Ochenta y siete masones creyeron demasiado blando el artículo 26 de la Constitución, al que la Iglesia estimó persecutorio y muestra de «laicismo agresivo»; por eso no lo votaron. Entre los diputados más extremistas de la Cámara figuraron en esos debates de 1931 los socialistas masones y los radical-socialistas o «jabalíes». La masonería española, identificada con el liberalismo radical —o mejor, jacobino— arremetía por tanto contradictoriamente contra la libertad de enseñanza y contra la libertad religiosa. A esto vinieron a parar la libertad y la tolerancia de la tradición masónica y de las definiciones que la masonería hace de sí misma como templo de la libertad y la fraternidad, una pura engañifa que no me explico cómo se atreven a repetir ante los ejemplos concretos de lo que hacen cuando llegan al poder.

Votada la Constitución de 1931, todos los masones se sintieron decepcionados por su blandura, y eso que era una Constitución de media España contra la otra media, una Constitución que llevaba dentro todos los gérmenes de la Guerra Civil. La persecución suicida contra la Iglesia que en ella se proponía les sabía a poco. En vista de ello, como ha demostrado Gómez Molleda de forma sobrecogedora, los masones más radicales exigen controlar la actividad parlamentaria y política de los «hermanos» y en la asamblea masónica de 1932 se establecen las normas para ese control, que incluían una seria renovación del juramento personal masónico en ese sentido. Precisamente en este contexto se produjo a primeros de marzo de 1932 la iniciación masónica del presidente del Consejo, Manuel Azaña, en la logia de Príncipe 12, dentro de la obediencia del Gran Oriente, episodio con el que abríamos este libro. De hecho a lo largo de ese mismo año los diputados masones fueron ratificando su juramento de fidelidad y quedó firmemente establecido el control masónico sobre su actividad política y parlamentaria. La verdad es que si el general Franco y el almirante Carrero se hubieran atrevido a defender esta tesis —que hoy la historia considera plenamente probada— se hubieran recrudecido contra ellos las acusaciones de exagerados y de sectarios.

Confirmado el control masónico de los diputados, se celebraron diversas reuniones masónicas paralelas al Parlamento para ejercerlo con vistas a la vital Ley de Confesiones y Congregaciones Religiosas, que establecía definitivamente, ya en 1933, los objetivos secularizadores de la masonería y de la República. Esa ley fue sostenida durante los debates y votada al término de las sesiones con unanimidad por

los masones de la Cámara, sin distinción de partidos. Esta vez el control masónico funcionó como un máquina implacable. La Iglesia y sus instituciones quedaban privadas del derecho a enseñar, perdían toda posibilidad de subsistencia y sus miembros eran españoles de segunda sin derechos fundamentales. Y esto lo había logrado la masonería jacobina y marxista de España en nombre de la libertad.

# La masonería en la agonía republicana y la Guerra Civil

La sádica Ley de Confesiones y Congregaciones Religiosas de 1933 se había aprobado cundo ya se dibujaba la agonía política de Azaña en el año de Hitler, 1933; el año en el que tras varios intentos fallidos para crear, según los vientos de Europa, un fascismo español, el 29 de octubre se fundó, al fin, la Falange Española por José Antonio Primo de Rivera. A lo largo de aquel año Manuel Azaña lo fue perdiendo todo. Perdía el control del orden público, perdía los sentimientos de humanidad con motivo de la tragedia de Casas Viejas, perdía el apoyo de los anarquistas que en 1931 habían contribuido a la implantación de la República, perdía unas elecciones municipales parciales, perdía el control del importante Tribunal de Garantías Constitucionales, que pasaba al dominio de la derecha, pero se aferraba al poder, hasta que en septiembre de ese año tuvo que dimitir y entregar el gobierno a otro masón, don Diego Martínez Barrio, que convocó unas elecciones generales en las que la conjunción republicano-socialista vencedora en 1931 quedó casi barrida del Parlamento. Los grandes vencedores, ante la abstención anarquista, fueron el partido de los católicos de derecha, CEDA, dirigido por José María Gil Robles y el Partido Radical de Lerroux, que se presentaba como centro, una vez que Azaña le había descartado de sus gobiernos a partir de 1931. Católicos y radicales, entre los que había muchos masones, reunían la mayoría absoluta y pactaron para gobernar; así lo hicieron hasta diciembre de 1935. El número de masones presentes en el Congreso se redujo a menos de la mitad y además estaban privados de poder político. La Ley de Congregaciones quedó suspendida en su aplicación y los jesuítas, teóricamente expulsados, volvieron a España vestidos de paisano y establecieron sus obras y sus colegios, con discreción que a nadie engañó. En una memorable sesión del Congreso celebrada el 5 de febrero de 1935 el diputado de la CEDA, Cano López, leyó una nutrida lista de militares masones que causó muy honda impresión; estos generales fueron apartados de los puestos de mando con lo que se enconaron las disensiones en las Fuerzas Armadas, que venían arrastrándose desde 1917 y ya se dibujaron en su seno dos minorías extremas, una izquierdista y masónica, otra derechista y antimasónica, que procuraban extender su influencia sobre el resto de la Fuerzas Armadas.

Durante el bienio del gobierno de centro-derecha las fueras de izquierda derrotadas en las elecciones de 1933 no acataron el resultado y se alzaron antidemocráticamente, desde el 5 de octubre de 1934 en Cataluña y en Asturias, pero el gobierno reprimió con energía los pronunciamientos y restableció el orden. Era la llamada revolución de Octubre, que debe considerarse como prólogo de la Guerra

Civil de 1936. En el comité revolucionario desplegó mucha actividad el masón socialista Juan-Simeón Vidarte, que, preso Largo Caballero, ejerció como secretario general en funciones del PSOE.

En 1934 y 1935 la masonería española respaldó la gestación y la victoria del Frente Popular, que triunfó en las elecciones de febrero de 1936; el Frente Popular había sido creado por el redente masón Manuel Azaña en conjunción con el líder socialista Indalecio Prieto, que no pertenecía a la masonería porque la creía ridícula. El gobierno artificial y centrista que dio paso al Frente Popular solo duró unas semanas bajo la presidencia de un destacado miembro de la masonería, el ex ministro de la Monarquía don Manuel Pórtela Valladares, quien durante la Guerra Civil se sumó al bando de la República una vez rechazado por el general Franco, que tuvo la humorada de publicar su carta de adhesión incondicional.

El gobierno del Frente Popular tuvo que tolerar, de febrero a julio de 1936, el despliegue de la revolución y la anarquía en la calle y en los campos y una guerra civil prácticamente declarada en el Parlamento. En vísperas de la Guerra Civil, una estadística que algunos especialistas aceptan contabiliza en toda España unos cinco mil masones, repartidos en 41 logias del Gran Oriente y 33 de la Gran Logia. Gil Robles, que disponía de información directa sobre la situación de la masonería a fines de la República, eleva la cifra de masones españoles a once mil. En todo caso la masonería había sufrido un retroceso después de los entusiasmos que suscitó el primer bienio republicano.

En una carta dirigida al diario *El País* el 26 de septiembre de 1978, el militar republicano y masón don Urbano Orad de la Torre, que al estallar la sublevación militar en Madrid dirigió el bombardeo de artillería contra el Cuartel de la Montaña, atribuyó a un proyecto masónico el asesinato de don José Calvo Sotelo el 13 de julio de 1936; y confiesa que conoció el proyecto y colaboró desde dentro en él. Hablé varias veces con el señor Orad de la Torre durante la época en que escribió su carta y me pareció hombre serio e incapaz de soltar una mentira de tal envergadura más de cuarenta años después; por el contrario considero esa carta como un importante testimonio. Elevado don Manuel Azaña a la presidencia de la República en mayo de 1936, dejó como jefe del gobierno a un político incapaz y jactancioso, don Santiago Casares Quiroga, miembro veterano de la masonería, a quien muchas fuentes señalan como uno de los responsables de la catástrofe que empezaba en julio de 1936.

La masonería tuvo un papel destacado y poco conocido en el principio y en el final de la Guerra Civil española. Al principio porque ante el dramático fracaso del jefe del gobierno, Santiago Casares Quiroga, que con su actitud despectiva y prepotente en el Congreso, donde había amenazado al líder de la oposición monárquica José Calvo Sotelo, no podía evitar su gravísima responsabilidad en el estallido, el presidente Azaña le destituyó y nombro jefe del nuevo gobierno a Diego Martínez Barrio el 18 de julio de 1936; nótese, Casares, Azaña y Martínez Barrio, tres masones al abrirse la tragedia. Martínez Barrio, ex Gran Maestre del Gran

Oriente, había adquirido fama de conciliador y trató desesperadamente, en la noche del mismo día 18, de detener la guerra estableciendo contacto con algunos jefes militares sublevados, sobre todo con el general Mola, director del alzamiento militar. No lo consiguió porque la paz no era posible, y entonces Azaña designó jefe del gobierno a otro masón, el doctor José Giral, que formó un gobierno de guerra.

La intervención masónica en el final del conflicto no fue menos notoria. Para evitar la toma completa del poder por parte de los comunistas, que preparaban un golpe de Estado dentro de la zona republicana a primeros de marzo de 1939, el coronel Segismundo Casado, jefe del Ejército del Centro y conocido masón, entró en contacto con miembros de la masonería británica, que le ayudaron a poner fin al conflicto. Casado, que también entró en tratos de paz con Franco, reclamó la intervención del general Barrón, uno de los mejores jefes militares del bando de Franco, que según Casado también era masón y Franco accedió a tal solicitud.

Los once mil masones españoles entraron en la Guerra Civil con serios temores sobre su destino. La tragedia, en efecto, se abatió sobre ellos a veces de forma imprevista. Algunos masones que no eran enemigos de la República fueron asesinados en zona roja, como el general López Ochoa, cuya cabeza pasearon los milicianos en Madrid clavada en una pica; y los políticos Melquíades Álvarez y Manuel Rico Avello, que fueron asesinados en la matanza de la cárcel Modelo en agosto de 1936.

En la zona nacional la suerte de los masones fue aun peor. El general Franco ordenó una depuración implacable entre ellos y muchos fueron fusilados sólo por pertenecer a la masonería; algunos casos son conocidos, pero que yo sepa, la masonería española nunca ha publicado la relación completa. El 1 de marzo de 1940 Franco dictó su dura ley «de represión de la masonería y el comunismo», como dando a entender, en el mismo título, que se trataba de dos instituciones identificadas, lo cual no tiene sentido alguno. Franco exponía en esa disposición las responsabilidades históricas que había atribuido siempre a la masonería en la decadencia y en las tragedias de España y creaba un tribunal especial para reprimirla con graves penas, entre las que, por cierto contra lo que se ha dicho, no estaba la de muerte. Dos colaboradores relevantes de Franco tuvieron que sufrir en la zona nacional acusaciones de pertenencia a la masonería; el general Antonio Aranda, laureado defensor de Oviedo y el catedrático monárquico don Pedro Sainz Rodríguez, que llegó a ministro de Educación en enero de 1938 y fue cesado en 1939. Luego, muy resentido contra Franco, tuvo que huir de España para evitar el confinamiento y se convirtió en el peor enemigo de Franco y principal consejero de don Juan de Borbón. Franco estuvo convencido hasta el final de su vida de que don Pedro era masón, el «hermano Tertuliano». Yo traté este problema con los dos y don Pedro lo negaba con argumentos convincentes; Franco oía y callaba.

Al final de la Guerra Civil la masonería española decidió prudentemente «abatir columnas», es decir, suspender toda actividad de la Orden en España hasta mejores

tiempos. Desde fuera de España, con alguna colaboración, muy reducida, del interior, la masonería intentó la venganza contra Franco, quien en su archivo, como revelan los documentos de la Fundación que lleva su nombre, logró reunir una documentación sobre estos manejos exteriores que no debe descartarse como conjunto de fantasmagorías, porque contiene informaciones que a veces son de mucho interés.

Algunos masones españoles se refugiaron en Inglaterra, bastantes en el sur de Francia y también bastantes en México, donde regía entonces, y regiría durante muchos años, un gobierno masónico; entre estos masones figuraban muchos socialistas que trataron de resucitar en España el que se llamó «PSOE histórico» después de la muerte de Franco, pero fueron descartados por el joven socialismo sevillano y vasco que fundó el «PSOE renovado» de Felipe González, a quien seleccionó como jefe del nuevo socialismo español para la transición, por delegación de la estrategia norteamericana, el Partido Socialista de Alemania Federal con el visto bueno —como ha revelado Pablo Castellano— de la masonería. Concedo un valor extraordinario a este testimonio, que confirma una tesis importante: la masonería del siglo XX, en todo el mundo, mantiene su gran objetivo permanente de la secularización total, pero después de identificarse en el siglo XVIII con la Ilustración radical y en el siglo XIX con el liberalismo radical, en el siglo XX se aproxima cada vez más al socialismo de raíz marxista, aunque muchas veces disimula ese carácter marxista. Ésta es la tesis que se desprende de un libro clave, el de Jacques Mitterrand, alto dignatario de la masonería francesa que ha evolucionado ostensiblemente desde el liberalismo al socialismo. Es decir, que en el siglo XX, sobre todo en su segunda mitad, Internacional Socialista y masonería son términos convergentes e incluso sinónimos. Si Felipe González desea alguna vez la presidencia de la Internacional Socialista se le exigirá, más que probablemente, el ingreso en alguna obediencia masónica[42].

# Se alzan columnas en España y en Europa

Con la muerte de Franco los masones regresaron a España, primero con discreción, luego cada vez más abiertamente. El rey don Juan Carlos recibió a una delegación masónica y les prometió la libertad, lo cual a toda persona sensata le pareció muy bien; las controversias y los desacuerdos se dirimen mucho mejor en libertad que cuando uno de los interlocutores (a veces han sido ellos, a veces nosotros) tiene que expresarse atado y amordazado. En la primavera de 1976 el entonces vicepresidente y ministro de la Gobernación, Manuel Fraga Iribarne, recibió a una embajada masónica que le pidió permiso para que la Orden pudiese volver a la legalidad en España. Fraga me reveló en cierta ocasión algo más; que los masones, en aquella ocasión, le insinuaron que ingresara en la masonería, lo que fue amablemente rechazado por el gran político, quien con toda seguridad hubiera tenido que sortear menos obstáculos en el futuro, pero Fraga conocía muy bien la historia masónica y la de España.

El 29 de noviembre de 1977, ya durante el gobierno de Adolfo Suárez, el diario *El País*, muy bien dispuesto siempre hacia la masonería, sorprendía a sus lectores con un artículo cabalmente ilustrado en que daba una gran noticia: el día anterior la masonería había vuelto a alzar columnas en España, había reaparecido públicamente y las logias apoyaban «al Estado monárquico» legitimado por las primeras elecciones generales celebradas en junio de 1977. La presentación se había realizado por lo que llamaba el periódico «las tres cabezas visibles» de la masonería en España: el Gran Maestre de Gran Oriente Español, don Jaime Fernández y Gil de Terradillos, que como delegado del gobierno republicano en Melilla logró transmitir a Madrid las noticias sobre el alzamiento de aquella guarnición el 17 de julio de 1936; luego consiguió evadirse y exiliarse. A su lado estaba un masón católico, el señor Villar Masó, que pronto sucedería al anterior como Gran Maestre. El tercero era don Antonio García Horcajo. El catolicismo de Villar Masó me consta porque algo después, en el programa «Frontera» de RNE, dirigido por Abel Hernández, así lo declaró en mi presencia el propio señor Villar Masó, que dijo ser no sólo católico sino practicante. El Gran Oriente volvía a España desde México reconocido como legal por los Grandes Comendadores del Grado 33. El señor Fernández y Gil parecía adscribirse a la tradición masónica de la Gran Logia de Inglaterra cuando reafirmaba su deísmo, la creencia en el Gran Arquitecto del Universo; me dio la impresión de que el Gran Oriente Español, que había dependido antes de la Guerra Civil de obediencias europeas, ahora venía de México, bajo la dependencia de las logias norteamericanas a través de las mexicanas. El señor Fernández y Gil reconoció que la Institución Libre de Enseñanza «nació como una idea masónica» y el señor Villar Masó había participado en la renovación del Partido Socialista. En 1979 la Dirección General de Política Interior había negado la inscripción legal del Gran Oriente en el

Registro de Asociaciones por la calificación de secreta atribuida por el gobierno a la masonería. Recurrió entonces el Gran Oriente a la Audiencia Nacional, que revocó la negativa y autorizó la inscripción en un fallo del que fue ponente el magistrado don Fernando Ledesma, luego ministro socialista de Justicia.

La noticia pública sobre otra obediencia masónica de antigua tradición española, la Gran Logia, se publicó en el mismo medio el 26 de diciembre de 1984, que coincide con la fiesta masónica de san Juan de Invierno. La Gran Logia tiene su sede en Barcelona y su primer Gran Maestre de la posguerra ha sido don Luis Salat, que ha fallecido recientemente, siendo honrado con un funeral católico en la catedral de Barcelona, lo que ha levantado agrias polémicas entre los católicos.

Pero ya estamos en plena actualidad, que todavía no es historia. En 1990, alzadas ya las columnas en España, supimos que la masonería había realizado un desembarco de fuerza en toda la Europa central y oriental recién librada de la tiranía comunista, que como otros regímenes totalitarios había proscrito desde su implantación, a la masonería, seguramente por la raigambre liberal de la Orden. La noticia llegó a España en un despacho de la agencia *Efe* del 9 de julio de 1990 y me consta que la nueva presencia masónica en el intento de llenar el terrible y sangriento vacío del comunismo en Rusia y los antiguos países satélites preocupó y preocupa al papa Juan Pablo II tanto como le había preocupado el comunismo. Son los Grandes Orientes y las Grandes Logias occidentales los que están, promoviendo la resurrección de la masonería en todos esos países, en alguno de los cuales, como en la propia Rusia, había sido muy fuerte hasta 1917. Se está configurando ya una intensísima competencia entre la masonería y la Iglesia católica en la Europa central y oriental; cuando el Papa habla de «liberalismo capitalista exacerbado y nocivo» se está refiriendo no a la economía de mercado, que acepta, sino a esa resurrección masónica. No, 1989, la caída del comunismo, no ha sido el final de la historia, como dijo un publicista norteamericano de apellido japonés y formación de segunda mano. Esa pugna de masonería e Iglesia católica es un nuevo capítulo en la historia de la humanidad y puede acarrear consecuencias incalculables. Eso en el caso de que de verdad hayan desaparecido el comunismo y el marxismo, lo que de ninguna manera tengo por seguro, de ninguna manera.

En 1988, cuando el financiero Mario Conde se encontraba en el apogeo del poder y la gloria (pese a los nubarrones que ahora se tienden sobre su camino, no sé si decir «primer apogeo»), los innumerables españoles que le admiraban y los innumerables jóvenes que le tenían por ídolo se quedaron de una pieza al saber, por el libro de Jesús Cacho, *Asalto al poder*, aparecido en ese mismo año, que Mario Conde era masón, y más todavía al oír las palabras que Cacho pone en su boca para explicar su iniciación y su proselitismo. Supongo que las peticiones para el ingreso en la Gran Logia, que es la obediencia de Mario Conde, brotarían como una riada. Por mi parte creo adivinar mejor esas razones en un libro de Mario Conde, más aburrido y bastante más importante, *El sistema*, que es posterior y se ha comentado mucho menos.

Pero ni los próximos caminos de Mario Conde, ni el siguiente capítulo de la historia de la masonería, ni su confrontación con la Iglesia católica en el mundo de hoy son todavía historia. Espero poderla escribir, o mejor continuar, en algún momento, tal vez cuando suenen los toques de vísperas para el Tercer Milenio. Entretanto el lector tiene en este libro las que son, a mi entender, las líneas maestras de la historia masónica, sin ira ni obsesión, *sine ira et studio,* sólo con serena pasión por la verdad.



RICARDO DE LA CIERVA Y HOCES. (Madrid, España; 9 de noviembre de 1926) es un Licenciado y Doctor en Física, historiador y político español, agregado de Historia Contemporánea de España e Iberoamérica, catedrático de Historia Moderna y Contemporánea por la Universidad de Alcalá de Henares (hasta 1997) y ministro de Cultura en 1980.

Nieto de Juan de la Cierva y Peñafiel, ministro de varias carteras con Alfonso XIII, su tío fue Juan de la Cierva, inventor del autogiro. Su padre, el abogado y miembro de Acción Popular (el partido de Gil Robles), Ricardo de la Cierva y Codorníu, fue asesinado en Paracuellos de Jarama tras haber sido capturado en Barajas por la delación de un colaborador, cuando trataba de huir a Francia para reunirse con su mujer y sus seis hijos pequeños. Asimismo es hermano del primer español premiado con un premio de la Academia del Cine Americano (1969), Juan de la Cierva y Hoces (Óscar por su labor investigadora).

Ricardo de la Cierva se doctoró en Ciencias Químicas y Filosofía y Letras en la Universidad Central. Fue catedrático de Historia Contemporánea Universal y de España en la Universidad de Alcalá de Henares y de Historia Contemporánea de España e Iberoamérica en la Universidad Complutense.

Posteriormente fue jefe del Gabinete de Estudios sobre Historia en el Ministerio de Información y Turismo durante el régimen franquista. En 1973 pasaría a ser director general de Cultura Popular y presidente del Instituto Nacional del Libro Español. Ya en la Transición, pasaría a ser senador por Murcia en 1977, siendo nombrado en 1978

consejero del Presidente del Gobierno para asuntos culturales. En las elecciones generales de 1979 sería elegido diputado a Cortes por Murcia, siendo nombrado en 1980 ministro de Cultura con la Unión de Centro Democrático. Tras la disolución de este partido político, fue nombrado coordinador cultural de Alianza Popular en 1984. Su intensa labor política le fue muy útil como experiencia para sus libros de Historia.

En otoño de 1993, Ricardo de la Cierva creó la Editorial Fénix. El renombrado autor, que había publicado sus obras en las más importantes editoriales españolas (y dos extranjeras) durante los casi treinta años anteriores, decidió abrir esta nueva editorial por razones vocacionales y personales; sobre todo porque sus escritos comenzaban a verse censurados parcialmente por sus editores españoles, con gran disgusto para él. Por otra parte, su experiencia al frente de la Editora Nacional a principios de los años setenta, le sirvió perfectamente en esta nueva empresa.

De La Cierva ha publicado numerosos libros de temática histórica, principalmente relacionados con la Segunda República Española, la Guerra Civil Española, el franquismo, la masonería y la penetración de la teología de la liberación en la Iglesia Católica. Su ingente labor ha sido premiada con los premios periodísticos Víctor de la Serna, concedido por la Asociación de la Prensa de Madrid y el premio Mariano de Cavia concedido por el diario *ABC*.

# Notas

[1]R. de la Cierva, *El triple secreto de la Masonería*, Madridejos, Fénix, 1994. <<

[2] M. Azaña, *Obras completas* México, Oasis, 1968 vol. IV p. 342. <<

[3] J.A. Ferrer Benimeli, *Masonería española contemporánea*, Madrid, Siglo XXI Editores, 1980, vol. II p. 181, se muestra de acuerdo con una posición de mi libro *Historia del franquismo.* <<

[4] Murcia, Ediciones Mediterráneo, 1986. <<

[5] Madrid, Taurus, 1986. <<

[6] Devon, Augustine Press, 1952. Cito por la ed. 16 de 1988. <<

[7] London, Grafton, 1986. <<

[8] París, Roblot, 1973. <<

[9] *Histoire de la Francmaçonnerie française*, 3 vols. Paris, Fayard, 1974. <<

[10] Storia della Massonerid italiana, *Milán, Bompiani, 1992*. <<

[11] Barcelona, Planeta, 1990, 6 ediciones. <<



[12] Madrid, Espasa-Calpe, 1979, fundamental para el estudio de la Masonería en la agonía de la América española. <<

[13] París, Dervy, 1992. <<

[14] P. Naudon, op. cit. p. 179s. <<

[15] Texto en Albert Lantoine, *Le Rite Ecossais*, Ginebra, Slaktine, 1987, p. 17s. <<

[16] San Sebastián, Haranburu ed. <<

[17] Editado por Edima en París. <<

[18] Información sobre el origen de los Altos Grados en P. Chevallier, op. cit, I. p. 82.
<<

[19] México, ed. Diana, 1987, último capítulo. <<

[20] Madrid, 1952. <<

[21] *Masonería, Iglesia e Ilustración*, Fundación Universitaria Española, Madrid, 1976-1977, cuatro vols. <<

[22] Datos en D. Ligou, *Dictionnaire de la Francmaçonnerie*, Paris, PUF, 1987. <<

[23] W. Hannah, op. cit., p. 22. <<

[24] Cfr. W. Hannah, o. cit. p. 136. <<



[25] J.A. Ferrer Benimeli, *La Masonería española en el siglo* XVIII, Madrid, Siglo XXI de España, 1974. <<

[26] Gobierno de Aragón, Zaragoza 1995. <<

[27] Madrid, Espasa-Calpe, 1979. <<

[28] *Massoneria e Illuminismo,* Venezia, Marsilio, 1994. <<

[29] Publicado en Editorial Fénix. <<

[30] *Masonería española contemporánea, vol I. p. 147.* <<

[31] J.C. Clemente, *Los Masones*, Madrid, Fundamentos, 1996 p. <<

[32] Magnífica traducción española del obispo de Vic en 1870, cuatro vols. <<

[33] J.A. Ferrer B. *La Masonería*, Madrid, Eudema, 1994 p. 37. <<

[34] Madrid, Istmo, 1996 p. 23. <<

[35] León XIII, *Humanum genus*, Madrid, BAC, 1958, p. 174 de los Documentos Políticos de Doctrina Pontificia. <<

[36] Madrid, Siglo XXI eds. 1980, dos vols. <<

[37] M. Artola, *La España de Fernando VII*, Madrid, Espasa-Calpe, 1968, p. 633. <<

[38] Artola, ibid. p. 675. <<

[39] B.P. Galdós, op. cit, Madrid, Alianza, ed. 1976, p. 46. <<

[40] Madrid, Aguilar, 1961, p. 273s. <<

[41] *La Masonería en la crisis española del siglo XX, Madrid, Taurus, 1986.* <<

[42] J. Mitterrand, *La politique des Francs-maçons*, Paris, Roblot, 1973. <<